Edgardo Cozarinsky

La novia de Odessa



LA NOVIA DE ODESSA

EDGARDO COZARINSKY



Edgardo Cozarínsky es escritor y cineasta. Nació en Buenos Aires en 1939 y desde 1974 reside en París. Publicó un temprano ensayo sobre Henry James (*El laberinto de la apariencia*, 1964) y luego *Borges y el cine* (1974, *Borges en/y/sobre el cine* en su versión definitiva de 1978). En 1973 compartió con José Bianco el premio *La Nación* con su ensayo "Sobre algo indefendible”, luego "El relato indefendible” en su versión ampliada de 1979. En 1985 apareció su libro *Vudú urbano*, relatos. Sus films han sido aclamados por el juego sutil entre documento y ficción. Entre ellos figuran *Puntos suspensivos* (1971), *La Guerre d’un seul homme* (1981) y *Le violon de Rothschild* (1996). Su cine fue objeto de numerosos homenajes, como los de las cinematecas suiza, francesa y portuguesa y los de los festivales de Telluride (Estados Unidos) y Sol de Medianoche (Finlandia). En 2000, el Festival de Cine Independiente de Buenos Aires organizó una muestra especial de su filmografía. Este mismo año publica en Buenos Aires su colección de ensayos *El pase del testigo*.

Identidades robadas, compradas ó cedidas por amor. Pinturas, pasaportes y rostros falsificados. Muertos que vuelven a buscar a quienes no los han olvidado. Amores oscuros y venganzas postergadas. Los personajes de este libro, juguetes de la Historia tanto como de sus pasiones, conocen destinos errantes y novelescos.

Entre Viena y Buenos Aires, Lisboa y Budapest, Odessa y Gualeguay, estos cuentos traman una red de encuentros y evasiones. En su carácter cosmopolita palpitan temas recurrentes: el contrapunto entre identidad nacional y personal, la ubicuidad de judíos y exiliados, de nómades y apátridas. La nostalgia -por el pasado, por una patria imaginada o real, por el amor o la causa perdidos- puede transformarse en lucidez desencantada, en la entrega a los sentimientos más ambiguos, aun en cierta ira apenas controlada.

Edgardo Cozarinsky ha escrito un libro insólito en la narrativa contemporánea: ajeno a toda moda, exigente consigo mismo y generoso con el lector, a quien regala personajes y peripecias que podrían alimentar varias novelas. *La novia de Odessa* despliega un extraordinario ímpetu narrativo, que rescata a la sombra de la muerte la vida más intensa.

Emecé Editores S.A.
Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina
edito rial@emece.com.ar
www.emece.com.ar

Diseño de tapa: *Eduardo Ruiz*
Imagen de tapa: Fotograma del film
La hija del mercader Bachkirov, (1913) de N. Larín
Fotocromía de tapa: *Moon Patrol S.R.L.*
Primera edición: 3.000 ejemplares
Impreso en Verlap S.A.,
Comandante Spurr 653, Avellaneda, marzo de 2001

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
I.S.B.N.: 950-04-2218-2
11.316

Para Alberto Tabbia

LA NOVIA DE ODESSA

Una tarde de primavera de 1890, un joven observaba desde las alturas del bulevar Primorsky el movimiento de los barcos en el puerto de Odessa.

En su atuendo endomingado, contrastaba tanto con la desenvoltura cotidiana de la mayoría de los transeúntes como con el exotismo de otros. Es que el joven estaba vestido para emprender una gran aventura: los zapatos de cuero barnizado se los había regalado su madre; el traje a medida, su tío, sastre de oficio, lo había terminado sólo el día anterior a su partida; finalmente, el sombrero era el que su padre había estrenado veintidós años antes, el día de su boda, y no había tenido más que cinco o seis ocasiones de ponerse.

En ese momento le faltaban tres días para emprender realmente su gran aventura, pero para él las cuatrocientas verstas que separaban Kiev de Odessa, y esta primera visión de un puerto y del Mar Negro (que se volcaría en el Mediterráneo, que se volcaría en el océano Atlántico) ya era parte de la travesía que haría de él un individuo nuevo.

Sin embargo, un velo de tristeza empañaba el entusiasmo con que devoraba todos los aspectos de la gran ciudad y su puerto. Carecía de toda educación sentimental, y su primer percance amoroso le trabajaba el pensamiento hasta impedirle gozar ante la realización inminente de su proyecto más audaz. Para alejar esa pena que no sabía borrar, seguía con la mirada a cuanta persona pasaba; todas lucían algún rasgo capaz de interesarle: un aya pulcramente uniformada empujaba a desgano el lando del que asomaba, entre profusas puntillas, un bebé malhumorado; dos hombres de vientre opulento, rubricado por las cadenas de oro de invisibles relojes, caminaban sin prisa discutiendo los precios del trigo y el girasol en distintos mercados europeos; un marinero negro, la primera persona de ese color que veía, observaba, tan curioso como él, todo lo que lo rodeaba; otro marino, que más bien parecía un actor vestido de marino, lucía un aro dorado en la oreja y en el hombro un papagayo, que intentaba sin éxito vender.

Sobre el granito rosado de la escalinata Potemkin, pocos metros más abajo, descubrió a una muchacha absorta en el paisaje, con una mirada no menos triste que la suya. Se había sentado en un escalón y había posado a su lado dos grandes cajas redondas, superpuestas; cada una estaba ceñida por una cinta de raso azul y las mantenía juntas un simple piolín; impreso en el cartón podía leerse, en caracteres latinos,

“Madame Yvonne. Paris-Wien-Odessa”.

Una brisa refrescaba el aire y, a lo lejos, sobre el mar, desplazaba de este a oeste nubes de formas veleidosas, dragones y arcángeles que parecían propiciar un encuentro feliz. El joven, a quien llamaremos Daniel Aisenson, no conocía palabras ni expresiones propias para abordar a una desconocida. Se acercó a la muchacha y permaneció a su lado, sonriéndole en silencio. Cuando a ella le empezó a incomodar fingir que ignoraba su presencia, le dirigió una mirada severa, que inmediatamente suavizó: había en él algo que declaraba su inocencia, algo ausente en tantos seductores, groseros o melifluos, que había aprendido a reconocer en la gran ciudad.

Nunca sabremos cuáles fueron las primeras palabras que intercambiaron ni quién las pronunció, pero no es incongruente que haya sido ella quien venció la timidez del joven. Daniel había nacido en un *stetl*; a los cinco años sus padres se habían instalado en un suburbio de la ciudad, santa entre las santas, de Kiev, de la que conocía poco más que el mercado llamado de Besarabia, y en él el negocio de pasamanería de la familia. Más de una vez, adolescente, se había detenido a admirar los oros y volutas de la catedral de Santa Sofía, las cinco cúpulas resplandecientes de la colegiata San Andrés y, más alto aún, el campanario del monasterio de Petchersk.

No podía impedirse comparar ese esplendor con la modesta sinagoga que frecuentaban, sin gran devoción, sus padres, adonde lo obligaban a acompañarlos. Y esa comparación lo hacía sentirse culpable. Una injusticia divina —sentía— lo había privado de una religión lujosa y protectora,,!© había condenado a otra, austera, cruel, cuyo corolario natural parecía ser el peligro siempre latente de un pogrom: a su abuelo los cosacos le habían cortado las piernas de un sablazo cuando se acercó a rogar piedad ante el *hetmán*; casi todos sus tíos habían visto arder sus casas, señaladas con esa estrella de seis puntas que a pesar de ser un símbolo sagrado, en vez de protegerlas, las había marcado para la masacre.

Ella, cuyo nombre nunca sabremos, era en cambio una hija de Odessa, donde griegos, armenios, turcos y judíos eran tan comunes como los rusos. No hablaba el ucraniano sino un ruso elemental, al que se habían prendido algunas palabras de *idisch*: no era judía pero vivía y trabajaba entre judíos. Entre judías, más bien: la temible Madame Yvonne, cuyo verdadero nombre era Rubi Guinzburg, y las tres asistentes que bajo sus órdenes confeccionaban sombreros en un taller de la calle Deribassovska. Todas ellas venían de la Moldavanka pero hacía años que, con esfuerzos denodados, habían logrado simular una distancia con ese barrio que apenas diez calles separaban del taller. En ausencia de clientes o proveedores estallaba el *idisch*, vehículo de reproches e insultos de Madame Yvonne a sus empleadas

como de críticas de éstas a las señoras que se probaban una docena de sombreros y partían sin haber comprado ni uno.

En ese taller, aquella muchacha era la *shikse*, palabra atroz que designaba a la vez a la sirvienta y a la no judía, a la *goi*. A la *shikse* correspondía limpiar el taller, preparar el té, llevar a domicilio los sombreros comprados y ejecutar diversos mandados y menudos servicios. Su retribución era un lecho en la cocina, una comida frugal y la ocasional propina en la puerta de servicio de una dienta.

* * *

El atardecer del día siguiente los encontró sentados en un banco, bajo las acacias del parque Tchevchenko. El rumor de la ciudad les llegaba apaciguado y a lo lejos podían entrever el mar y los barcos, promesa indefinida que cada uno de ellos entendía a su manera.

Ella le confesó que era huérfana, que estudiando las revistas francesas de donde Madame Yvonne copiaba sus modelos había aprendido que la vida es la misma en París, en Viena o en Odessa, que sin dinero sólo se puede ser sirvienta, y que el mundo se divide entre los que tienen y los que no tienen. El le explicó que eso es cierto en Europa pero que del otro lado del océano hay una tierra de pura posibilidad, un país joven donde un judío como él puede llegar a poseer un pedazo de tierra. Atropelladamente, le habló del barón Hirsch, de la colonización, de Santa Fe, de Entre Ríos. Ella oyó, por primera vez, cosas cuya existencia había ignorado: que un judío podía querer cultivar la tierra, que podía temerle a los cristianos como ella les temía a las judías del taller, que podía hablarle a ella de otra cosa que del regalo que le haría si consintiera en acompañarlo una noche a cierto hotelucho de la plaza Privakzalnaia.

¿Fue durante ese segundo encuentro cuando él le reveló el motivo de la tristeza, en apariencia inexplicable, que lo dominaba en vísperas de cruzar el Atlántico hacia una nueva vida? Ese motivo tenía nombre: Rifka Bronfman.

Sus familias los habían presentado cuando cumplieron catorce años, ya los habían prometido antes que se conocieran y los habían casado cinco días antes que él dejara Kiev. Se habían visto a solas no más de diez veces antes de la boda, y siempre con padres o hermanos en el cuarto de al lado o en la ventana que supervisaba el magro jardín entre la casa y la calle.

Hacía un año que Daniel había empezado a jugar con la idea de emigrar. La delegación de la Argentina para la Colonización Judía, de paso por Kiev, había organizado reuniones vespertinas en la Asociación Mutual Israelita, donde un conferencista elocuente, con la

ayuda de una linterna mágica y una docena de placas de vidrio, les había mostrado los campos fértiles, interminables que los esperaban en la Argentina. En un mapa había señalado la ubicación de esas tierras y su distancia de las metrópolis: Buenos Aires y Rosario, que otras placas les habían descubierto. También había agitado en la mano un delgado volumen encuadernado en color celeste y blanco sobre cuya tapa —habría explicado— estaba impreso (en español, por lo tanto en caracteres latinos) "Constitución de la República Argentina”; de ese volumen les había leído, traduciendo inmediatamente al *idisch*, los artículos que prometían igualdad ante la ley y libertad de cultos para todos quienes quisieran trabajar esa "tierra de paz”.

Estas palabras Daniel las había repetido a Rifka, esas imágenes se las había descrito detalladamente. Su prometida no compartía tanto entusiasmo. Aceptó seguirlo, acatando el precepto según el cual el lugar de la mujer está al lado del marido, pero ese mundo nuevo no la hacía soñar. Cuando él llenó los papeles necesarios, no expresó ningún reparo particular pero cuando volvieron aprobados y sellados por el consulado argentino, y leyó en ellos su nombre, su fecha de nacimiento, el color de su pelo y el de sus ojos, prorrumpió en sollozos vehementes, renovados cada vez que el cansancio prometía extinguirlos. Las familias creyeron que se trataba de un estado de agitación provocado por las vísperas del casamiento; un primo, que había hecho vagos estudios de medicina, declaró que se trataba de una afección a la moda, llamada neurastenia. Halagada por ese diagnóstico, Rifka enfrentó dignamente la ceremonia en la sinagoga, bajo la peluca ritual que cubría su cráneo recién afeitado.

Esa noche, Daniel debió vencer su inexperiencia y ella su miedo. Descubrieron, en medio de la sangre, él el placer, ella el dolor. A la mañana siguiente, él despertó solo en medio de las sábanas manchadas; de lejos le llegaban gritos, llanto, reproches, quejas. Encontró a Rifka en brazos de su suegra, cuyo consuelo rehusaba. Mientras la señora repetía incesantemente "Se le va a pasar, se le va a pasar”, tratando de cubrir la voz de la joven esposa, ésta lograba hacerse oír no menos incesantemente y cada vez más fuerte: "No voy, no voy, no voy”. Cuando Rifka recobró cierta serenidad, pudo unir algunas palabras, formar frases:

—Tengo miedo, mucho miedo. Aquí conozco a todos, aquí está mi familia, tu familia, mis amigas; está la sinagoga, el mercado, todo lo que conozco. ¿Con qué nos vamos a encontrar allá? ¿Víboras? ¿Indios? ¿Plantas carnívoras?

Daniel intentaba explicarle que ahora ella tenía un marido para protegerla, pero Rifka parecía impermeable a todo argumento. Cuando logró secar sus lágrimas, aceptó, junto con un vaso de té con más azúcar que limón, la sugestión, nada optimista, casi desesperada, de su

madre: viajar un año más tarde, tal vez sólo seis meses, cuando él hubiese escrito confirmándole que ella estaría a salvo de tantos peligros con que las novelas de Emilio Salgari la habían amenazado.

Daniel no la tocó en las noches siguientes, que precedieron su viaje. Rifka, acaso aliviada, no se lo reprochó.

* * *

La muchacha lo ha escuchado en silencio. Del parque han caminado lentamente en dirección al escenario de su primer encuentro. El cielo rosado del crepúsculo ha cedido gradualmente a un azul cada vez más profundo. Ya es de noche cuando él termina su relato, abrupto, desordenado, que los párrafos anteriores intentan resumir.

Pasan ante cafés y pastelerías con nombres franceses e italianos, donde no pueden permitirse entrar, y tras la cortina de encajes de una ventana, ella reconoce las flores de trapo, el pájaro embalsamado y remendado y las cintas de seda de un sombrero que vio armar, pieza por pieza, y ahora corona una cabeza invisible. Llegan a la estatua del duque francés cuyo nombre no les dice nada; pálidamente, intermitentemente, la ilumina el resplandor de las ventanas del hotel de Londres. A lo lejos, los barcos anclados en el puerto también conceden algún reflejo al agua negra, susurrante.

Cuando ella habla no es para comentar el relato que ha escuchado con atención.

—¿Cuándo te embarcas?

—Mañana. El barco parte a las seis de la tarde pero los pasajeros de tercera clase deben estar a bordo antes de mediodía.

Ella lo mira, esperando palabras que no llegan. Tras un instante de silencio, insiste.

—¿Y piensas viajar solo?

Él la mira, entendiendo y sin atreverse a creer en lo que entiende.

—Solo… Qué remedio tengo…

Ella lo toma por los brazos con fuerza, plantada ante él. Daniel siente que esas manos pequeñas pueden apretar y tal vez golpear, que no están hechas para sostener solamente una aguja.

—¡Me llevas contigo! ¡Yo soy casi rubia, tengo ojos claros si no celestes, mido poco menos de un metro sesenta y cinco y tengo dieciocho años! ¿Acaso hay una fotografía en el salvoconducto?

—Pero… —él atina a balbucir— no estamos casados…

La carcajada de ella resuena en la plaza desierta, parece rodar por la escalinata y despertar un eco en el puerto.

—¡Cómo podríamos estar casados si yo soy ortodoxa y tú judío! Necesitaríamos meses para que un rabino aceptase mi conversión…

Además ¿no dices que en ese país nuevo no importa nada de todo lo que aquí nos esclaviza? ¡Vamos!

Ante la mirada estupefacta de Daniel, ella empieza a girar sobre sí misma, con los brazos extendidos, como un derviche de Anatolia. Sin dejar de reír, repite como una invocación los nombres que ha oído mencionar hace un momento por primera vez.

—¡Buenos Aires! ¡Rosario! ¡Entre Ríos! ¡Santa Fe! ¡Argentina!

Se ríe cada vez más fuerte y no deja de girar.

—¡Yo soy Rifka Bronfman!

* * *

Ciento diez años después, el bisnieto de esa pareja, convaleciente en un hospital de París, recibe una carta de su tía Draifa, de Buenos Aires. “Sintiendo cada día más cerca la hora de partir”, la anciana le cuenta esta historia, secreto de familia que se transmitieron las mujeres, la mayor de cada generación a la mayor de la generación siguiente. Si la tía lo ha elegido a él es porque la lejanía geográfica le parece contribuir a preservar el secreto sin dejar de cumplir la promesa de la transmisión.

Mientras espera los resultados de una segunda biopsia de sus vértebras, deja vagar su memoria hacia las pocas cosas que oyó de niño sobre aquel bisabuelo que nunca conoció, cuyos diez hijos nacidos en la Argentina tuvieron por madre a esa muchacha que una tarde de primavera de 1890 miraba con tristeza los barcos que partían del puerto de Odessa.

Del bisabuelo había heredado una imagen pintoresca de mujeriego, más bien de inconstante, derivada —ahora comprende— de aquel episodio que la tía Draifa le ha revelado con su carta. Pero ¿acaso no era un simple reflejo de sensatez olvidar a una mujer que no se atrevía a cruzar el Atlántico y reemplazarla por otra cuyo coraje y audacia él necesitaba?

De esa bisabuela Rifka, cuyo verdadero nombre ya nadie nunca conocerá, sabe que no le faltaban coraje ni audacia. En 1902, con dos certeros pistoletazos, había bajado a una pareja de gitanos que rondaban la chacra, conocidos como ladrones de niños en la región de Gualeguay. En 1904, después de haber parido un hijo por año, había aceptado un décimo embarazo, contra los consejos del doctor Averbuch, que la había atendido en todos los partos. Dio a luz una niña rubia como ella, con ojos celestes como los suyos, y murió horas más tarde, de fiebre puerperal.

De pronto su bisnieto entiende por qué las mujeres de la familia, al menos las depositarías del secreto, en vez de sentirse orgullosas de esa

antepasada, habían transmitido su historia como un saber peligroso, tal vez prohibido. Ninguna noción ridicula, de ilegitimidad o superchería, las había inquietado; pero, según la ley talmúdica, la condición de judío se hereda por la madre, y por lo tanto los diez hijos de aquella unión no lo fueron…

El paciente del hospital, que cuarenta y ocho horas más tarde sabrá cuál puede ser su expectativa de vida, piensa en su padre, en su madre. ¿Dónde se había extinguido, dónde se había recuperado la pertenencia a la raza "elegida"? (La palabra le suena más que nunca rodeada de un halo sombrío, siniestro.) Para él, criado fuera de toda religión, esa continuidad no se había expresado en ningún lazo místico, en ninguna tradición consoladora, apenas en ocasionales excursiones gastronómicas. Y, desde luego, en el "rusito de mierda" escuchado en la escuela primaria y en la frecuencia de guardias y limpieza de retretes durante el servicio militar.

Estji demasiado cansado como para apiadarse de sí mismo. Su sentimiento va a una persona sin rostro, a aquella Rifka Bronfman, la verdadera, la que prefirió la seguridad ilusoria de su familia y sus amigos. Si había tenido unos veinte años en 1890, habría estado alrededor de los setenta en 1941… ¿Habría muerto en Babi Yar? Si aún vivía en el momento de la invasión alemana, saludada como una liberación del yugo soviético por la mayoría de los ucranianos, ¿habría sido liquidada por un *Einsatzgruppe* de la *Wehrmacht*, por los SS, o por un grupo nacionalista, tal vez por sus vecinos, tan sonrientes, tan amables, súbitamente enemigos, justicieros celosos de erradicar la mala hierba semita del jardín de la patria?

Piensa también que no tiene hijos, que no conoce a los lejanos hijos de tantos primos dispersos por distintos países, llevados por nuevos vientos de rigor o de miedo. Se le ocurre que nadie le pedirá que rinda cuentas por no haber transmitido la historia. Sin embargo, dos días después obedece a un impulso que no sabría explicar y empieza a escribirla en forma de cuento.

LITERATURA

Mi tía Ignacia solía empezar la lectura del diario por los avisos fúnebres. Durante años, con suficiencia de adolescente, sonreí ante esa costumbre. Su vida me parecía tan poco novelesca que le negaba la posibilidad de haber adquirido los enemigos cuya desaparición, se supone, es la recompensa siempre postergada, casi siempre frustrada, de ese ejercicio cotidiano.

Muchos años más tarde me descubrí una mañana buscando entre esos anuncios el desmentido de un sueño: la noche anterior había hallado dos veces mi nombre en esa sección, entre los muertos y, en el mismo aviso, como único deudo. No lo hallé, pero mi alivio fue pronto eclipsado por otro nombre, el de Natalia Saína Dolgoruki.

Esta combinación de sílabas en sí anodinas me produjo el efecto de un acorde con resonancias innumerables. Más allá de las facciones, ya borrosas, de la persona, se me apareció un atropello de imágenes: la mía, todavía joven, las de amigos y lugares de un Buenos Aires difunto, que había creído sepultado más allá de mi memoria, cicatriz apenas visible entre tantas banales arrugas trazadas por el tiempo.

El aviso anunciaba que un servicio religioso conmemoraría esa tarde los diez años de su muerte en la iglesia ortodoxa de la calle Brasil, la misma cuyas cúpulas, tan exóticas en Buenos Aires, veía asomarse entre el follaje como enormes cebollas doradas cuando mi madre me paseaba por el parque Lezama en los primeros años de mi vida.

Así que medio siglo más tarde iba a penetrar por primera vez en una penumbra perfumada por inciensos lejanos, iba a entrever a la luz rojiza de las lámparas colgantes las expresiones ausentes de santos desconocidos, entre los oros del iconostasio…

Al llegar, desde Paseo Colón, ya advertí una incongruencia: las cinco cúpulas coronadas por cruces, una mayor y central, cuatro menores en las esquinas del techo, estaban pintadas de color celeste. ¿Siempre lo habían estado, y yo había superpuesto a su imagen otras más lujosas, que luego conocí? ¿Acaso se trataba de un tratamiento reciente, económico, para reparar el desgaste del dorado original? En el atrio, sobre la pared izquierda, una composición de cerámicas multicolores celebraba el milenio del “bautismo dé Rusia (988-1988)”; la fecha reciente de su confección tal vez explicara que, a pesar de respetar la ausencia de toda perspectiva renacentista, esa escena multitudinaria me recordara el arte de las tapas de latas de galletitas.

Al entrar, elegí mantenerme a una distancia que me pareció

respetuosa de los únicos tres asistentes que ocupaban la primera fila: a la izquierda, un matrimonio de edad indefinida, vestidos con empeñoso decoro; a la derecha, un señor de edad incalculable, menos cuidado en su atuendo, pero con un detalle espléndidamente anacrónico que me lo hizo, de inmediato, un personaje: un *pincenez*, sostenido como se debe sobre el hueso de la nariz y del que colgaba una cinta de terciopelo negro. En una segunda inspección, la señora de la pareja que tal vez me había apresurado en considerar un matrimonio, también lucía lo suyo: uno de esos pequeños sombreros que los ingleses llaman "pastilleros" (*pillbox hats*) del que dependía un corto velo, ambos de color violeta.

Bastó que el pope invisible empezara a salmodiar su rezo para que la ausente recobrase la única vida que mi memoria podía devolverle. "La rusa", como la llamábamos con tanta familiaridad como respeto entre sus amigos argentinos, había sido durante años mi referencia inagotable para una literatura que me apasionaba sin que pudiera abordarla en su idioma original. (¿Tal vez porque no podía abordarla en su idioma original?) Tres tardes por semana, en su minúsculo "dos ambientes" de Caseros y Piedras, yo leía en voz alta, comparándolas, traducciones al castellano, al francés y al inglés, de novelas rusas que ella releía silenciosamente en el original. De vez en cuando emitía una carcajada: los errores, las cautas aproximaciones del traductor merecían, invariablemente, su benevolencia, expresada en un sonoro "¡Pobrrrecito!" cuya ere se enrulaba gozosamente en su garganta. Procedía, luego, a rectificar la versión sin pedantería; reconocía la dificultad y perdonaba a los culpables con un "tratarrron pero no pudierrron". Lo más frecuente era que se embarcase en una explicación de contexto que abría insospechadas ventanas sobre la vida de ese continente imaginario que para mí era Rusia.

Podía tratarse del color exacto de la calza que viste el príncipe Hipólito en el capítulo tercero del primer libro de *La guerra y la paz*, que Tolstoi define como *"cuisse de nymphe effrayée"* en francés, tal vez un inasible matiz entre el rosado y el durazno. Podía tratarse de un breve aparte para recordar que los dos perros de Chéjov en la residencia de Melikhovo se llamaban Bromuro y Quinina. También podía ser una sucinta clase de geografía para explicarme dónde estaban Osetia, Daguestán y Chechenia, casi inabordables regiones del Cáucaso, que por entonces eran para mí sólo escenarios del exilio de Puchkin o del "héroe de nuestro tiempo" de Lermontov, sin sospechar que a fin de siglo ganarían notoriedad por sus guerras civiles, mafias rivales y emigración clandestina.

Supongo que los modestos billetes que en la primera reunión de cada mes yo dejaba en un sobre, bajo la bandeja del té que no interrumpía la conversación, sólo alcanzarían para redondear los

difíciles fines de mes de esa mujer solitaria que parecía no haber tenido más familia que Turgueniev, Chéjov, Tolstoi, Dostoievski o, como antepasado intocable, Puchkin. ("No se le ocurra intentar leerlo en traducción, sólo se lo puede saborear en ruso.") Natasha Saína no ignoraba a autores más recientes: un día citó a Biely, otro mencionó a Nabokov llamándolo Sirin, el seudónimo con que publicaba en Berlín y París, cuando, entendí, ella lo había conocido por intermedio de su amiga judía Vera Slonim.

El pasado de "la rusa", aunque tácito, no era impenetrable. Bastaba con no intentar indagarlo para que dejase filtrar algún atisbo por la prieta trama de la literatura. Una foto que me detuve a mirar sobre la biblioteca suscitó un breve "No es nadie, apenas un primo". Y, en voz más baja: "*Il faisait le danseur au Touquet, en 1932…*" Otra vez corrigió mi noción de Estambul como ciudad cálida: "En invierno nieva mucho sobre el Bosforo…" y para justificar ese conocimiento agregó: "Vivimos allí entre 1920 y 1926".

Me intrigaba particularmente en ella una tenaz animadversión hacia Inglaterra. Ese encono no le impedía, desde luego, admirar la poesía de Donne y de Keats, que frecuentemente citaba en el original con pronunciación exacta, ni las iglesias de Hawksmoor o la pintura de Gainsborough; pero con igual frecuencia se refería a la "pérfida Albión" con fruición que no atenuaban los cambios de idioma: *"la perfide Albion", "perfidious Albion"* … Un día me dijo, con cierto reproche burlón en el tono: "Anglófilo, como tantos argentinos…" Nunca supe explicarle, aun puerilmente, que para mí la anglofobia era sinónimo de un país de pericón, achuras y divisas punzó que me amenazaba con el "alpargatas sí, libros no" oído en la infancia: un territorio inhóspito sometido a la delación de jefas de manzana, lejos, muy lejos, digamos, de la prosa de un Julio Irazusta.

Fuera de la Rusia impresa y leída, aun en traducciones infieles, sustento de nuestra relación, latía una Argentina que se me antojaba monótona e incolora. En ella se preparaban años terribles, pero su realidad me parecía incomparablemente inferior a aquella ficción. En sus diarios aturdían canallescos militares, crapulosos sindicalistas y dementes guerrilleros, sin que lograsen dejar huella en mi imaginación.

Poco a poco me dejé distanciar de "la rusa" por pequeñeces que hoy me avergüenzan. Su sordera, por ejemplo. Indisimulable, ella creía remediarla con un arcaico audífono cuyas pilas guardaba en un estuche de metal plateado, prendido a modo de joya sobre sus blusas. Por mi parte, me reconozco culpable de embeleso ante una actualidad cuyas figuras y ocasiones hoy me parecen de una desoladora trivialidad. Me enteré de su muerte al volver a Buenos Aires después de un viaje; nunca supe dónde estaba enterrada, qué había sido de sus

libros rusos, de sus pobres iconos descascarados.

Una vez terminado el servicio, donde fui el único en no comulgar, ya en la calle, merecí miradas severas, quizá reprobatorias, en todo caso breves, de los otros tres asistentes. Era claro que para ellos yo era, más que un desconocido, un intruso. Tras despedirse sumariamente, la pareja madura se alejó hacia la calle Defensa, subiendo la cuesta con paso esforzado pero regular; en cuanto al viejo señor, desplegó insospechada energía para atraer la atención de un taxi donde luego se introdujo con cautela. Dos minutos más tarde habían desaparecido de mi vista, volviendo sin duda a la existencia fantasmal de esos *émigrés* "cuya única esperanza y profesión es su pasado” (Nabokov).

Enfrente, el parque Lezama me pareció menos verde, más polvoriento que en mi recuerdo. Sobre sus graderías de piedra, ahora pintadas de colores chillones, una familia de tez oscura y expresión castigada compartía trozos de pan y rodajas de fiambre, con el papel que los había envuelto por mantel. Más lejos, bajo los árboles, me asaltó un olor dulzón a podredumbre vegetal. Sólo al distinguir a un grupo de hombres y mujeres ya no jóvenes, ataviados con trapos a la vez multicolores y desteñidos, reconocí en ese efluvio la mezcla de pachulí y cannabis tan popular en tiempos de la secta *hippie*. Estos patéticos sobrevivientes exhibían abalorios que parecían de alambre, vidrio y lata, supongo que para reunir los requisitos que alguna autoridad municipal debía exigir a las llamadas ferias artesanales. Faltaba, eso sí, el necesario interlocutor: alguien dispuesto a comprar tan desganados objetos.

Se me ocurrió que yo había podido pasar una hora entre personajes de otro tiempo y lugar, sí, pero éstos al menos me habían permitido intuir alguna semilla de ficción. No suscitaban compasión sino curiosidad.

Dos días más tarde, los fantasmas golpearon de nuevo a mi puerta: el correo me trajo un pequeño paquete que contenía una carta y un libro. La primera, firmada con un garabato indescifrable, estaba escrita en un francés sumamente formal. Su autor me explicaba que, poco antes de morir, "nuestra amiga Natasha Saína” le había pedido que, si yo llegaba a manifestarme en algún momento, me entregara ese libro. Diez años habían pasado, mi ausencia y mi silencio habían sido indiscutibles hasta dos días antes…

¿Quién era ese hombre que no sólo sabía mi nombre y mi dirección, que también conocía mi cara como para haberme identificado en la iglesia de la calle Brasil? ¿A cuál de los personajes entrevistos aquella tarde correspondía la primera persona, masculina, singular, que redactaba esas líneas?

El libro era la edición de la Everyman's Library de las poesías de Keats, recuerdo de una época que por haber sido la de mi juventud yo me obstinaba en no considerar lejana, años en que una edición popular inglesa podía ser un volumen encuadernado en tela y con una cubierta digna. El libro se abrió inmediatamente en la página de la *Ode on a Grecian Urn*, bajo la presión de varias hojas dobladas de ese delgado papel que solía usarse en otro tiempo para las cartas enviadas por vía aérea. Estas páginas estaban cubiertas por una letra minúscula, escritas en ruso, y fechadas en el año 1946. Mi modesto conocimiento del alfabeto cirílico no me permitió ir mucho más allá del "Daragoia Natasha Saína". Por otra parte, el papel, traslúcido y frágil como alas de mariposa, parecía a punto de desintegrarse en contacto con mis dedos. Decidí guardarlo entre hojas de plástico transparente y hacerlo fotocopiar. ¿Quién podría ayudarme? Me atreví a recurrir a Alejo Florín-Christensen.

Pocos días más tarde, recibí la fotocopia que le había enviado y la traducción siguiente, acompañadas por una tarjeta donde mi amigo me confesaba su temor de no haber sabido captar en castellano "el tono profundamente conmovedor" del texto ruso.

Plattling, en Baviera
Febrero de 1946

Querida Natasha Saína,

Es posible que ésta sea la última carta que escribo y no lo hago por placer. Me la ha pedido mi mejor amigo: su hermano Piotr Aleksandrovich. Ayer se lo han llevado y no creo que lo vuelva a ver. Hemos pasado por distintos campos de prisioneros desde la rendición de Alemania, sin que nadie se atreva a explicarnos cuál es nuestra situación. La conocemos, sin embargo. En febrero del año pasado, en la conferencia de Yalta, Churchill y Roosevelt se inclinaron ante Stalin y no sólo le entregaron la mitad Este de Europa sino que le prometieron nuestras vidas… Nada tan dramático ha sido dicho, desde luego. La operación se llama "Repatriación", a pesar de que ninguno de nosotros, no necesito decírselo, ha sido ciudadano de la Unión Soviética. Algunos, los mayores, peleamos bajo las órdenes de Krasnov cuando Inglaterra y Francia entraron en Rusia por el puerto de Murmansk en 1919. (¡Murmansk! Cinco meses de noche y 50° bajo cero…) Esa primera derrota hubiese debido enseñarnos algo. Pero no fue así. ¿Cuántos hemos sido, cien mil, ciento cincuenta mil, los que en 1941 seguimos a la Wehrmacht creyendo que íbamos a liberar a nuestra patria de

los bolcheviques? Parece que Stalin demostró en Yalta un apetito particular por recuperarnos…

Usted no imagina, Natasha Saína, lo que ha sido el éxodo de rusos y ucranianos que siguieron la retirada del ejército alemán: familias enteras, a pie, por los caminos nevados, a veces llevando a una anciana en una carretilla, gente que nunca tomó las armas, como nosotros lo hicimos, que nunca "colaboró con el invasor" como dicen los norteamericanos… (¡Los norteamericanos! Que nunca fueron invadidos ni ocupados, que siempre pelearon guerras en casa ajena…) Gente con una sola meta, escapar de la Unión Soviética en esa oportunidad única, última que se les ofrecía… No me hago ilusiones sobre lo que nos espera. Primero estuvimos cerca de aquí, en Dachau. Cuando nos llevaron allí nos llamó la atención que a pesar de que no había árboles en el campamento el suelo estaba cubierto de hojas amarillas… Levanté una. Era de tela, en forma de estrella, y tenía la palabra "Jude" impresa en caracteres góticos… Dos semanas antes habían liberado a los judíos internados allí… Ahora nos han traído a Plattling y hace cinco días que no dormimos. Todas las mañanas, antes que salga el sol, entran en el galpón soldados norteamericanos con palos de béisbol y golpean las patas metálicas de las camas superpuestas mientras gritan en mal alemán *"Mach schnell!"* hasta tenernos reunidos en el patio, en medio de la nieve; entonces cargan a cuarenta o cincuenta prisioneros por día, en camiones que los llevan a la frontera checa, donde espera una división del Ejército Rojo… En Dachau se suicidaron ocho de nuestros oficiales, aquí el comandante Samoilov se abrió el pecho frotándose contra el alambre de púas… Los norteamericanos, por toda reacción, lo filmaron antes de llevarlo a la enfermería… Yo seré de los últimos porque me necesitan como intérprete… En esto terminaron nuestras lecturas… *Lyrisches Intermezzo*,, *Tom Brown's Schooldays*… Ayer un suboficial norteamericano, al volver de la frontera checa, cruzó su mirada con la nuestra y tuvo un acceso de llanto. Parecía una criatura. Balbucía sin cesar "árboles cubiertos de ahorcados, allí mismo, en el bosque…". El general Krasnov, siempre vieja escuela, le envió un mensaje a Churchill, recordándole que sir Winston lo había condecorado en 1918 con la British Military Cross… ¿Esperará una respuesta? ¿Creerá que es posible? ¿De los ingleses? Los ingleses que a principios del año pasado bombardearon Dresde, que no era un blanco militar, y destruyeron la más hermosa ciudad alemana y mataron a cientos de miles de refugiados del Este que habían podido

llegar hasta allí… (De los norteamericanos se dice aquí que han hecho estallar en una ciudad japonesa un arma nueva, una bomba cuya capacidad de destrucción es inimaginable.) *You have been spared! Vous avez été épargnée*, querida Natasha Saína, y no es para ensombrecer los días que imagino serenos en ese extremo del mundo, al abrigo de tantos horrores de este siglo, que escribo estas líneas. Me pregunto si, más allá de comunicarle la suerte de nuestro Piotr Aleksandrovich, no he querido dejar una huella, más bien echar una botella al mar. (¿Le llegará esta carta? Se la confiaré al suboficial norteamericano, el único que nos ha demostrado cierta simpatía.) Somos los grandes perdedores, los únicos. No le importamos a nadie, nadie nos necesita. Los alemanes son indispensables para Europa, los Estados Unidos y la Unión Soviética les curarán las heridas, los reeducarán, los usarán hasta el día en que vuelvan a ser los más fuertes y se sacudan de encima a esos padrinos proxenetas… Dicen aquí que los servicios secretos norteamericanos, que como los hombres de negocios saben antes que los políticos de Washington lo que ocurrirá mañana, ya están reclutando a los jefes del espionaje nazi para apoderarse de sus ficheros sobre las redes de agentes soviéticos; los tendrán un tiempo en Canadá, bajo otro nombre, y luego los acogerán en ese Eldorado de *hot dogs* y Coca-cola. (Se trata de un jarabe oscuro y empalagoso, que nos convidaron al llegar, como si se tratase de una *delikatessen*; parece que del otro lado del océano es muy popular entre los jóvenes.) En cuanto a los judíos, usted sabe que nunca los detesté, como tantos de los nuestros para quienes se merecían los campos de concentración por haber hecho la revolución rusa… Si algo he aprendido en estos años terribles es que no existen culpas colectivas, apenas crímenes individuales que algunos nos permiten, otros nos prohíben, y tal vez sólo cometemos para protegernos… Los judíos, decía, los que han sobrevivido al infierno, tratan por cualquier medio de llegar a su Tierra Prometida. Hoy la ocupan los ingleses, los mismos que por boca de ese atolondrado de lord Balfour les prometieron un territorio nacional (*a national homestead!*) en Palestina, en aquel trágico 1918… La marina de Su Majestad hoy bloquea los puertos palestinos para impedirles desembarcar… ¿Por cuánto tiempo? El futuro será de los norteamericanos y de los soviéticos, y el Imperio Británico tiene los días contados… Como nosotros… Tanto tiempo soñé con volver a ver Rusia, y en esos sueños era de nuevo el niño que jugaba en la nieve de Tsarskoie Sielo… A veces me pregunto si alguna vez fui ese niño o si lo soñé, si no

es *a figment of my imagination*, mala literatura porque no escrita ni leída sino buscada en la vida… Si no me fusilan antes, volveré a ver mi tierra prometida, la nuestra, pero por muy poco tiempo… ¿Me perdonará, querida Natasha Saína, por haberle enviado estos pensamientos desordenados, este mezquino desahogo, por derramar sobre usted mi amargura y mi miedo? Que Nuestro Señor la bendiga, que San Basilio la proteja hasta el fin de sus días.

Suyo, siempre

Andrei Dimitrovich

La lectura de la carta, más bien de su traducción, me dejó insensible, como anestesiado, durante unos minutos. Hubiese querido leer más. Intenté releer esas páginas pero después de las primeras líneas las abandoné. ¿Apatía, fatiga, miedo? Dejé la traducción y las fotocopias y fui a buscar el original, como si necesitase cerciorarme de que había existido. Bajo su cubierta plástica, esas páginas transparentes parecían a punto de desvanecerse, como si un nuevo contacto con el aire pudiese serles fatal. Intenté imaginar el rostro de quien las había escrito: ejercicio fútil, que sólo me devolvió, una vez más, las facciones borroneadas de Natasha Saína.

No pude impedirme pensar, con una sonrisa desplazada, que “nuestra amiga” habría gozado, dondequiera que este fin de siglo pueda hallarla, con la decadencia, menos sórdida que banal, del país que había elegido detestar. Tal vez habría desviado la mirada, en un gesto de elegancia moral, para no ver, en medio del esplendor financiero urdido por la baronesa Thatcher, a los raídos retazos de su realeza, sólo capaces de conmover al pueblo con la muerte accidental de una princesa adúltera y cocainómana y de su ocasional galán egipcio.

El volumen de la Everyman s Library seguía en mis manos, aún abierto en la *Ode on a Grecian Urn*. Alguien, ¿la rusa?, había subrayado con lápiz los dos últimos versos:

“Beauty is truth, truth beauty” — that is all
Ye know on earth, and all ye need to know.

Muchos años antes, yo había aprendido de memoria esos versos, había creído comprender su sentido. Ahora los releí como por primera vez. Me parecieron irónicos, con una ironía que Keats nunca buscó y la historia había depositado arteramente sobre ellos, como una delgada capa de cenizas, destinada a mí y solamente a mí.

BIENES RAÍCES

Mi hermano no se me parece. En nada. Sé que debería decir mi "medio hermano" pero la expresión me resulta cómica: me recuerda al mago que, de chico, vi serruchar por el medio la caja donde una muchacha poco vestida, de muslos generosos y sonrisa invitante, se había acostado sin temor ni vacilación. (Y por cierto que pocos minutos después, tras los esfuerzos muy sonoros de su cómplice transpirado, había emergido más sonriente, más invitante aún, para inclinarse ante los aplausos del público.) Ni yo ni mi hermano, por más "medios" que seamos para la jerga jurídica, hemos sido una sola, única persona en ningún pasado imaginable, ni siquiera en el útero de esa madre que nos concibió, de padres diferentes, a ocho años de distancia. Lo llamo hermano por cortesía, aunque no estoy seguro de que a él le importe. Tal vez lo hago como un vago gesto, cuyo sentido se me escapa, hacia esa mujer que iba a desaparecer de su vida del mismo modo en que pocos años antes había desaparecido de la mía.

Lo miro cebar el mate, espesar la yerba, no dejar enfriar el agua. Está sentado en un banquito, ante el brasero; a mí me ha señalado una silla plegadiza, de lata, que me parece precaria y, adivino, no es usada a menudo. A la sombra del alero posterior de la casa, el calor de la tarde parece soportable aunque el sol sigue castigando el pastizal descuidado, qué digo: salvaje, que ha invadido lo que en algún tiempo debió ser un huerto. Pero en este momento es él quien me interesa. Insisto:

—¿No cambiaste de idea?

Se ríe, bajito, como si mi pregunta no fuera en serio, o como si requiriese una réplica graciosa.

—¿Para qué preguntás si sabés que no?

Y es cierto, sé que no quiere dejar esa tapera que para él no puede tener sentido, si no lo tiene siquiera para mí. Mi propuesta, sin embargo, es muy razonable: vender el terreno, por más devaluado que esté, con la casa incluida, ruina que sólo él es capaz de considerar habitable; ocuparme de todo, no cobrar la comisión que me correspondería, y dividir por partes iguales el resultado. Intento conmoverlo por la franqueza.

—Hay algo que no entiendo. ¿Sos cuánto menor que yo? ¿Ocho, diez años? Sos joven todavía. Está bien: entiendo que no querés ejercer de ingeniero. Pero… enterrarte acá… ¿No hay nada que te interese en el mundo? No te hablo de trabajar, te hablo de elegir un lugar menos triste, menos abandonado…

Ahora su sonrisa crece, aunque ha dejado de reír. Se queda en silencio, y la sonrisa se le hace mueca.

—Qué querés que te diga… Así es la vida.

* * *

Al llegar a Gualeguay esa mañana, Ariel Verefkin había creído posible encontrar un taxi que lo llevase hasta la casa; estaba a sólo veinte kilómetros de la ciudad y el día se anunciaba seco.

(Recordaba un viaje frustrado al que su padre do había arrastrado de chico, en el decrépito Chrysler 1938 del que en los años 50 se obstinaba en no separarse. "Qué querés, mejor un auto viejo y bueno que esas latas que ahora fabrican en el país." Su intención era hacerle conocer el lugar donde se habían instalado los abuelos cuando llegaron de un país inimaginable llamado Besarabia. Ariel, que por entonces consumía novelas de la colección Robin Hood y filmes en cinemascope de la Fox, no veía en ese proyecto nada novelesco capaz de seducirlo. Apenas salidos de Gualeguay, la lluvia transformó el camino de tierra en un barrial; el noble Chrysler se empantanó y una camioneta debió arrastrarlo con cadenas hasta devolverlo al pavimento en las afueras de la ciudad.)

Pero esta mañana la ciudad estaba aturdida por un encuentro nacional de motocicletas: unas quinientas se habían dado cita frente al balneario municipal y él había pasado cuarenta minutos en un bar, el Monte Cario, donde le prometieron llamar a un taxi o conseguir alguien que lo llevase. Pero ningún vehículo salvador se había materializado. Su instinto comercial le hizo suponer que lo demoraban para instigarlo a consumir, pero pronto debió rendirse a la evidencia de que se habían olvidado de él: tanto el dueño como los mozos se habían unido a los pocos clientes para dialogar ante la puerta con los desconocidos que estacionaban sus vehículos, rugientes apariciones minutos atrás, súbitamente convertidos en silenciosas esculturas metálicas.

Poco a poco se dejó contagiar por la curiosidad ajena. Su propia falta de reticencia lo sorprendió: él, que no se permitía fácilmente distraerse de sus intereses profesionales (y éste, se repetía, era un viaje profesional), empezó a interesarse en el espectáculo que se organizaba espontáneamente. El cine norteamericano le había enseñado a asociar este tipo de festivales con el terror de bandas apocalípticas: obesos veteranos de Vietnam, sucios, tatuados, calvos e hirsutos a la vez, con hembras ávidas y sumisas que se adherían a sus espaldas forradas de cuero, todo bendecido por la abundancia de drogas y alguna cruz esvástica. Ahora, en cambio, tenía ante él a muchachos afables, de barbas decorativas y orejas perforadas por aros nada amenazantes;

hasta sus tatuajes proponían criaturas mitológicas más fantásticas que letales. El tono de su reunión, se dijo, no era demasiado diferente de esas excursiones a Bariloche que los, graduados del llamado ciclo medio suelen organizar…

Entre esa multitud sonriente y locuaz que rodeaba a los forasteros debía estar su taxista, o el particular deseoso de hacerse unos pesos extra, cuyos servicios se había apresurado en descontar… De pronto, un vocerío convocó todas las miradas hacia un extremo de la plaza. Varias motos se pusieron en movimiento y acudieron para formar la escolta de honor de una Toyota polvorienta que hacía su entrada triunfal. La conducía, saludando con una mano en alto, una silueta alta y delgada.

—¡La abuela Toyota! —exclamaron voces jóvenes.

Acogida por una ola de afecto evidente, la moto se vio forzada a detenerse, rodeada por muchas Nissan y Harley Davidson, por Hondas Rebel y Hondas Varadero, aun por modestas Gilera. El casco, al alzarse, reveló la cara bronceada, surcada, y el pelo blanco, cortísimo, de una anciana risueña.

* * *

No, mi hermano no se me parece. Se llama Hugo Acuña y creo que no ha trabajado un día en su vida, si no es para inventar estratagemas que le permitan vivir sin trabajar. Algún dinero en el Banco debe de tener este niño mimado, de otro modo no podría comprar la yerba para el mate que se pasa el día tomando ni darle de comer al caballo en el que sale a dar una vuelta todas las mañanas. ¿Qué hace que un hombre de treinta y cinco años, educado en Europa, con un título universitario, venga a enterrarse en este campo de donde mi abuelo y sus hermanos no veían la hora de escapar?

Pero no estoy aquí para analizar su conducta sino para tasar la casa, la propiedad donde alguna vez hubo un huerto, donde se intentó cultivar girasol y aún más tarde, cuando el campo se anegó, arroz. Parece que la visita anual de las langostas, que en pocos minutos ennegrecían el cielo, y dejaban pelados los árboles más rápido aún, y los golpes de mi abuela y sus hermanas sobre cuanto tacho tenían a mano, estruendo que hubiese debido espantar a las langostas y pocas veces lo lograba, bastaron para que toda una generación eligiera la ciudad. Es lo único, la ciudad, que me emparienta con todos esos médicos, contadores públicos y dentistas que tantos diplomas le dieron a la satisfacción de sus padres. Yo compro y vendo propiedades. Aunque en la inmobiliaria la secretaria me llame doctor, no tengo ningún título.

Miro la casa, el cuerpo principal de adobe, que se había procurado adecentar con un revoque del que poco queda, y el otro cuerpo de ladrillos, el que hubo que construir años más tarde después del cuarto hijo. En ambos el piso era, es de tierra apisonada. La cocina está al fondo, abierta sobre el campo. A unos cien metros, una garita esconde el retrete; El registro catastral menciona una hectárea, pero aun si esta tierra, inculta desde hace tanto, pudiese ser resucitada, aun si la tapera fuese demolida para construir una verdadera casa, aun si el camino, que ya no es de tierra, como en mi infancia, sino de ripio, estuviese asfaltado, el golpe de gracia para la tasación lo da, a un lado, a unos ciento cincuenta metros pero lindando con la propiedad, lo que fue la vieja escuela Barón Hirsch, que ya no tenía alumnos hace muchos años: dos pabellones que el ministerio provincial de salud pública había recuperado para instalar el asilo psiquiátrico doctor Marcos Trachtenberg. Dicen que al caer la tarde, cuando sacan a los internados al patio para que estiren las piernas, de atrás de la alta tapia llegan sus voces, sus insultos, sus risas obscenas. Y es esta propiedad invendible la que las leyes de la herencia me han hecho compartir con Hugo Acuña, al que tengo la deferencia de llamar hermano.

* * *

Ariel Verefkin no se da por vencido. Sentado ante una cerveza, en el fresco relativo del Monte Cario, pasea la mirada sobre las motocicletas que cubren el predio llamado Planta de Campamento: cucarachas gigantes, inmóviles, que sus dueños y esclavos han lavado para el desfile en el Corsódromo Gualeguay; libres del polvo del camino, relucen al sol de la tarde. En una mesa vecina, la “abuela Toyota” les explica a dos jóvenes barbudos, que lucen en los dedos de la mano derecha idénticos cintillos, la necesidad de viajar con un teléfono celular, sobre todo por caminos tan azarosos como los de Chubut y La Pampa.

Pero estos personajes y su conversación no lo distraen. Más de una vez ha pensado que debería olvidarse de la propiedad: aun si apareciese un comprador, el precio que podría obtenerse sería ridículo, y “el cincuenta por ciento de lo ridículo es lo patético”, como decía su padre. Pero también piensa que sería una manera de evacuar definitivamente de su vida a Hugo Acuña, cuya mera existencia le recuerda que su madre los dejó, a Ariel y a su padre, para seguir a un tal Acuña, conocido en el casino de las termas de Río Hondo; que poco después lo había seguido a España cuando los negocios del tal Acuña lo llevaron a instalarse en Barcelona; que allí había dado a luz un hijo, ese Hugo que años más tarde, desaparecida su madre quién sabe en

qué circunstancias, había elegido instalarse no sólo en la Argentina sino en ese rincón de Entre Ríos que no le correspondía, que no era su historia, ese Hugo Acuña que ahora calzaba alpargatas y tomaba mate: tan ridículo como esos vástagos de la clase media que hace unas décadas se rapaban, se envolvían en túnicas color azafrán y andaban cantando "Haré Krishna" por las calles…

Una noche de verano, cuando Ariel era muy chico, su padre había desocupado la mesa del comedor después de cenar y llamó a su hijo para que presenciara una ceremonia privada. Durante media hora, tal vez más, procedió a cancelar cuanta efigie de su esposa encontró en el departamento. Minuciosamente, la tijera separaba su imagen de quienes podían compartir con ella la fotografía; una vez aislada, la cortaba en todos los sentidos, verticalmente, horizontalmente. Ariel veía emerger ya una sonrisa, ya una mirada, ya un ademán de la mano. La falta de contexto entregaba esos recortes al juego de interpretaciones innumerables, los cargaba de nuevos sentidos; son esos fragmentos de un cuerpo, su variada, múltiple mutilación más que una presencia, un calor, una voz cada vez más borrosos, lo que Ariel recuerda de su madre: sin nostalgia, ya casi sin rencor. Si la casa y el terreno se vendieran, quiere creer, nada me la recordaría, ni siquiera las boletas de los impuestos inmobiliarios que cada doce meses, como un cumpleaños malvenido, llegan a mi escritorio.

Decide insistir por última vez. Entre los más entusiastas que festejan a los visitantes reconoce al propietario del Renault que pocas horas antes ha sido su chofer. No le cuesta convencerlo, por el mismo precio, de repetir el trayecto, de esperarlo ("no más de media hora, estoy seguro") y traerlo de vuelta a Gualeguay antes que anochezca.

Las nubes rosadas han empezado a enrojecer, se deshilachan en un cielo cada vez más azul, cuando el automóvil estaciona al borde del camino, a pocos metros de la casa. Un perro cansado se asoma a recibirlo, se le acerca hasta husmear los zapatos embarrados; tiene cataratas en el ojo izquierdo y se queda a su lado, acompañándolo mientras él entra en la casa vacía y la recorre con la mirada, sin llamar a Hugo. Finalmente emergen de esa penumbra fresca a la cocina abierta, que el alero de lata ya no protege del calor acumulado durante el largo día de verano. La silla y el banquito están donde estaban tres horas antes, la pava y el mate también. El perro sigue los movimientos de Ariel, resignado a su ir y venir. A lo lejos, la puerta abierta del retrete declara que allí no hay nadie. El caballo, atado flojamente a un sauce, parece ignorar la presencia de un visitante.

Ariel escucha como por primera vez el rumor de la brisa en el pastizal, una brisa que trae las voces discordantes de pájaros invisibles, que promete refrescar el aire. A esa hora en que el día acelera su partida y la luz regala colores cambiantes al paisaje más

familiar, Ariel siente que para él el tiempo se ha detenido. Esa casa en ruinas, esa parcela de tierra estéril ya no lo amenazan como el testimonio de un pasado que ha querido erradicar; al contrario, entiende que pueden tener un encanto, aunque él aún no lo perciba y sólo empiece a aceptar su existencia.

Mezclada a las voces de los pájaros, cree reconocer una voz humana, aunque la distancia, y tal vez el llanto, la desfiguran. Busca con la mirada y distingue a lo lejos una mancha que parecería agitarse en su sitio, contra el paredón encalado del asilo. Al fijar en ella la atención, esa mancha resulta ser un hombre, por momentos de pie, por momentos en cuclillas; sus manos arañan la pared; dirige la voz hacia lo alto pero no debe esperar que llegue al cielo, se contenta con que pase por encima de esa pared y sea oída del otro lado. A Ariel le llegan sólo ráfagas de lo que dice, y ahora comprende que sí, la interrumpen la distancia y los sollozos.

—Mamá… ¿me oís? Estoy aquí… Soy tu hijo, Hugo. ¿Me oís, Mamá? Yo no te abandono, yo estoy aquí, a tu lado…

* * *

No quiero pasar la noche en Gualeguay. No bien llegue voy a buscar la manera de irme, y si a esta hora no la hay encontraré un auto, éste u otro, con ganas de ganarse unos pesos, que quiera llevarme de vuelta a Buenos Aires. Ya al entrar en la ciudad veo por todos lados que los motoqueros festejan, tienen latas de cerveza en la mano, alguno ha sacado una guitarra y empieza a entonar “Salamanqueando pa’mí”. A la “abuela Toyota” los chicos la llevan en andas alrededor de la plaza.

Estoy esperando al chofer: ha ido a avisarle a su mujer que no estará de vuelta antes de la madrugada. Lo espero sentado en una mesa al fondo del Monte Cario. Todos están en la calle. Nadie me ha preguntado qué quiero tomar. Mejor así. Bastante tiempo y dinero ya gasté en este viaje, total para no arreglar nada, a lo sumo para enterarme de que mi madre, como lo había predicho mi padre, iba a terminar mal, que Acuña sin duda la había plantado, como ella a nosotros.

Lo que no podía imaginar es que al final se la iba a guardar mi hermano, él solo, él, el buen hijo, el gallego, el *goi*, el otro.

DÍAS DE 1937

El pianista de la confitería Boston culminó su interpretación de *Smoke Gets in Your Eyes* con la infalible cascada de arpegios que obtenía aplausos menos distraídos que los habituales entre su público nocturno. Los agradeció con una sonrisa y con una inclinación de cabeza, *urbi et orbi*. Antes de retirarse, introdujo el pulgar y el índice de la mano derecha en un pequeño bol colocado sobre el piano para llevarse a la nariz un pellizco de la cocaína amablemente puesta a su disposición por la casa. La *prise* —como las chicas de Les Ambassadeurs, usaba la palabra francesa— pareció reponer inmediatamente las energías claudicantes a esa hora avanzada de su actuación.

Era un lunes, casi a medianoche. Habían quedado atrás las señoras con sombreros decorosos de la hora del té, locuaces y cautivas del servicio de sándwiches y masas “con devolución”, que les permitía vacilar ante diferentes motivos de gula para finalmente consumirlos en forma sucesiva.

Atrás, también, habían quedado las parejas de la hora del cóctel: mujeres de sombreros menos sensatos, a menudo con velitos que habrían debido prestar cierto misterio a sus miradas ávidas; hombres lustrosos, en quienes fomentos y gomina deletreaban intenciones sin sorpresa. A esa hora se consumían sin prisa los "ingredientes” presentados en bandejas cromadas, y las bebidas alcohólicas de colores fantasiosos eran sorbidas parsimoniosamente; el humo de los cigarrillos, unas veces dulzón, otras acre, impregnaba la atmósfera hasta bien pasadas las nueve.

Para tan diversos públicos el pianista tenía repertorios apropiados, que matizaba según su intuición: solía acertar pasando de *Ramona* a *The Man I Love* y sabía para qué momento reservar un arreglo propio, que había merecido elogios, de *In a Persian Market*. Después de las diez de la noche todo se volvía imprevisible, tanto los personajes como su conversación: había ocurrido que alguien elevase el tono o que de un susurro se filtrasen palabras comprometedoras. Algunas mujeres, para no ser rechazadas al intentar entrar solas (la Boston velaba celosamente sobre su reputación) apelaban a la compañía de una amiga, tal vez improvisada pero de apariencia irreprochable, cuando no de un *chevalier servant* a quien no interesase el género femenino.

Ese lunes el salón estaba poco concurrido. El pianista no reconoció ninguna cara, no cruzó ninguna mirada de aprobación ante el estreno

de un popurrí francés que había puesto a prueba: *Smoke Gets in Your Eyes* había estado precedido por *J'attendrai*, que se volcaba en *Parlez-moi d'amour* y éste en *Mon coeur est un violon*. La ráfaga fría, vivificante, que corrió de su nariz a su cerebro le permitió descartar toda sospecha de indiferencia. Iván, el barman, le tendría preparado el habitual *whisky sour*, con él comentaría las noticias, contradictorias, desalentadoras, que llegaban de Europa.

Pero esa noche Iván había sido reemplazado —en fin, siendo irreemplazable había que decir: en su lugar estaba— por un joven de tez oscura y acento dulzón, ¿correntino? ¿acaso paraguayo?, que —pensó el pianista— normalmente no habrían dejado salir de la cocina. El desconocido le preparó un "séptimo regimiento" en lugar del cóctel habitual, y de las noticias del día no pudo disimular una ignorancia perfecta. El pianista se dijo que la buena educación no lo obligaba a conversar con él; tras el saludo y algunos monosílabos correctos le dio la espalda y llevó su cóctel a una mesa que tal vez no le estaba reservada aunque su ubicación ingrata, entre el bar y la cocina, solía mantener libre.

Sentado ante ella, lleno de entusiasmo sin dirección y recuerdos en desorden, vio acercarse al barman de esa noche sola: venía a entregarle un papelito doblado. Lo recibió con un "gracias" apenas audible y leyó, no sin incredulidad, "Por favor, maestro: *Allein in einer grossen Stadt*". Inmediatamente buscó con la mirada a un remitente posible; no habría sabido explicar por qué buscaba a una mujer sola, cuya presencia allí no era verosímil; luego buscó a un hombre solo, pero los pocos que pudo observar le parecieron imposibles de asociar con esa canción; las parejas, finalmente, no prestaban atención a nada de lo que las rodeaba. Se dijo entonces que la autora del pedido (había decidido que era una mujer de unos cuarenta años, rubia, triste e irónica, con la mirada ausente de la Dietrich) había previsto su curiosidad y se había eclipsado momentáneamente para escapar a su mirada.

Esta situación, inventada apresuradamente, lo satisfizo. Sí, el próximo trago del cóctel no deseado sería el último, poco importaba si sacrificaba diez minutos de su pausa autorizada, volvería al piano para lucirse con esa melodía que muy de vez en cuando tocaba, sin público, para su propia tristeza, seguro de que ningún oyente accidental la reconocería.

* * *

A la mañana siguiente, al despertar, abrió rápidamente la ventana del cuarto de pensión, como para que el barullo de la esquina de la calle Tucumán, frente a esa mole amenazante conocida como Palacio de

Tribunales, disipase toda modorra. El episodio de la noche anterior sólo volvería a su memoria media hora más tarde, bajo la ducha, cuando se sorprendió canturreando la melodía que le habían pedido. Se preguntó si no había soñado el mensaje de caligrafía esmerada así como sus arreglos sucesivos de la canción, que no parecieron disgustar ni entusiasmar al público menguante, taciturno, a la espera de quién sabe qué avieso milagro antes de dar por concluida la jornada. ¿Por qué no había pedido al barman que le identificase quién le había confiado el papelito de color indeciso? ¿En qué momento el encargado, desde la caja, había decidido que era hora de cerrar? Su mirada inexpresiva, el movimiento apenas esbozado de la cabeza, eran los mismos todas las noches; él solía encadenar la pieza que interpretaba, cualquiera fuese, con *These Foolish Things* y cuyos compases finales desgranaba en un *ralenti* gradual hasta dejar las últimas notas vacilando en el aire, mientras levantaba el pie del pedal y permitía que el silencio resultase audible antes de cerrar la tapa del Steinway.

No, no había interrogado al barman suplente, y una última mirada a las pocas mesas aún ocupadas sólo le había confirmado la ajenidad de esas anónimas aves nocturnas a todo lo que para él sugería esa canción. Pero no quería revisar una vez más el álbum de recuerdos berlineses. Se empeñaba en desterrar todo sentimiento nostálgico: en la ciudad abandonada había tocado el piano durante los ensayos de las revistas en el Theater des Westens y en el Metropol, para ser puntualmente reemplazado, tres días antes del estreno, por una orquesta no siempre a la altura de la Lewis Ruth Band; había acompañado a imitadoras de Fritzi Massary, *"die deutsche Mistinguette"*, en discos siempre anteriores al momento de su consagración, Nunca había actuado como solista en locales como la Boston o el Copper Kettle, locales "de categoría". (La expresión, adquirida al poco tiempo de instalarse a orillas del Plata, ya había perdido para él todo dejo de ridicula pretensión y la usaba habitualmente, como tantos habitantes de la ciudad junto al río inmóvil.)

Sin embargo, la angustia que lo visitaba puntualmente hacia las nueve de la noche, y no lograban mitigar los convites farmacéuticos de la dirección, era algo que sólo había conocido en esta ciudad. Fantaseaba con la mujer solitaria y distinguida que su piano sabría conmover, viuda de "buen pasar" que podría asegurarle un futuro menos incierto; con el director de cine que descubriría en él al colaborador providencial, capaz de conferir una atmósfera europea a sus ficciones cimarronas. Terminaba por reconocer que en esta sociedad nueva, a la vez transparente y herméticamente compartimentada, en cuyos márgenes actuaba, iba a envejecer sin

jubilación ni obra social, sin ninguno de los consuelos llamados "conquistas sociales" obtenidos por sus compatriotas gracias a los nazis. Estas consideraciones prácticas solían exigir una dosis doble de inhalación reconfortante; en vez de la ráfaga habitual era una mariposa helada la que aleteaba entre sus ojos para revolotear un buen rato entre sus sienes y permitirle postergar el cuarto de pensión, las vecinas transitorias y la inamovible doña Pilar, su vigilante patrona.

De esas vecinas había entendido inmediatamente que la profesión de coristas era un eufemismo. En su compañía se había resignado a tomar por desayuno los almuerzos a base de guisos que heredaban las sobras de días anteriores. Veía llegar alrededor de la mesa a "las chicas", mal despertadas, flojamente envueltas en batas desteñidas, con restos no borrados del maquillaje de la noche anterior; la mayor solía surgir impregnada en los efluvios del éter que pocas horas antes le había permitido eludir el insomnio; algunos días ese olor acre era demasiado intenso y no faltaba la joven colega que la instara a "no abusar de las botellitas"; la respuesta, que ninguna mirada acompañaba, era un susurrado "bataclanas…" que por alguna razón incomprensible para el testigo extranjero resultaba despectiva para quienes se declaraban coristas. Un día él les explicó que en Broadway se las llamaba *chorus girls* y poco después había sorprendido a una de ellas utilizando la expresión por teléfono, tal vez ante un empresario escéptico ("está usted hablando con una *chorus girl* reconocida"). Eran estas mismas anécdotas amables y presencias coloridas las que se volvían amenazantes cuando se imaginaba entre ellas diez años más tarde.

¿Y diez años antes? Se recordaba incalculablemente rico en expectativas y proyectos. Estaba habituado a escuchar entre sus relaciones que el triunfo de los nazis lo había arruinado todo, como si fuera una catástrofe caída de un cielo inescrutable y no la respuesta demasiado previsible de un mundo que durante más de una década esos mismos individuos habían vivido ignorando, desechando, marginando. Eran ellos, eran más bien aquellos amigos famosos cuya frecuentación les confería cierto prestigio reflejado, quienes se creían Berlín, o Alemania, o lo único que en ellas importaba. Fuera de esa órbita latían masas oscuras, postergadas, a las que no parecía valer la pena dirigir la mirada sino para lamentar su incultura política.

Tuvo que admitir, al margen de toda hipótesis histórica, que el ciclo biológico individual imponía su rigor: ya había cumplido cuarenta y ocho años y no había acumulado el capital de prestigio necesario para vislumbrar un ocaso sin penurias, pero tampoco le temía a una decrepitud demasiado patética; era más bien la incógnita pura, la ausencia de todo futuro representable lo que algunas noches,

al terminar su actuación, lo llevaba a bajar por Cangallo o por Viamonte, a cruzar el Paseo de Julio para acercarse en las sombras a esos límites donde la ciudad se agotaba en cafetines cuya sordidez ni siquiera era pintoresca, en pensiones supuestamente vinculadas con el puerto vecino.

Ese puerto invisible lo atraía: muelles, barcos apenas insinuados por un olor a herrumbre que las primeras brisas tibias de la primavera volvían particularmente evocador. Agua y embarcaciones permanecían obstinadamente fantasmales: era imposible acercarse a su presencia; para los controles de aduana y policía era sospechoso un paseo nocturno por esos márgenes oscuros y desolados de la ciudad. Imaginaba, sin embargo, los reflejos escurridizos, incesantemente deshechos y rehechos, del alumbrado público en esa agua negra. Oía, o creía oír, el chapotear mecánico, indiferente del agua contra quillas despintadas, los murmullos promisorios de máquinas ahora en reposo pero que en cualquier momento podrían ponerse en movimiento y conducir esos edificios flotantes hacia Europa. Porque el Río de la Plata, como el océano Atlántico con que se confundía, era para él sólo la distancia que lo separaba de Europa; inútil habría sido recordarle que en línea recta hubiese podido llegar desde ese punto a Cape Town: en el mapa de su imaginación sólo existía un punto cardinal, el Nord-nordeste.

Por esos periplos nocturnos, condenados a no alcanzar el objeto de su deseo, desechaba a los amigos reunidos en el Viejo Luna alrededor de un chucrut meramente nostálgico, o a la dócil Inesita, cuyos senos pequeños eran tan sensibles a sus dedos (*“eine andere Partitur”*) y de la que recordaba, sobre todo entre las sábanas, un perfume agreste, a yuyos y arroyo, cuya capacidad de excitarlo ya empezaba a menguar.

* * *

El segundo mensaje le llegó casi un mes después del primero. Al volver al piano después de una visita al toilette lo encontró, doblado sobre la madera negra y lustrosa del Steinway, y reconoció antes de abrirlo el color entre naranja pálido y rosado, ¿durazno?, del papel. La letra clara, dibujada sin afectación, era la que recordaba. Esta vez la canción pedida era *Frage nicht warum.*

Su sorpresa no fue menor que ante el primer mensaje, pero una coincidencia impidió que repercutiera en su imaginación: había pedido interrumpir su actuación a las once y media pues a medianoche lo esperaba un compromiso importante, inusitado. Se contentó con mirar, impaciente, a la escasa concurrencia mientras interpretaba esa melodía que, sin la voz de Richard Tauber, le pareció poco memorable; adornó su final con unos acordes patéticos y cerró la

tapa del piano sin haber ejecutado su sólita “cortina musical”. En su mente se agolpaban otras incógnitas y la apresurada inhalación con que se despidió de otra jornada cumplida atravesó esta vez su cráneo como una larguísima aguja que lo exaltaba hacia una aventura imprevisible.

En la esquina de Diagonal Norte esperaba un taxi. Le dio una dirección de la calle Parera mientras aspiraba afanosamente, prolijamente, como para no desperdiciar ningún resabio que hubiese quedado adherido a sus narinas. Por primera vez iba a tocar en un *souper* en casa de “gente bien”. Había repasado mentalmente su repertorio para desechar temas que podrían desentonar con ese público, sin duda exigente, sofisticado, y ahora vacilaba una vez más entre empezar por *The Night, the Music and Yon* o con *Orchids by Moonlight*. Llevaba anotada en un papel, junto a la dirección, el prestigioso apellido doble; al llegar quiso volver a mirarlo, para confirmar que lo sabía de memoria, y junto con ese papel salió del bolsillo otro, plegado, color durazno, donde alguien, que en ese momento no podía detenerse a imaginar, le había pedido una canción alemana que él creía olvidada.

El mucamo que lo hizo pasar (¿sería un mayordomo, ese personaje tan solicitado por el cine nacional?) tomó su sobretodo y su sombrero para entregarlos inmediatamente a una mucama y conducirlo hasta el piano, estratégicamente colocado entre dos salones donde unas seis o siete mesas pequeñas esperaban a los invitados. Locuaces, sonrientes, copas de champagne en mano, entraban por una puerta tras la cual entrevio una biblioteca. Sin pensarlo dos veces, atacó *Just a Gigolo* mientras observaba, duplicando su sonrisa, al elenco que descubría sus nombres en minúsculas tarjetas apenas visibles entre la platería, la porcelana y los bordados del mantel. Le pareció que se preparaban para una representación cuyo argumento conocían. Un hombre alto, de cráneo descubierto y bigote tusado, le dirigió una inclinación de cabeza a modo de saludo; se dijo que debía ser el dueño de casa.

Pronto entendió que nadie lo escuchaba. A él mismo le resultaba difícil hallar el volumen justo entre el vocerío entusiasta que reverberaba a su alrededor. Cuando un mozo depositó una copa de champagne sobre la tapa del piano, esperó pudorosamente unos minutos antes de probarla. Desde su puesto de observación, sin descuidar la música, seguía las etapas del servicio: a modo de entrada los mozos trajeron unos túmulos de hojaldre de donde asomaban langostinos; el plato siguiente parecía ser carne, tal vez ave, rodeada por verduras recortadas, todo bañado por una salsa clara. De vez en cuando la mirada de una mujer cruzaba la suya y no se retiraba como él lo hubiese esperado; con una mezcla de indiferencia y descaro lo estudiaba como lo que allí era: un meteorito vestido de smoking. Se le

ocurrió que alguna curiosidad sexual podía animar esas miradas, pero también pensó que era mejor no hacerse ilusiones: esas costosas criaturas impregnadas de Guerlain no podían sino rozarlo brevemente, distraídamente, y sólo con los ojos.

—¿También tocás tangos?

La pregunta lo sobresaltó. La mujer que había pronunciado esas palabras sobre su hombro era de edad madura, delgadísima, y sonreía sin temor a descubrir dientes excesivos. Entre el pulgar y el mayor de la mano derecha sostenía una boquilla inquieta. Sin esperar respuesta insistió:

—*¿Sabés La muchacha del circo?*

El asintió con una sonrisa y abordó esa canción que, como tantos otros tangos, conocía de oídas, sin que formaran parte de su repertorio.

—Espérame, no seas apurado.

La mujer se dirigió a los comensales que en ese momento terminaban lentamente un *bavarois* y los conminó:

—Escuchen a la Quiroga.

Tras dos intentos fallidos, él acertó con la clave apropiada para acompañarla. Satisfecho, se descubrió capaz de seguir la melodía sin notas falsas, capaz incluso de anticipar o rubricar los efectos paródicos, el ceceo, los dejos canyengues de la imitación. Los aplausos que la saludaron, aunque exagerados, parecían sinceros, apenas burlones.

—¡Dale, hace a la Lamarque!

Entre carcajadas, varios invitados habían dejado las mesas para seguir furtivamente a los primeros desertores, visibles en la biblioteca con tazas de café en la mano. La mujer parecía divertirse aún más que su público, ya decreciente.

—No sean guarangos, escuchen a la única, a la gran Mercedes Simone…

Le ordenó tocar *Cantando*. El no tardó en comprender que esta imitación no era paródica. La mujer podía carecer de la musicalidad espontánea, infalible del modelo, pero se entregaba al canto con un sentimiento evidente.

“Cantando yo nací,
cantando yo viví,
como no sé llorar
cantando he de morir. ”

Esta vez los aplausos fueron menos entusiastas, más breves. Todo el mundo respondía al tácito llamado de la habitación vecina y en

pocos minutos las mesas quedaron desiertas.

—Bueno, che, me parece que una artista tiene que reconocer cuando le llega la hora de retirarse —dijo la mujer entre risas, con un ademán teatral de la boquilla—. Gracias, maestro.

La palabra “maestro” lo sobresaltó. Estaba habituado a aceptarla como una forma convencional, poco frecuente pero libre de toda ironía; ahora, en la voz de esa mujer que se alejaba sin mirarlo, esa mujer que parecía hablar entre comillas, como si se riera de sí misma, la palabra le recordó los pedidos anónimos donde la había leído: cita de un texto cuyo sentido se le escapaba.

El mismo mucamo circunspecto que lo había recibido se acercó para entregarle un sobre. El no necesitó abrirlo para reconocer el espesor crujiente de varios billetes.

—Por aquí, por favor.

Lo siguió, echando una última mirada a los ramos opulentos, cuyas flores estaban combinadas en contrastes inesperados. En dos retratos, que le parecieron imitaciones de Winterhalter, reconoció, menos calvo, al hombre cuyo saludo distante le había sugerido que se trataba del dueño de casa, y a la mujer tan delgada, de mirada burlona, en cuya sonrisa el pintor había mitigado la dentadura petulante.

El mucamo lo condujo a la antecocina. Sobre una mesa de bridge, cubierta con un mantel liso, lo esperaba una selección de la comida que había visto servir en los salones; a un lado, una botella de vino reemplazaba al champagne. Se dijo que sería digno partir sin probar esos posibles manjares, pero la curiosidad y, en una visión fugitiva, el recuerdo de los guisos de doña Pilar desplazaron todo reflejo de orgullo. Se sirvió un vaso y pudo comprobar que el vino era muy superior a los que solía frecuentar.

—¿La señora que cantó es la dueña de casa? —se animó a preguntar después de un momento. Sólo dos muchachas habían quedado en la cocina, ocupadas con la vajilla. Se consultaron con la mirada y fue la mayor quien respondió con un “sí” cortante antes de desaparecer. La menor se acercó a él; hablaba rápidamente, a media voz.

—Al señor no le gusta que empiece con las imitaciones, pero cuando bebe no la para nadie. Dicen que antes de casarse con el señor cantaba en el…

El regreso de su compañera, con una bandeja precariamente cargada de platos y cubiertos sucios, interrumpió las confidencias. La seguía el mucamo, asomándose detrás de un ramo de iris y azucenas que le escondían la cara; al comprobar que él ya había comido y bebido le preguntó si quería un café, con el tono de quien anuncia que una visita debe terminar. El pronunció un “buenas noches” sin

destinatario preciso. El abrigo y el sombrero ahora lo esperaban junto a la puerta de servicio.

Al abrir la puerta de calle respiró hondamente. Buscó en el bolsillo el papel color durazno y volvió a leer: “Por favor, maestro: *Frage nicht warum*”. Pero sus pensamientos flotaban en otra dirección y postergó toda trama que su imaginación pudiese urdir sobre el remitente. Volvió caminando a la pensión. En las calles vacías, silenciosas, le pareció despertarse de un sueño que lo hubiese fatigado con imágenes y sensaciones confusas. Sin mucha esperanza de hallar algún resto consolador inhaló con aplicación, pero el único frío que subió por su nariz fue el del aire de la noche.

* * *

Durante meses la idea de un tercer mensaje lo visitó con frecuencia. La tradición exigía que fueran tres los llamados del destino: los tres deseos, los tres golpes para salir a escena. Una tarde, al levantar la tapa del Steinway, encontró un papelito doblado, color durazno, evidentemente introducido por la angosta ranura que, una vez cerrado el piano, sólo permitía deslizar una hoja tan delgada como ésa. Al abrirla, con expectativa, con aprensión, se encontró ante una hoja en blanco; la dio vuelta pero no halló escrita ni una palabra, siquiera un trazo. Con un gesto mecánico, la guardó en un bolsillo y esa tarde empezó su actuación con *Es gibt nur einmal*, una melodía vienesa cuyo aire de marcha siempre lo había irritado por su nostalgia imperial; irracionalmente, pensaba replicar a quien había dejado ese papel en blanco. La velada transcurrió sin signos del infame bromista, sin duda un vienés que se burlaba de su condición de emigrado berlinés…

En medio de un popurrí latino, entre *Frenesí* y *Perfidia*, advirtió la llegada del subdirector de Radio Belgrano, que le habían presentado meses atrás. Le dirigió una sonrisa amplia y una inclinación de cabeza, que el recién llegado retribuyó. Lo acompañaba una mujer jovencísima, de pelo castaño y tez transparente. Durante la pausa, aceptó la invitación a reunirse con ellos y besó la mano de la desconocida. Sabía que el gesto, insólito en esas latitudes, seguramente inesperado para una joven sencillísima, solía valerle cierta aureola distinguida, que una vez había oído calificar como propia de un “galán europeo”. Pero esta vez la homenajeada lo miró sin sonreír; si alguna expresión pudo leer en su rostro no era de halago sino más bien de desconfianza. De los minutos que pasó en la mesa iba a guardar la impresión de una muchacha callada, tal vez tímida, en cuyos ojos ocasionalmente brillaba un destello al que no eran ajenos ambición ni rencor.

Habituado a antesalas y postergaciones, debió dominar su

incredulidad ante la propuesta que le traía ese conocido de quien no cabía esperar un gesto amistoso: animar como solista, los lunes a las 23 horas, un programa cuyo título provisorio sería “Nostalgias de Europa”. No pretendió disimular su entusiasmo. A esa hora temprana, el bol amistoso aún no había aparecido sobre el piano; sus reacciones espontáneas no conocían el énfasis del estímulo químico. Agradeció la ocasión que le ofrecían de "alcanzar un público más amplio” con su repertorio. El subdirector de la popular emisora le explicó que sus interpretaciones estarían enmarcadas por glosas ("evocaciones románticas, pintorescas, emotivas de las grandes ciudades europeas”) declamadas por la joven actriz que lo acompañaba.

—Una promesa —le diría al día siguiente, en su oficina—. Magaldi la conoció durante una gira y la trajo a la capital… En teatro no se ha lucido mucho que digamos, pero Chas de Cruz le ha prometido un papelito en la película que va a hacer con Quartucci. Veremos qué da en la radio…

El contrato que le presentó, y él se apresuró en firmar, era por un solo mes. Le permitiría, sin embargo, devolver dinero prestado por amigos, renovar parcialmente su guardarropa y aplacar la desconfianza de doña Pilar; más allá de tan modestos objetivos, sólo podía aspirar a que los anunciadores, satisfechos con su actuación, prolongaran el contrato. Pero no tardó en comprender que la música era algo meramente secundario en esa producción: se trataba ante todo de darle "una oportunidad” a esa muchacha a la vez arisca y complaciente, en la que intuía un carácter fuerte apenas disimulado. Lejos del micrófono, lucía una frescura que no habían empañado penurias y humillaciones tempranas; ante el temible objeto metálico perdía sus cualidades naturales y, huérfana de toda dirección, liberaba reservas incalculables de cursilería.

El sé habituó a que un automóvil la esperase todos los lunes a medianoche, al salir de la radio. Hubo un lunes, sin embargo, en que no vio, estacionado a pocos metros de la puerta, el vehículo negro, reluciente, y se atrevió a preguntarle si podía acompañarla mientras esperaba.

—No espero —fue la respuesta tajante; como para corregir ese atisbo de despecho, agregó con una risita forzada—: Ya no va a haber más auto con chofer para mí.

El la invitó a comer (“si no le resulta demasiado pobretón”) al restaurante, que por pudor llamó “boliche”, donde recalaba las noches en que no tocaba en la Boston. Ella aceptó de buen grado.

—Cuando llegué a Buenos Aires no me podía permitir ni un boliche como éste —dijo, imitando la pronunciación de la palabra “boliche” que le había oído a él.

Se rieron y por primera vez una corriente de franqueza circuló

entre ambos. El supuso que el percance sentimental, y sin duda profesional, representado por la ausencia del automóvil le había hecho deponer, tal vez por unas horas, algo de la cautela que se había impuesto en el trato con otros hombres.

Terminaban la botella de vino cuando inesperadamente la oyó preguntar:

—¿Qué va a hacer cuando se acabe el programa?

El preguntó a su vez si estaba segura de que el programa no iba a continuar. Durante un instante, que le pareció muy largo, ella lo miró con resignada certeza.

—A fin de mes se acaba. No hay vuelta que darle.

No quiso preguntarle de dónde provenía esa seguridad, pero intuyó que la ausencia del automóvil con su uniformado chofer la explicaban.

—Usted toca el piano con mucho sentimiento. —Ella cambió de tema y su tono parecía sincero sin afectación. —Se nota. Pero, cómo decirlo, su música no es para todos… No quiero decir que sea sólo para extranjeros como usted, pero… En fin, me dolería que se encontrase en una situación difícil, a su edad…

Incrédulo, entendió que esa criatura, que le había suscitado un impulso de compasión, había estado compadeciéndose de él. Más aún: que los casi treinta años que los separaban, a los que se había habituado a no prestar atención, ocupaban visibilísimos el primer plano de la atención que ella le concedía. Entre los sentimientos contradictorios que en ese momento lo sacudieron, y se esforzaba en vano por controlar, cruzó como una corriente eléctrica la necesidad del socorro farmacéutico, otras noches al alcance de sus dedos sobre el piano de la Boston. Supo que iba a ser incapaz de continuar representando, aun sin convicción, al hombre de mundo que consuela a una debutante desdichada. Con sus ojos despejados, sin ilusiones, esta debutante lo había visto más allá del personaje que creía encarnar. Sintió que debía decir algo, cualquier cosa. Logró, con mucho esfuerzo, esbozar una sonrisa, que seguramente resultó amarga; pero ya no le importaba disimular. Se oyó decir:

—No sé, a lo mejor me vuelvo a Alemania…

* * *

El 22 de julio de 1937 zarpó de la Dársena C del puerto de Buenos Aires, con destino a Bremen, la nave de pabellón alemán *Gonzenheim*. En su lista de pasajeros de tercera clase figuraba “Jürgen Rütting, profesión: músico”.

Para algunas mitologías la muerte no es un acontecimiento súbito, el tránsito abrupto de un instante en que aún hay vida a otro en que

ya no la hay. La representa más bien un viaje, simbólico, que puede entenderse como un despojamiento y un aprendizaje.

Es posible imaginar que durante ese tránsito subsisten, islas a la deriva en un mar nocturno, fragmentos de conciencia, recuerdos, voces e imágenes de la existencia que se apaga, transitorio bagaje al que el viajero se aferra por un tiempo breve, impreciso, que nuestros instrumentos no saben medir.

Nada sugiere que en esas islas perduren los momentos que el viajero hubiese considerado decisivos en su vida: tal vez sólo se adhiera a ellas la resaca de un naufragio. De esas ruinas que se dispersan en el momento mismo de nombrarlas sería vano esperar el retrato de un individuo que desaparece. Tal vez sea su condición de añicos, de desechos lo que cautivaría la atención del improbable espectador que a ellos pudiese asomarse: fragmentos de un relato mutilado, piezas aisladas de un rompecabezas que ya nunca podrá completarse.

VISTA DEL AMANECER SOBRE UN LAGO

La mujer abrió la puerta con tanto sigilo como había cerrado la de su cuarto y dejado atrás un pasillo, y después un piso de escaleras también iluminadas por la débil lámpara que velaba toda la noche.

Entró pisando con cautela. No se encontró en un cuarto como el suyo sino en la antesala de una suite. Una arcada permitía ver un pequeño salón, despojado de toda huella personal; una puerta entornada postergaba púdicamente el cuarto donde debía dormir el paciente. Vaciló antes de empujarla suavemente.

Una luz grisácea, palpitante, iluminaba la cama donde yacía el cuerpo casi descarnado. Provenía de un televisor encendido pero sin voz. Muchos cables y tubos comunicaban ese cuerpo con bolsas colgantes de altos pies de suero, de donde fluían parsimoniosamente, gota a gota, las sustancias que debían prolongar una frágil vida; en medio de esa maraña, la mujer no advirtió inmediatamente los auriculares en las orejas del paciente, sus hilos indistinguibles.

En la pantalla figuras maquilladas pesadamente gesticulaban sobre un fondo de brumas que parecían elevarse de la superficie de un lago. La mujer buscó los ojos del paciente. En el fondo de sus cavidades sombrías, casi cubiertos por membranas rugosas que habían sido sus párpados, no estaban cerrados. Desprovistos de toda expresión, estaban fijos en la pantalla del televisor.

La mujer avanzó hasta ocupar una silla. El paciente no pareció advertir su llegada. Un largo momento de silencio pasó antes que él articulase unas palabras, con voz inesperadamente firme.

—¿Usted es la nueva enfermera?

La mujer no respondió. Buscó la pantalla, donde monstruos tal vez mitológicos surgían y desaparecían en la bruma, alrededor de las figuras enjoyadas cuyos rasgos subrayaba un maquillaje de ópera. Comprendió que debían ser cantantes, que una música y un canto debían justificar lo que ella veía como una grotesca pantomima. Pasó otro largo momento antes que el paciente preguntase:

—¿La conozco?

En ese instante, por primera vez, sus miradas se encontraron. Ella no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, su voz, menos firme que la del paciente, era sin embargo la de una persona viva, que buscaba palabras y las pronunciaba con dificultad.

—No sé. Tal vez. Marcia, Enrique, Marcos, Mercedes, Clara… ¿Le dicen algo esos nombres?

La mirada del paciente volvió a la pantalla muda. Tardó en

responder con otra pregunta.

—¿Por qué me habla en español?

Ella esbozó una sonrisa: no se había dado cuenta de que el hombre, hasta ese momento, había hablado en francés.

—Porque sé que lo entiende. Porque lo hablaba. Hace veinticinco años, en Buenos Aires.

Una risa, inmediatamente borrada por la tos y los espasmos, sacudió al paciente.

—¿Y quién era yo hace veinticinco años?

El silencio siguiente fue incómodo. Habían hablado, algún contacto había sido hecho, ahora un silencio sólo podía significar la voluntad de no hablar. Se refugiaron, los dos, en la contemplación de los personajes abrumados por joyas, postizos y brocados, que en la pantalla movían los labios en vano.

Al rato la mujer sintió que los ojos del paciente ya no estaban fijos en la televisión sino en ella. Devolvió la mirada y le asombró la dureza, la intensidad de que eran capaces unos ojos fatigados, como la voz clara de ese cuerpo que era un despojo.

—¿Viene de la Argentina?

—No. Hace años que vivo en Ginebra.

—Y ahora, de pronto, cree reconocer en mí… ¿a quién? ¿un amor de juventud?

Ella suspiró antes de responder.

—No es tan simple. Usted no se deja fotografiar. Y he leído que cada tres años cambia de cara.

—Tengo mucha suerte. Sé olvidar. Con cada cara nueva se limpia mi memoria. Debería intentarlo.

Las palabras denotaban seguridad pero la voz que las decía era mecánica, inexpresiva. Prosiguió:

—¿Dónde ha leído esas cosas? Soy un individuo rico pero oscuro, casi anónimo. Nadie me entrevista, nadie se molesta en escribir sobre mí.

La mujer no supo disimular cierta satisfacción.

—Pagué a una agencia de investigaciones para que averiguase quién estaba detrás de una producción de *Alcina* de Händel en el lago de Constanza.

El paciente no pareció impresionado.

—¿Y se enteró de algo que valga el precio que pagó?

—No estoy segura. Tal vez. Que el señor Ronald Duparc obtuvo la naturalización suiza tras sólo cinco años de residencia en el cantón de Vaud en vez de los diez que exigen las leyes de la Confederación. Que al llegar aquí en 1977 lo hizo con un pasaporte panameño. Que el secreto bancario protege las sumas que entonces depositó en la Union

de Banques Suisses y en el Crédit Suisse. Que hace dos años creó, bajo otro seudónimo, una fundación para producir festivales de ópera, cuya primera aparición pública es la de este verano.

El paciente no habló inmediatamente. Parecía esperar nuevas informaciones, que no llegaron.

—¿Eso es todo?

—Me bastó. El secreto bancario, los nombres falsos, los documentos de identidad comprados pueden ser insuficientes. La gente suele traicionarse por detalles que les parecen sin importancia, o demasiado privados como para revelar la cara borrada por cirugías sucesivas.

—Y esa cara sería la de alguien que usted conoció, que buscaba…

—No lo buscaba. Pensaba haberlo olvidado. Lo conocí, o creí conocerlo, en un tiempo en que yo también era otra.

Sonrió sin alegría y agregó:

—No necesité cirujanos. Los años se encargaron solos del trabajo.

El paciente volvió a esperar palabras que no llegaron. Insistió:

—Y a esa persona, supongo, usted le reprocha algo grave.

—No sabría explicarlo. Había logrado olvidarlo. Hace mucho tiempo le habría podido responder con exactitud. Cosas como: haber desaparecido con el rescate de un secuestro que debía entregar a un grupo de… ilusos; enterarme de que el secuestrado era su cómplice, que el rescate pagado por una empresa multinacional lo iban a compartir. Pero ya nada de eso importa. Tal vez lo odié porque nos había demostrado que no era un iluso como nosotros. Y hoy, al reconocerlo, quiero odiarlo porque lo odié en mi juventud y odiarlo ahora me hace sentir joven de nuevo.

Cuando volvió a hablar, la voz del paciente había perdido algo de su sonoridad impersonal de locutor.

—Usted se analiza como si fuera un personaje de novela. No me extrañaría que teja a su alrededor novelas con personajes reales. Conmigo, por ejemplo.

—Es posible. Pero confío en el azar. El personaje que conocí hace tanto tiempo tenía, al margen de arrebatos ideológicos que entonces nos parecían sinceros, una pasión, no sé si secreta pero en todo caso privada. Una noche de festejos y entusiasmo se descuidó. Habló de una ópera, más bien de su sueño de hacer representar una ópera entonces casi olvidada, pero no en un escenario sino en medio de la naturaleza, en una isla o al borde de un lago. Hace dos meses vi el afiche de un festival de verano y reconocí el título, el nombre del compositor, la vieja idea que dormía quién sabe en qué fondo de mi memoria.

—Eso es absurdo. ¿Un militante aficionado a la ópera?

—Yo no pronuncié la palabra “militante”.

—Está implícita en todo lo que dijo, en su nostalgia, en su desilusión, en su ceguera empecinada. Y ahora quiere que yo haya sido ese traidor. ¿Para matarme? ¿Cree posible recuperar su juventud matándome?

—La agencia me dio las fechas de su internación. Elegí esta clínica para tener la posibilidad de acercarme a usted. No sé si pensaba matarlo.

—Usted vive en un melodrama que corresponde a su visión del mundo. Desdichadamente, la vida suele ser irónica. Hago creer que estoy aquí para una enésima cirugía facial. La verdad es que estoy muriéndome, y de un cáncer convencional.

Esperó un instante antes de añadir:

—También en esto, como todos los suyos, llega usted tarde, se equivoca, no logra dejar una huella en la realidad.

De nuevo la risa le provocó un acceso de tos, más espasmos. Ella lo observaba agitarse sin curiosidad.

—Matarlo no saldaría una vieja deuda: si esa deuda existió ya estaba olvidada. Pero siempre quise matar. Si nunca lo he hecho es por no ir a la cárcel. Ahora siento que me quedan pocas razones para seguir en lo que este mundo se ha convertido. Tal vez sea el momento de permitirme ese lujo.

—¿Sin coartada? ¿Ya no se trata de parir un hombre nuevo, una sociedad más justa, todo lo que autorizaba a matar con buena conciencia? Admiro su coraje. No creo que usted tenga hijos, o haya tenido hijos que empujó, como tantas mujeres, a tomar las armas por ellas, hijos cuya muerte ahora le permita una notoriedad periodística… Usted se atreve a aceptar su odio, sus ganas de matar, sin una coartada emotiva. La admiro.

Con un ademán inesperadamente enérgico el paciente se arrancó los auriculares y apretó una tecla del control remoto. La música y el canto los hicieron callar.

“Verdi prati, selve amene,
Perderete la beltà ”

—El dinero con que se pueden comprar armas también permite hacer esto —sentenció—. Le dije que llega tarde. Mataría a un moribundo, un mecenas discreto, sin relación con esas viejas historias que ya no interesan a nadie.

Volvió a reír o a toser.

—Dios se le adelantó.

La mujer permaneció inmóvil un momento. Cuando se incorporó

parecía vencida por un cansancio inmenso. Se dirigía hacia la puerta del cuarto cuando se detuvo para volverse hacia el paciente, como si una idea tardía la hubiese rozado.

—Pero… yo nunca creí en Dios…

Sin prisa pero sin vacilar, con precisión, desconectó cuanto tubo y cable ligaba las venas del paciente a sus fuentes de supervivencia. El hombre observaba sus gestos sin reaccionar. En esos ojos minerales ella no reconoció miedo ni rencor. Permaneció unos minutos mirándolo, como si esperase un indicio de que la vida lo abandonaba, pero ninguna mueca, ningún quejido le anunció el momento esperado. Finalmente, con dos dedos, bajó los párpados helados sobre unos ojos que la enfrentaban sin verla.

De vuelta en su cuarto, abrió las ventanas que permitían salir a un estrecho balcón. Empezaba a clarear. El precoz día de verano despertaba con una brisa fresca que le traía el perfume de tilos y madreselvas. Respiró profundamente. Por primera vez en meses, tal vez en años, se sintió en paz consigo misma. Cerró el abrigo que había echado sobre los hombros del camisón reglamentario y se quedó observando el lento amanecer. Sobre el lago, en medio de la bruma, vio pasar a un remero silencioso. Reconoció los graznidos de patos y gaviotas. Volvieron a su mente imágenes y voces de la infancia, un pasado que, estaba segura, no la había visitado en mucho tiempo. No le trajeron tristeza ni revelaciones. Se refugió entre ellas como en un regazo tibio, donde tal vez pudiese descansar.

BUDAPEST

El conductor del automóvil de alquiler que lo esperaba en el aeropuerto echó una rápida mirada a la dirección que David Lerman, incapaz de pronunciarla, le mostró escrita en una tarjeta. Por todo comentario, preguntó si prefería atravesar la ciudad o evitarla. David prefirió atraversarla. La segunda pregunta fue si prefería bordear el Danubio o pasar por la Plaza de los Héroes. Esta vez David eligió la segunda alternativa. *"Sebón!"* murmuró sonriente el conductor. En el alemán rudimentario que les permitía comunicarse, explicó que era un camino más largo, tal vez menos pintoresco, pero mucho más interesante.

El conductor no podía tener más de treinta años de edad, pero evocaba episodios anteriores a su tiempo con mirada de testigo adulto, sin duda heredada junto con el relato de sus padres. David no quiso revelarle que su madre había nacido en esa ciudad, que la había abandonado en 1938, llevada por sus padres a la Argentina, donde ella se casaría y David iba a nacer. Así fue descubriendo el paisaje urbano, pálidamente iluminado por un invisible sol de febrero, filtrándolo a través de imágenes superpuestas: un palimpsesto donde los rayos X de su memoria le devolvían en silencio los recuerdos de infancia de una emigrada y, simultáneamente, el conductor leía en cada calle, en cada plaza, la turbulenta historia posterior.

—¡Allí! ¡A la izquierda, detrás de las columnas! Allí estaba la estatua gigante de Stalin. La derribaron en el levantamiento del 56. Sin embargo, cuando llegaron los tanques soviéticos, a pesar de la represión nadie se atrevió a poner de vuelta en ese lugar al padrecito de los pueblos… ¡Stalin en la Plaza de los Héroes! Era demasiado…

David, en cambio, identificaba a la derecha la pomposa arquitectura habsbúrgica de los baños Széchenyi, que su madre había frecuentado de niña, jugando en las piscinas con olas artificiales. ¿O había sido en la isla Margarita? En sus relatos también había otra piscina donde luces doradas y burbujas mecánicas aspiraban a provocar la ilusión de bañarse en champagne… David recordó haber leído que muchos de los mayores directores y productores de Hollywood habían sido de origen húngaro, y le pareció normal que hubiesen crecido en este territorio en otros tiempos tan dotado para la invención decorativa, para infiltrar la ficción en lo real.

El automóvil avanzaba lentamente por la Andrassy út (que alguna vez se había llamado avenida Stalin y también avenida de la República Popular, aunque nadie nunca había pronunciado esos

nombres). Las fachadas no limpiadas, no renovadas, preferían lucir los impactos de octubre de 1956. Algún balcón mutilado, los fragmentos de mayólicas multicolores en la Kodaly kórut o en Oktogon le parecían a David elocuentes ejemplos de la virtud de asumir las cicatrices, de no borrarlas mediante una epidérmica cirugía, como lo había impuesto el ya lejano "milagro" alemán.

El conductor logró llegar a un puente y cruzar el Danubio sin pasar por ninguno de los hoteles internacionales cuyas moles de acero y vidrio habían surgido, forúnculos prestigiosos, en la última década. Por la Teréz út, sin embargo, David creyó ver un McDonald's instalado en un pabellón *art nouveau*, vecino a una estación de ferrocarril.

—Era el buffet de la estación del Oeste —informó, infatigable, el conductor—. Estaba en ruinas y no había dinero para reconstruirlo. La ciudad se lo cedió a McDonald's con la obligación de dejarlo en su estado original.

Con la excepción de la enorme letra amarilla, iluminada por dentro, que es la inicial de la cadena, pensó David. Pero sabía que ciertas cosas es mejor callarlas. Al cruzar el río, miró los muelles, dormidos entre restos de nieve, las siluetas de los árboles desnudos, trazadas en blanco y negro, y también guardó para sí el recuerdo (¿leído dónde?) de los judíos liquidados al borde del agua para que la corriente arrastrase sus cuerpos. ¿Había sido a fines de 1944? Se dijo que él también era un depositario de historias ajenas, historias que tal vez el conductor ignoraba o relegaba al margen borroso de un pasado que no le concernía.

Subían hacia las alturas de Buda. Más allá de la fortaleza, no sólo Pest sino la ciudad entera apareció ante David como una maqueta, la de un decorado rico en jardines, palacios y puentes inventados, que no correspondían a ningún período histórico preciso, y una vez más volvió a su mente la genealogía oculta que vinculaba a esa ciudad con Hollywood.

* * *

Tres semanas antes había recibido en su atelier de Clamart una de las periódicas visitas de J. M. Henriot, cuya actividad visible era la dirección de una galería de arte en Neuchâtel, propiedad de una empresa sirio-colombiana.

Al principio nada había diferido de otras ocasiones: el saludo estentóreo en la puerta, el abrazo teatral, el paso inmediato a la cocina para tomar la botella de coñac y el vaso que el visitante sabía dónde hallar. Luego, J. M. solía echarse sobre un sillón y, en un orden variable, servirse un trago generoso y extraer de un bolsillo interior,

con gestos de prestidigitador, un sobre que dejaba caer, enfáticamente, a los pies de David. También era habitual que éste no se inclinara a recogerlo ante el visitante: lo haría más tarde, a solas, y casi nunca había tenido motivo de reclamo: el recibo del depósito en una cuenta suiza solía mencionar la cifra convenida.

A continuación, J. M. pedía noticias del trabajo: la copia de un original en tránsito, original que permanecería en Suiza, copia que sería devuelta al dueño del original. (David no podía evitar sonreír al recordar la primera vez que había oído hablar de ese tipo de estratagemas: habían sido especialidad de un mecenas de la izquierda literaria rioplatense, cuya colección de Figari se había formado según esa receta.) Hacía años que David ya no pintaba su pintura… Un día había creído advertir en las miradas de sus personajes, de sus criaturas pintadas, una desconfianza, un temor ausentes en los modelos que posaban ante él. La ambigua distancia, tan cara a Henry James, que el arte introduce entre la realidad y su representación parecía en su caso aportar solamente una expresión de recelo, y ésta volvía inaceptables sus retratos, les contagiaba una inquietud solitaria, callada: la suya.

Este reconocimiento, que hubiese halagado a artistas menores, hirió a David, le quitó fuerzas para imponer esa diferencia como firma, marca personal, rasgo de estilo. Creyó huir de ella refugiándose en las copias, y éstas lo llevaron a la falsificación. Nunca había obtenido, por su propia pintura, las sumas que ahora le procuraban falsos Utrillos, falsos Vlaminck, aun falsos Van Dongen. Su dominio, sin discusión posible, era el de un segundo nivel, pero en éste era incomparable. Tal vez inspirado por el desprecio hacia quienes pagaban por su trabajo, se superaba en la ejecución aplicada de esos simulacros. En su atelier, rodeado por tantas telas vueltas de cara a la pared, una sola pintura suya enfrentaba al visitante, lo interrogaba: el retrato de una joven. J. M. nunca había podido arrancarle su identificación, pero era evidentemente esa tela la que, en cada visita, le suscitaba un "¿Y cuándo te decides a volver a exponer?", que David entendía menos como cortesía que como síntoma de expectativa ante un filón posiblemente rentable.

Esa tarde, tras inspeccionar sumariamente el paisaje que David había ido depositando sobre una tela, siguiendo líneas y colores proyectados por una diapositiva (y cuya semejanza, calculaba, sería completa y aceptable dentro de pocas semanas), J. M. había pronunciado la frase imprevista.

—¿Te tienta un viaje a Budapest?

Ante la mirada sorprendida de David, continuó:

—Nada más sencillo. Se trata de ir a ver un Friedrich.

Pasó a contar, desordenadamente, atropelladamente, una historia que podía resumirse así: una condesa húngara había logrado guardar

en su granero, no lejos de Budapest, un Friedrich durante los cincuenta años del comunismo.

Durante ese medio siglo la casa, como toda propiedad privada que a la muerte de su habitante pasaría a manos del Estado, había ido sumiéndose en una decrepitud más sórdida que pintoresca. Pero la Historia, a pesar del afán legislador de quienes la explican, suele aceptar una dosis de azar: el régimen colectivista quebró antes que la salud de la señora, y a los ochenta y tres años de edad ésta recuperó la propiedad indivisa de sus bienes. Con ella también conoció el rigor de impuestos multiplicados, del costo inabordable de un mantenimiento, aun sumario, de su propiedad.

Entre sus pocas relaciones sobrevivientes, alguien le aconsejó que confiara a galerías de Munich y de Zurich la venta de muebles y tapices, más algún óleo de un maestro centroeuropeo menor. Del Friedrich no había querido separarse. Ahora que la necesidad tan temida parecía inexorable, se dijo que no podía recurrir a los intermediarios habituales. Esa tela había pasado por manos de un general del Ejército Rojo, que la había tomado de un castillo alemán y había omitido consignarla en el inventario comunicado a la Academia de Bellas Artes de Moscú.

(Sobre esta omisión existían hipótesis variadas: la más insólita, la formación por parte del general de una colección privada para su deleite personal; la más realista, la formación por parte del general de una colección privada que, de espaldas a las autoridades soviéticas, le garantizara cierta solvencia en sus proyectados viajes por el mundo capitalista, o en un futuro, inescrutable aun en la Unión Soviética, para su instalación definitiva en esa otra mitad del mundo.)

Ese Friedrich ¿lo había confiado a la condesa para ponerlo a salvo de reclamos o expoliaciones rivales? Lo cierto es que, una vez incluido en las listas de obras “desaparecidas” (*missing works of art*) durante la Segunda Guerra Mundial, su venta pública resultaba impensable. Era en casos como éste que la experiencia de J. M. podía ser útil. La misión de David se limitaría a visitar a la condesa, a verificar para sí mismo la autenticidad de la tela, a inspirarle a la anciana la confianza necesaria para que encargase a la galería de Neuchâtel su venta confidencial. David sabía cuál sería la continuación: una vez en Suiza, la tela sería examinada por expertos “del más alto nivel y fiabilidad”, éstos la declararían una mera copia de época, y gracias a su propia diligencia una copia sería devuelta a Hungría en lugar del original, para consuelo de la condesa en sus días crepusculares.

David había aceptado.

Esa misma noche, sentado ante el retrato de la joven cuya identidad se reservaba, se preguntó si había asentido impulsivamente sólo para abreviar la visita del insoportable J. M., si quería

enriquecerse con un nuevo grado de vileza (pero Dostoievski no estaba entre sus autores preferidos) o si había descubierto cierta curiosidad por visitar la ciudad donde había nacido su madre.

El retrato, como era habitual, le concedía miradas indescifrables. Variable como esos ojos que se dicen "color del tiempo", pasaba de la ironía al desprecio, a la piedad, al miedo. David sabía que estos sentidos eran ficciones que él deducía de un pliegue del ceño, de un ángulo de la boca, pero no se cansaba de jugar con ellos e interrogaba a su criatura en busca desuna revelación siempre elusiva.

Solía quedarse dormido ante la tela.

* * *

El Friedrich no podía ser más reconocible: una figura de hombre, de espaldas al espectador, enfundado en una levita negra, el pelo desordenado por el viento que torcía árboles y encrespaba torrentes, sobre un fondo de despeñaderos y cielo amenazante. Y sin embargo de esa naturaleza exaltada se desprendía un silencio consolador, cierta incongruente serenidad, como si, al representarla sobre una tela, el trabajo de la pintura le hubiese conferido una lejanía apaciguadora, la de la pasión evocada desde la serenidad.

A cierta distancia de David, la condesa lo observaba estudiar el cuadro. Su ansiedad contenida, su desconfianza, David las reconoció de sus propios retratos; llegó a preguntarse si, de pintarla, se invertiría el proceso habitual y el rostro de la anciana perdería esa expresión para emerger con una inédita candidez. En su pelo mal teñido, algunos mechones blancos traicionaban al color caoba del resto. Un vestido negro, la ausencia de toda joya realzaban las arrugas finísimas, apretadas, que le cubrían la cara. Ningún exceso de carne desdibujaba el espléndido trazado de los huesos. Los ojos, encendidos, alertas, eran los de una joven ave de rapiña.

Estaban de pie en un amplio salón cuyos ventanales revelaban un jardín raquítico. La tarde de invierno no bastaba para iluminar la tela pero David prefería esa luz menguante a las pocas lámparas visibles, que adivinaba amarillentas.

—Puede descolgarlo y acercarlo a la ventana —sugirió la condesa, más imperiosa que solícita; su francés parecía el de un personaje de otra condesa: la de Ségur.

David obedeció. La pátina había depositado sobre los colores originales una serie de veladuras difíciles de imitar; sería necesario inventar una limpieza reciente para justificar su ausencia. Pero no eran consideraciones profesionales las que se agolpaban en su mente. El silencio era tan perfecto, el polvo tan quieto sobre los pocos

muebles, que imaginó a esa mujer, sin familia ni sirvientes, sola en esos espacios que alguna vez habían sido imponentes, si no acogedores. ¿En qué ocuparía sus horas? No le parecía proclive a la nostalgia.

—Es el cuadro que estuvo en el castillo del duque de Erfurt hasta 1945 —dijo para volver a la circunstancia de su visita—. Después se perdieron sus rastros.

—"Se perdieron sus rastros"… Habla usted como un rematador —la risa de la condesa sonaba como un graznido—. Supongo que necesita, aunque no vaya a publicarlas, algunas informaciones.

David se sintió cansado, sin ganas de representar su papel.

—No me diga nada, si no quiere. Siento que este Friedrich significa algo, tal vez mucho, para usted. Siento que no quiere venderlo.

—Ahora habla usted como una criatura. ¿Nunca aprendió que verse obligado a hacer lo que no se quiere es lo propio de la edad adulta? ¿Qué lo ha sido en todas las épocas, bajo cualquier gobierno?

David volvió a colgar el cuadro. En la pared, lejos de la ventana, la penumbra confundía sus azules, grises y marrones. Se escuchó hablar, como si su voz no le perteneciera.

—No lo venda. Hay museos que podrán adelantarle una suma interesante si usted se los lega. Puedo ponerla en contacto con ellos, o con coleccionistas dispuestos a aceptar las mismas condiciones. Pero no se separe de él.

La condesa guardaba silencio. En su mirada apareció un destello nuevo, un atisbo de curiosidad que moderaba la dureza. Pasó un momento antes que hablase.

—Usted no es la persona que yo esperaba recibir.

—Tal vez yo no sea la persona que enviaron a verla…

La fatiga que un momento antes le pesaba tanto se había disipado súbitamente. Como un paciente al descubrir que su diagnóstico no menciona la enfermedad tan temida, David se sentía recuperar una energía casi olvidada.

* * *

Media hora más tarde, en el salón apenas iluminado por la última luz del día, observaba el perfil aguileño de la condesa: recortado contra la ventana, se iba borrando lentamente. La voz quebrada, áspera de la anciana había contado (pero no era seguro que se dirigiera a él, aunque estaban solos) de una niña que en un castillo cerca de Erfurt jugaba sola, en una habitación donde esa pintura la inquietaba. Más de una vez, subida a una silla, con las fuerzas de que era capaz, separaba de la pared el cuadro para espiar la cara del hombre de

espaldas, sin lograr entrever en la sombra más que una trama oscura, sucia. Pocos años más tarde se enteró de que ella y su madre vivían en un departamento del castillo, que los salones principales y la entrada de honor les estaban vedados; el título que un día iba a heredar era el fruto, sin duda legítimo, de una unión morganàtica… "Pero los chismes del Gotha hoy no interesan a nadie." Muchos años y una guerra más tarde, ya instalada en la misma casa donde iba a envejecer, se disponía a comer con los sirvientes la sopa de nabos y repollos cultivados en el jardín hoy decrépito, cuando un estruendo de motores los distrajo: varios vehículos del Ejército Rojo se habían estacionado en el camino, tras la verja. Un general bien educado, en un alemán correcto, le explicó que "el palacio" debía ser requisado para alojar a las tropas. Bastó una breve conversación —"el general era un poco snob, mi título lo impresionó y en aquellos años yo era joven, tal vez bonita"— para que las tropas fueran enviadas a buscar otro alojamiento y el general se quedara a comer con la condesa. Los sirvientes continuaron con su sopa en la cocina mientras la dueña de casa y su huésped, en el mismo salón donde ahora David escuchaba el relato, abrieron dos latas de caviar que él extrajo de un maletín con una insignia militar; el pan fresco, del que sus subordinados habían incautado en la ciudad, le supo a ella mejor que cualquier recuerdo de gastronomías lejanas. "Como el azar no existe", resultó que ese militar soviético "tan presentable" había hecho estudios de historia del arte y estaba encargado por la Academia de Bellas Artes de Moscú de compilar una lista de obras "disponibles" en las zonas ocupadas.

—El resto no es interesante. Años más tarde, el general era agregado militar en alguna república sudamericana cuando "eligió la libertad", como se decía en aquellos tiempos. Su colección privada terminó en Zurich. Este Friedrich nunca figuró entre sus tesoros: había quedado aquí desde 1947. No me había sido difícil convencerlo.

David se puso de pie. Al despedirse, besó la mano de la condesa y le habló en voz baja.

—Esa tela tiene que permanecer aquí mientras usted viva. Y aun después: en algún museo de Europa central; por favor, que no termine en los Estados Unidos ni en Japón…

Reiteró su promesa de contactos y creyó ver asomarse al rostro ya indescifrable de la anciana una sonrisa escéptica, casi benévola.

La sensación juvenil de expectativa no había abandonado a David mientras el automóvil cruzaba la ciudad, esta vez en dirección al aeropuerto. A pesar de la oscuridad y los carteles luminosos que la surcaban eran apenas las cinco de la tarde y parecía posible alcanzar el vuelo de las siete hacia París. En algún momento del trayecto detuvo al conductor, ahora cansado y silencioso. Había creído ver una palabra en letras de neón y quería verificar si no la había soñado. El

automóvil dio vuelta por una calle lateral para volver al lugar indicado por David. Tras un instante de incredulidad, éste bajó sin una palabra y cruzó una puerta cochera flanqueada por atlantes negros de hollín para perderse bajo una palabra cuyas letras rojas se encendían y apagaban rítmicamente: Bailongo.

* * *

Como si su entrada sonara los tres golpes que en la tradición teatral llaman a escena, David alcanzó a vislumbrar las dimensiones modestas y el decorado envejecido del salón antes que se extinguiese una iluminación banal, inmediatamente reemplazada por varias luces laterales, dirigidas hacia la inevitable esfera cubierta por fragmentos de espejo. Esta empezó a girar, tal vez animada por el contacto con esos delgados haces luminosos, y sus reflejos acuáticos, fugitivos, convocaron a su vez a parejas surgidas de entre bastidores invisibles, que empezaron a bailar y pronto cubrieron la pista. Algún reflejo perdido llegaba a los rincones donde esperan los tímidos y los orgullosos, los solitarios y los violentos. David decidió postergar las preguntas que lo asaltaban y avanzó hasta acodarse en un mostrador de estaño. El barman le sonrió bajo un casco engominado. En los estantes de espejo, multiplicadas vertiginosamente, reconoció botellas con etiquetas descoloridas: caña Legui, whisky Oíd Smuggler. Antes que pudiese inventar una explicación, o entender que no la había, la música —una especie de fox-trot al estilo de Harry Roy— se fue perdiendo a lo lejos y las parejas quedaron inmóviles, a la espera de una nueva pieza.

La pausa fue breve. Cuando David reconoció los primeros compases de *Los mareados* en la versión de la orquesta de Atilio Stampone, se entregó a lo que esa noche pudiera depararle sin oponer incredulidad alguna ni esperar respuestas. Ya no pudo sorprenderle distinguir a la distancia, a contraluz, la silueta de una muchacha que se dirigía hacia él. Cuando ella estuvo en sus brazos, las parejas dejaron libre la pista y ellos bailaron sin decirse una palabra. En ese rostro jovencísimo, David no encontró ninguna de las expresiones dolorosas que solía leer, que no podía impedirse leer en el retrato postumo, pintado de memoria tantos años atrás. La apretó contra su pecho y sintió, bajo el vestido negro, los pezones que se endurecían; se apretó contra ella, para hacerle sentir la urgencia de su deseo. Tal vez la música no terminaría nunca, tal vez ella seguiría en sus brazos toda una larga noche.

* * *

Ningún diario francés consideró interesante publicar la noticia. Sólo la revista *El cachafaz*, de Buenos Aires, le concedió unas líneas. Bajo un título laborioso ("Ultimo tango en Budapest para el pintor fantasma"), la nota consignaba la muerte de David Lerman: "fuentes privadas" habrían asegurado que el deceso se produjo en un local nocturno de la capital húngara ("el infarto lo sorprendió en brazos de una copera"). Se recordaba al lector que Lerman había sido un nombre importante de la "nueva figuración" de los años 60, que había dejado de exponer muchos años atrás, que residía en Francia, en un lugar desconocido.

NAVIDAD DEL 54

El hombre de letras se detuvo a observar los nuevos, gigantescos retratos del presidente y de su difunta esposa. Habían sido colocados a ambos lados del alto tablero cuyas letras y cifras giratorias anunciaban de qué andenes partirían los trenes suburbanos. A la vez augustas y benévolas, esas efigies presidían la agitación sonámbula de la estación. Hacía tiempo que el presidente había desechado para sus epifanías fotográficas el uniforme militar que lo había llevado al poder; aun el frac, difundido brevemente por la crónica de recepciones oficiales y funciones de gala, había sido archivado; el traje y la corbata indistintos lo proclamaban un ciudadano más entre tantos oficinistas y pequeños funcionarios que pasaban presurosos bajo la autoridad de su imagen. La señora, como correspondía a una difunta adulada con asiduidad, lucía en la mirada y en los labios un atisbo de sonrisa candorosa. Ya no le pesaban los oros y visones que alguna vez había expuesto imprudentemente al objetivo de una reportera foránea.

Estas presencias no suscitaban en el hombre de letras devoción ni animosidad. La razón de su indiferencia, más allá de su condición de extranjero, aun más allá de un escepticismo político caramente pagado con la incertidumbre de su vida cotidiana, estaba en la curiosidad que le provocaban casi todos los aspectos del paradójico país donde se había exiliado, que ahora no se decidía a abandonar. La Segunda Guerra Mundial había dejado a *su* Viena empobrecida, desorientada, dividida entre cuatro ejércitos supuestamente vencedores. Sus viejos amigos no emigrados subsistían en los repliegues de un mundo nuevo cuyas reglas intuían sin poderlas asimilar. En las cartas que le enviaban latía, implícita pero nítida, la invitación a no volver. Sus vidas parecían reducidas a unos pocos signos de vida: un breve texto aceptado por un suplemento literario, la mención de un autor ignorado por los toscos ídolos de los jóvenes, una anécdota compartida como un guiño cómplice entre sobrevivientes bastaban para permitirles sentir que no habían caducado.

En el hall ensordecedor de la estación de ferrocarril, en cambio, se sentía palpitar una humanidad vivificante porque contradictoria, a la vez elemental e imprevisible. La decaída arquitectura británica, abandonada como el imperio que la había sustentado, ahora cobijaba el interminable aluvión de provincianos de tez bruñida y ojos desconfiados que buscaban en la capital una pobreza diferente, una desilusión más prestigiosa. Y, como en todas las estaciones que el hombre de letras había conocido en dos continentes, también en ésta vagaban jóvenes indecisos, ávidos, disponibles.

Sólo algunos de ellos practicaban el robo franco, la extorsión más o menos meliflua. La mayoría aceptaba el "regalito" variablemente sugerido, la invitación a un bar por encima de sus frecuentaciones habituales. Aunque no se atreviesen a admitirlo, solían apreciar sobre todo la conversación de esos desconocidos, a cuyo mundo se asomaban brevemente; allí descubrían retazos de experiencias para ellos inaccesibles, y los menos ingenuos comprendían que sólo su juventud y una explícita promesa de virilidad les permitían, la duración de un parpadeo, vislumbrar otra vida.

Entre ellos, con ellos, el hombre de letras había descubierto (más allá del ocasional servicio erótico, que sus magros ingresos no le consentían a menudo) una familiaridad más rica en matices y sorpresas que la amistad de sus compatriotas nostálgicos, prisioneros de una Europa más añorada que recordada, o la indiferencia cortés de los pocos intelectuales nativos que habían advertido su presencia en el país. Si aquéllos comentaban la nueva novela de Alexander Lernet-Holenia, que él no había leído, éstos pedían noticias, que él no podía dar, del "gruppe 47".

Esa noche calurosa, húmeda, asfixiante de diciembre, en una primera recorrida por el hall se cruzó con dos o tres conocidos. Uno estaba acodado en la barra de un "cafecito al paso" junto a una taza hacía tiempo vaciada; otro parecía interesarse en algún crimen reciente ilustrado en la tapa de *Así* o *Hechos en el mundo*. Les dirigió una sonrisa o una inclinación de cabeza leves, casi imperceptibles, como para no interrumpir alguna transacción en curso. Pero fueron los enormes retratos, que suplantaban a otros menos avasalladores, los que retuvieron su atención.

Reflexionó una vez más sobre los oscuros vínculos que unen las masas a quienes creen manejarlas, esa impalpable circulación del poder entre sus polos. En Viena, en 1938, había visto a una multitud de individuos, apáticos días antes, convertidos en una hidra unánime en el delirio para aclamar la llegada de un *führer* insignificante. Ahora, en este país joven, también sentimental y cínico pero huérfano del pasado imperial que en su tierra alimentaba la ironía de los ilustrados tanto como el resentimiento de la plebe, las relaciones familiares le parecían servir de modelo a las políticas: padres alternadamente bonachones y despóticos, tan aptos para el soborno como para el castigo; madres que en la leyenda amamantaban después de muertas, o en la realidad, sin hijos del vientre, declaraban hijos suyos a cuanto desheredado las aclamase.

Se había dejado distraer por estas divagaciones y lo sorprendió una mano que se posó sobre su hombro. Volvió la cabeza y reconoció a Carlitos, un norteño terroso, de pómulos tallados y ojos dormilones. Casi un año antes, otra noche de verano, lo había introducido

subrepticiamente en su cuarto de pensión; como esta noche, ya entonces lucía el uniforme de conscripto que ponía de relieve el encanto de una adolescencia tardía, sometida al rigor de disciplinas ajenas a su temperamento. Pero ahora el tono de su voz había cambiado.

—Disculpe, profesor, pero le conviene irse de aquí, ahora mismo. La policía está abajo y tienen orden de llevarse por lo menos a cien…

El sustantivo no pronunciado quedó vacilando en el aire con la elocuencia fantasmal de lo tácito: una muestra más de la delicadeza silvestre del muchacho, que un año antes había preguntado, con su acento tan encantador para un oído vienés, “¿El señor quedó contento?”, antes de guardar en el bolsillo del uniforme unos billetes con la efigie del general San Martín. Esta noche, antes de perderse entre la multitud, el hombre de letras le apretó la mano con gratitud intensa, muda, la de alguien que ha escapado a otras redadas bajo otros cielos y sabe, aunque aun no conozca un éxito reciente del teatro norteamericano, que también él siempre ha dependido de la bondad de extraños.

* * *

Carlitos lo había aprendido todo del Boneco da Silva. Se habían conocido en el tercer regimiento de infantería, el día en que se presentaron para cumplir con el servicio militar. Mientras eran rapados con celeridad y descuido, el Boneco echó una mirada indiferente a los rizos dorados que caían alrededor de sus pies; “en un mes están de vuelta”, le comentó a su vecino de esquila y para asombro y admiración de Carlitos agregó: “Y en dos meses yo estoy afuera… Conozco gente…”

Entre ambos la amistad tomó forma en los primeros días de cautiverio compartido. En la salida del sábado, deambulando por una plaza polvorienta y deshojada, el Boneco había indicado con un movimiento de mentón a un hombre obeso que transpiraba a la sombra de la estatua de Garibaldi. “Ese, por veinte minutos, me da para comer tres días…” Carlitos no había entendido el sentido de estas palabras pero cuando apenas media hora más tarde vio reaparecer al Boneco con una sonrisa y la frase “Vení, te invito”, su admiración creció impetuosamente.

Ante una pizza y un litro de cerveza, la lengua del Boneco se destrabó. Carlitos se enteró de que un mundo novelesco, apenas encubierto, operaba en los intersticios, bajo la superficie de esa capital que sólo empezaba a explorar. El Boneco “se las sabía todas”: sus ojos de un gris cambiante, la aureola de rizos de un rubio veneciano, la nariz aplastada por un penal que no había sabido atajar, le habían

permitido acceder a los dieciséis años a una invitación al carnaval de Río; volvió seis meses más tarde, ya olvidado el padrino inicial, usando el apelativo afectuoso que guardó como *nom de guerre* y con ahorros suficientes como para abandonar la pieza de la azotea en casa de una tía. Más importante aún era la experiencia ganada, que su inteligencia natural y un carácter jovial no tardaron en invertir provechosamente. Un modista que trabajaba para la Sono Film quiso lucir su hallazgo llevándolo a una "fiestita" y de allí emergió acompañando a un secretario del subsecretario de información. Un traspié banal interrumpió este *cursus honorem* que parecía destinado a no hallar obstáculos hacia glorias cada vez mayores: una afección mal curada, de las que entonces se llamaban venéreas, le ganó la ira de un funcionario del régimen y en cuestión de días los números de teléfono atesorados en una libretita azul sólo le comunicaron con vagos secretarios de gente ocupada, de viaje, o que no reconocía su nombre. Así fue como nunca se materializó la invitación, prometida y tan esperada, a una velada íntima en honor del deportista norteamericano Archie Moore.

En ningún momento Carlitos puso en duda que ese fénix espúreo resurgiría de sus cenizas. Lo convencían la seguridad con que el Boneco hablaba del mundo y sus personajes, la suficiencia con que se proclamaba siempre más allá de toda ficción que supuestamente debiera impresionarlo. Era, además, un maestro generoso: le aconsejó a Carlitos no devaluarse frecuentando estaciones de ferrocarril ni cierto café de una esquina céntrica, muy activo después de medianoche pero conocido en "el ambiente" como Saldos & Retazos. Carlitos no siempre se sintió a la altura de estos consejos. Su tez oscura, su ropa barata, su timidez de provinciano le vedaban el Frisco Bar, tan mentado por su amigo. Mientras éste soñaba con un espléndido *comeback* en Río, Carlitos, sin confesárselo, merodeaba por los lugares que el Boneco vetaba; en ellos conocía a individuos que por cierto no podían contribuir a su ascenso social ni retribuir principescamente sus servicios, pero con ellos el huérfano se sentía a gusto, los escuchaba y veía que su atención era apreciada.

Un día el Boneco le advirtió que la policía (se lo había anunciado "alguien que sabe") había recibido órdenes de organizar redadas espectaculares para inculcar en un público crédulo la idea de un peligro para la salud moral del país. El señor Presidente (ignorando que pocos meses más tarde sería "el mandatario depuesto" para los mismos diarios que en ese momento controlaba), en un delirio de omnipotencia o (las versiones discrepan) en un rapto de senilidad precoz, había decidido librar campaña contra la Iglesia Católica, que una década antes había apoyado su irresistible ascenso.

Un aspecto de esa campaña era la reapertura de los prostíbulos,

largo tiempo ilegales; la excusa: contribuir a la educación sexual de la juventud, rescatarla de una castidad perniciosa. En un noticiario de exhibición obligatoria en todos los cinematógrafos del país, se había hecho incluir una “noticia policial” donde una fogosa rumbera de sexo no operado era denunciada como amante y presunta instigadora de un ratero epiléptico. El periodismo amarillo abundó en notas gráficas ricas en criaturas espeluznantes, exhibidas como corruptoras de “nuestros hijos”.

Una noche de diciembre, protegido por el uniforme, Cariños vio a agentes de policía que golpeaban, escupían y luego arrestaban a varios hombres que gastaban algunas horas cotidianas en los mingitorios subterráneos de una estación de ferrocarril. Se dijo que la amistad del Boneco con el comisario de la seccional 19 no era mera jactancia. Al volver a la superficie, reconoció al profesor —como tal lo conocía, así lo llamaba—, ese señor que hablaba con acento tan cómico y palabras rebuscadas.

Una noche del verano anterior, al no poder reunir la suma necesaria para retribuirlo, el profesor lo había invitado a cenar en un restaurante cercano a la estación, en una calle que subía bordeando una plaza distinguida. A Carlitos el lugar le pareció algo que sólo había visto en el cine: paredes recubiertas por maderas oscuras, astas de ciervo dispuestas simétricamente a modo de trofeos, pinturas que representaban paisajes con lagos y montañas. Allí, otros extranjeros, amigos del profesor, se acercaron a saludarlo y éste les presentó a Carlitos respetuosamente, sin sorna ni incomodidad. Todos esos señores estrecharon su mano prodigándole sonrisas amistosas. Muy pronto, ayudado por un vino blanco que el profesor llamaba Mosela, Carlitos se sintió admitido en un mundo donde no necesitaba avergonzarse de sus modales aproximativos ni de su falta de conversación. Al final de la velada, el dueño del restaurante rehusó presentar la cuenta, murmuró algo así como “los amigos del profesor son nuestros amigos” y palmeó con un gesto viril, apenas sensual por la demora, el hombro del soldado. “Vuelva cuando quiera, joven. Es nuestro invitado.”

Tal vez fuera el recuerdo de esa noche, surgido al ver tan solo al profesor, tan a la deriva en el hall central de la estación, lo que impulsó a Carlitos a advertirle que en el subsuelo acechaba el peligro.

—Disculpe, profesor, pero mejor váyase de aquí, ya mismo. La policía está abajo con órdenes de llevarse por lo menos a cien…

Vaciló. Ninguna de las palabras que conocía le parecía apropiada para los oídos de un hombre tan educado. Dejó que los puntos suspensivos dijeran lo que no sabía expresar como hubiese deseado, que su mano en el hombro del profesor transmitiera con fuerza su simpatía.

* * *

Esta historia no tiene argumento, a menos que su argumento sea la Historia. Es apenas la huella de un instante, de una chispa provocada por el roce de dos superficies disímiles. Acaso el destino ulterior de las figuras que la encarnan pueda hacer las veces de desarrollo narrativo.

Del Boneco da Silva nada se supo después que, dado de baja en el servicio militar y no tan rápidamente como lo anunciara, emigró hacia el escenario carioca de sus tempranos triunfos. Pero su papel había sido sólo el de un intermediario servicial. El instante que este relato aspira a rescatar tuvo sólo dos personajes.

Carlitos, aconsejado una vez más por el Boneco ("creeme, con el uniforme pegás fuerte, de civil no pasa nada"), había omitido devolver su ropa de conscripto el día de la baja y la había seguido luciendo en sus circuitos nocturnos, hasta que un policía de civil le ordenó que se identificara. Condenado por "portación ilegítima de uniforme" y "usurpación de grado militar", fue despachado hacia una comisaría de su provincia, lejos de los espejismos de la Capital.

Su buena conducta lo hizo aceptable para una carrera en la Fuerza. Estimado por su dedicación, tal vez menospreciado por flojo, se lo eximió del empleo de la picana eléctrica y de la participación en interrogatorios de tercer grado. Esto no impidió que a los cuarenta y un años de edad, con algún diente menos en la sonrisa, ya perdido el destello juvenil tan apreciado durante su breve carrera ciudadana, alcanzara tardíamente el grado de sargento. Con los años se habían borrado de su frágil memoria la amistad del Boneco, sus lecciones profanas y sobre todo los muchos señores que gracias a ellas había conocido. A fines de 1975 lo volteó una ráfaga de ametralladora durante el ataque de un grupo armado a la comisaría donde prestaba servicio.

El hombre de letras nunca se enteró de este final. Había cumplido setenta años cuando un grupo de jóvenes escritores austríacos, impacientes ante el incestuoso mundillo literario donde actuaban, tal vez curiosos por redescubrir algún nombre menor del pasado que aún estuviese vivo, apelaron a la municipalidad de Viena para procurarle un departamento en un edificio destinado a artistas de edad avanzada y medios escasos. Fue así como recibió un pasaje de ida y dejó la ciudad donde había pasado veintiséis años de estrechez y oscuridad, para comprobar que la metrópolis del imperio donde había nacido era ahora la capital de una pequeña república.

En su nuevo, modestísimo domicilio suburbano tenía por vecinos a un bailarín jubilado de la compañía de Kurt Joos, que convenía evitar en el ascensor si no deseaba oírle repetir la denuncia de las

modificaciones impuestas a la coreografía original de *La mesa verde*, y a una artista plástica dipsómana, dedicada en su senectud a hirsutas tapicerías de inspiración étnica inidentificable.

A menudo le ocurría evocar los años pasados del otro lado del Atlántico y en esas ensoñaciones volvía regularmente el nombre de Carlitos, aunque sus facciones empezaban a confundirse con las de otros jóvenes de encanto igualmente exótico para él. En la Viena apagada donde iba a morir poco más tarde, esos recuerdos de una sensualidad nostálgica se fueron depositando casi insensiblemente en un volumen de prosas que por primera (y casi postuma) vez le merecieron un premio literario: en 1981 *Kleine Schwarze Kdpfe* mereció el Café Havelka Preis.

Por "la ventanilla del automóvil, conducido por un chofer de uniforme enviado a buscarlo para la ceremonia, vio desfilar barrios de Viena que no visitaba desde antes del exilio. Así descubrió, a dos pasos del follaje dorado en la cúpula de la Secesión, un mercado de inmigrantes turcos, desparramado al pie de las fachadas con mayólicas de Otto Wagner. Ese espectáculo lo asombró primero para agradarle inmediatamente después. En medio de la excitación y la fatiga anticipadas del festejo, recordó haber oído en la radio que el incomprensible mundo donde le tocaba envejecer había acortado las distancias y favorecido las migraciones.

Con estos lugares comunes improvisó fantasías consoladoras que lo acompañaron hacia su tardío momento de gloria. Quién sabe si Carlitos no estaría presente entre el público que lo esperaba… Tal vez se acercase a agradecerle que le hubiese dedicado ese libro que no podía leer. Cerró los ojos y vio una vez más las palabras impresas: *“Für Garlitos, Columbus meiner Amerika.”*

OSCUROS AMORES

PLACE SAINT-SULPICE

Los altivos campanarios de la iglesia Saint-Sulpice ya habían sonado la medianoche y el rectángulo iluminado de la ventana —un entrepiso de la *rué* Servandoni— seguía iluminado. El hombre apoyado contra la vidriera de la librería mantenía fijos los ojos en esa escueta escena desde hacía más de dos horas. Había visto ir y venir dos siluetas, altas, delgadas, ágiles, jóvenes, meros recortes negros, sombras chinescas que la luz interior proyectaba sobre la cortina clara; cuando se acercaban a ésta sus contornos se hacían más precisos y el negro más intenso. Cuando se alejaban hacia el interior esos contornos se ampliaban y diluían a la vez, el negro se hacía más y más grisáceo. Esos movimientos, esas ocasionales visiones no le revelaban nada de lo que ocurría en el *studio* minúsculo que alguna vez había visitado, con la placa eléctrica para cocinar en un hueco de la pared, el baño a la entrada y un colchón de dos plazas en el piso. En algún momento la luz se apagaría y no necesitaría ver que las dos siluetas salían del cuadro por abajo para saber que se acostaban. Esperaba, tal vez, ver algún gesto de intimidad que borrase de su imaginación las caricias y los besos que lo perseguían cuando cerraba los ojos. “Lo real puede ser horrible”, había pensado más de una vez “pero nunca lastima tanto como lo imaginado”.

Permanecía inmóvil en su puesto de observación, sin sentir el frío, sin mirar a los transeúntes cada vez más escasos que pasaban presurosos en la noche de enero. Una extraña quietud, un silencio expectante parecían anunciar que en cualquier momento empezaría a nevar. Fue cuando una voz quebró esa espera que sus ojos dejaron la ventana.

—¡Ralph! ¿Dónde te has metido?

Tardó un momento en distinguir al hombre que había hablado y parecía acercarse. Cuando esa silueta pasó bajo un farol advirtió el brillo demasiado juvenil de la peluca, incongruente sobre la piel reseca, surcada.

—¿Vio pasar a mi Ralph?

El individuo se había parado a pocos pasos de él. Pudo ver que la peluca era de un color caoba intenso; bajo los faroles relucía tanto como las uñas, barnizadas sin color. El desconocido no le dio tiempo a buscar una respuesta.

—Mi Ralph es un cocker spaniel gris plateado. Debe tener unos cuatro años. No sé qué le pasa pero desde hace un tiempo cada vez

que lo saco de noche se me escapa y se esconde. Como si se burlase de mí. Luego aparece cuando ya no puedo contener las lágrimas, o me espera, muy alegre, en la puerta de casa.

Era evidente que los ojos del amo de Ralph estaban enrojecidos. El se disculpó: no había prestado atención, no había visto pasar al perro. El desconocido miró en torno a la plaza: ningún movimiento, ningún ruido delataban al fugitivo.

—Cada noche me digo que es la última. No doy más. Usted no sabe todo lo que yo hice por él. Cuando lo encontré era un vagabundo que husmeaba las sobras en el *marché* Saint-Germain. Le compré los mejores alimentos. Gracias a mí creció sano y fuerte. Más tarde le di de comer carne de la mía, cortes de primera calidad, y Dios sabe que con mi jubilación no estoy para lujos. Y, usted no me lo va a creer, apenas sale a la calle se pone a olisquear el primer sorete que encuentra… Y ahora esto…

El buscó palabras de consuelo, que le salieron torpes, inconvincentes, mientras sus ojos sorprendieron un nuevo paso, en el rectángulo iluminado, de una de las dos figuras, sin que pudiera reconocer a quién pertenecía.

—No trate de consolarme, no vale la pena. Si yo fuera una persona razonable hace tiempo que lo hubiese puesto en la calle. Se lo merece. Pero soy un pobre tonto, demasiado blando. Un sentimental, eso. Para su último cumpleaños ¿qué hice? Tomé dos collares que habían sido de mi madre, nada extraordinario, no se crea, uno de azabache y otro de cristal de roca, y los hice coser sobre su collar de cuero. ¿Se cree que me lo agradeció? El domingo siguiente, en misa de once, se pavoneaba delante de las perras del barrio y a mí ni me hacía caso…

Sin dejar de hablar, el desconocido lloraba en silencio, sin que el llanto se reflejase en su voz. Como si sufriera un súbito espasmo de frío, se cerró el cuello de una de esas chaquetas tan populares en la segunda posguerra que en Francia habían sido bautizadas *montgomery* y en Inglaterra *duffle coat*. Por lo raída, la suya debía ser un original.

—Usted me dirá que cuando uno llega a cierta edad lo mejor es resignarse. Lo sé, pero no puedo. Lo entiendo con la cabeza, pero el corazón me sigue pidiendo un poco de cariño. ¿Qué quiere que haga? ¿Que me pase las noches mirando televisión?

Ahora ahogó un sollozo audible. El extendió una mano y la posó sobre el hombro de ese individuo cuya cara ajada, de pronto, le pareció que resumía toda la desdicha del mundo. Pero no pudo decirle ni una palabra. El desconocido le sonrió brevemente mientras hacía con la mano un gesto que podía significar “no se moleste” o “no vale la pena”.

El lo vio alejarse, sin una palabra más. Al rato volvió a oír, entre las sombras, un “¡Ralph!” lejano.

Cuando levantó los ojos hacia la ventana, ésta ya estaba oscura. El momento en que habían apagado la luz se le había escapado, como tal vez había perdido también la tan probable y temida sombra de los dos cuerpos enlazados bajando hacia ese colchón que, lo sabía, estaba junto a la ventana.

Permaneció inmóvil un instante. Hacía tiempo que ya no le hacía gracia que la librería contra cuya vidriera se apoyaba durante esas guardias nocturnas se llamase *“La Joie de connaître*”. Pensó, sin estar seguro de que fuese un consuelo, que una de las dos sombras podía estar recordando en ese mismo momento que esa mañana había encontrado en su buzón un sobre, y en ese sobre una tarjeta con las palabras “feliz cumpleaños” impresas en colores chillones, y dentro de esa tarjeta un pañuelo doblado, y en ese pañuelo el semen que al despertarse él había volcado en ese pedazo de tela por no poderlo dejar donde hubiese deseado.

CONYUGAL

Primero se cubrió la cara y el cuello con una sustancia blanca, menos grasa que láctea, más líquida que sólida, y la distribuyó regularmente con movimientos circulares; luego, aplicadamente, la retiró sirviéndose de un papel absorbente que pasó sobre toda esa superficie, una, dos veces si advertía en algún sitio un resto de maquillaje, borroneado, desplazado por la crema; cuando consideró que el rostro ya había sido limpiado, ayudándose con un copo de algodón lo cubrió de un líquido nutritivo, reconstituyente. El resultado fue un brillo parejo, que acentuaba la expresión de fatiga al concederle un reflejo afiebrado.

Desde el dormitorio le llegaba, inexpresiva, la voz de su marido.

—Estoy muy cansado.

—Apagá la luz. Me falta poco. ¿Qué hora es? Yo también estoy cansada.

—Deben ser las tres…

—Los demás van a quedarse toda la noche. Me dijo Estela que a las siete sirven un desayuno.

—¿Cuánto crees que gastaron los chicos?

—En todo caso, menos de lo que gastamos nosotros cuando se casaron. Ellos son tres para dividir la cuenta. Y nosotros festejamos las bodas de oro una vez en la vida.

Del dormitorio le llegó un gruñido de aprobación.

—¿Qué me contás de los Muñoz? Nunca creí que se iban a atrever a aparecer…

—Fue idea tuya invitarlos…

—Para que no nos creyeran resentidos. Pero nunca, ni en sueños, se me ocurrió que fueran a aparecer. ¡Qué tupé!

Esta vez le llegó un solo suspiro, muy largo.

—Y el hijo de Lidia, quién lo hubiera dicho, con novia… Parece que tuvo razón el doctor Allende cuando decía que era sólo una fase… Lo aliviada que estará la madre…

El suspiro se hizo más profundo, casi un gemido.

—Ya terminé, dejá de quejarte.

Apagó la luz en el cuarto de baño y pasó al dormitorio. Acostado sobre la espalda en su lado de la cama, su marido ya se había dormido.

Al acercarse advirtió que sus ojos estaban abiertos, y en ellos algo

parecido a una interrogación. Lo llamó, varias veces, luego le tocó el pecho, se inclinó sobre su boca sin lograr percibir si respiraba o no. Permaneció un momento inmóvil, sin saber qué hacer; luego, con movimientos casi automáticos, se dirigió al teléfono, descolgó e inmediatamente volvió a colgar. Por su mente desfilaron imágenes amenazantes: trámites, buscar papeles que nunca están donde se creía, hijos y nueras y nietos invadiendo la casa, peor aún: parientes, amigos, un velorio, la interminable vigilia y ella condenada a decir una palabra o dos a cada uno, siempre cansada, sin dormir, obligada a vestirse, a asistir a la misa, al entierro, antes de poder quedarse sola, en silencio, en la cama…

Miró la hora. Eran casi las cuatro. Puso el despertador para que sonara a las nueve y media. Diría que él murió mientras dormían, que ella no se dio cuenta de nada.

Se acostó al lado del cuerpo inerte, le alzó un brazo, lo paso bajo su nuca y apoyó la cabeza contra ese pecho que —ahora resultaba evidente— ya no respiraba. Apagó la luz y cerró los ojos. Sí, con unas pocas horas de sueño podría enfrentar la pesadilla por venir: otra reunión, como la que había soportado esa noche, pero sin música, sin risas, ahora con voces bajas y con expresiones serias, si no tristes, en las mismas caras.

Se movió para estrecharse contra su marido, para sentirse protegida por ese abrazo que, después de todo, no era demasiado diferente del que la había rodeado todas las noches, durante tantos años.

LA SEGUNDA VEZ

Absortas o ausentes, suspendidas entre impaciencia y fatiga, las expresiones en las caras de los pasajeros del metro nunca habían dejado de interesarle. (Seguía pensando "metro" en vez de "subte" quince años después de haber vuelto de Madrid.) Que fijasen la mirada en las puntas de sus zapatos o en el itinerario impreso encima de las puertas, que la posasen sobre un libro o la dejasen errar en el espacio sin hallar objeto para su atención, en esas caras él leía un intervalo, una pausa involuntaria en la puesta en escena de sí mismos a la que esos pasajeros estaban condenados. Entre el punto de partida y el de llegada del trayecto subterráneo, bajo una luz polvorienta e indiferente, se hallaban momentáneamente libres de jefes y clientes, de cónyuges e hijos. Aun su ropa, el peinado o el maquillaje, marcas de identidad social, parecían abandonados sobre sus cuerpos, en espera del llamado que habría de devolverlos a un escenario perentorio.

En ese limbo, él se sentía un observador impune, como ante pacientes sobre quienes la anestesia aun no ha perdido su efecto, intruso sigiloso en una morgue… El castigo de ese rapto de vanidad no tardó en llegar: en unos ojos oscuros, demasiado pintados, en un atisbo de sonrisa irónica, descubrió que su mirada era objeto de otra mirada, y esa mirada lo relegaba al anónimo pasaje del que, entre dos estaciones de la línea Constitución-Retiro, él se había sentido superior.

La mujer era de edad indefinida o, como sabe decirlo una frase piadosa, no tenía edad. El maquillaje pesado se limitaba a los ojos y, si se quiere, al rojo fuerte de los labios; su palidez, el pelo teñido con descuido de un negro inconvincente no indicaban coquetería alguna. Había en ella, en cambio, cierto curioso énfasis teatral, como destinado a un espectador distante. La mirada, que seguía clavada en él, le pareció de pronto no menos irónica que la sonrisa esbozada. ¿Acaso esa mujer lo conocía y esperaba que él la reconociera?

Ella lo había seguido desde la mañana sin hallar una ocasión que le pareciera propicia para manifestarse.

A las nueve él había dejado el departamento de Olivos para tomar el tren hacia Retiro; en el centro había hecho trámites en un Banco y una oficina pública; su almuerzo había sido un sándwich y una cerveza en un café de la calle Reconquista antes de dirigirse a Constitución para tomar un tren hacia Lomas de Zamora; allí había

pasado casi dos horas discutiendo, negociando en una agencia inmobiliaria antes de tomar el tren de vuelta hacia Constitución.

Ese ir y venir no podía sorprenderla. Hacía años, lo sabía, que él había ido aceptando una existencia práctica, previsible, muy lejos de los sueños que en otro tiempo habían creído compartir. De lejos, ignorada por él, ella lo había visto perder gradualmente el tono impetuoso de la voz, el destello entusiasta en la mirada, la sonrisa franca.

Ella ya estaba en el vagón cuando él subió. Primero la vio distraídamente, luego notó el pelo renegrido, el rojo demasiado intenso del lápiz labial, la mirada fija en él, como a la espera de un reconocimiento que tardaba en llegar. "Se le parece tanto", pensó; también: "Quién sabe cómo estaría hoy, con veinte años más y tantas cosas que pasaron.

En la estación San Juan subió mucha gente y durante un momento la mujer quedó oculta por tantas expresiones anónimas de fatiga e impaciencia. Cuando volvió a verla parecía estar mirándolo con la misma concentración ausente, sin curiosidad ni reconocimiento. Varias personas que tenía delante bajaron en Independencia y pudo acercársele. Una leve sonrisa volvió a los labios de la mujer. En ese momento, contra toda razón, supo que era ella.

—No me mirés tan asombrado. Ni que me hubieses creído muerta…

Se rió, con la misma espontaneidad que él recordaba de tantos años atrás. Como entonces, se sintió obligado a dar explicaciones.

—No soy tan vanidoso. Porque yo no vea a alguien durante años no por eso voy a pensar que ha muerto… Pero me impresiona que el tiempo no haya pasado para vos: tenés en los ojos el brillo de siempre. Yo, en cambio…

—Te hubiese reconocido. Qué sé yo, hasta en el subte de Estocolmo te hubiese reconocido.

—¿Dónde estuviste todos estos años? No me digas que en Buenos Aires…

—¡Dónde no estuve! Estuve viajando. Mucho.

Quedaron callados. La sorpresa del reencuentro se había agotado en preguntas generales y ahora descubrían la ausencia de una trama compartida que pudiese alimentar el diálogo. Él observó sin mucho interés a la sanjuanina llorosa que subió, como siempre, en Avenida de Mayo; llevaba un cartel colgado del cuello: con letra laboriosa y ortografía errática la declaraba refugiada de Kosovo, el marido y tres hijos masacrados por el terror serbio. En Diagonal Norte bajaron mujeres con los brazos cargados de flores y subieron otros mendigos: el hombre del muñón en el brazo derecho y el de la lengua cortada,

exhibida con un gruñido triunfal.

—¿Hace mucho que estás en Buenos Aires? ¿Pensás quedarte? —preguntó él, mecánicamente.

—Yo siempre estuve aquí. Fuiste vos el que se fue.

Él insistió, más irritado porque ella se contradecía que ansioso por la respuesta.

—No entiendo cómo no me enteré, por qué nunca nos encontramos.

—Tal vez porque nunca pensaste en mí…

Ahora ella sonreía francamente. “Es increíble la vanidad de las mujeres”, pensó él, como tantas otras veces en su vida. Esta idea y otros recuerdos lo distrajeron brevemente. Cuando llegaron a San Martín se dio cuenta de que ella estaba hablando, casi con nostalgia.

—Siempre me acuerdo de ese cuento maravilloso que una vez me contaste. El del chico que al atardecer recoge en la playa una moneda de muy poco valor, juega un rato con ella y luego la tira en la arena. Poco más tarde, en la última luz del día, ve surgir del mar una ciudad. Su arquitectura le parece fantástica, le recuerda las ilustraciones de los cuentos de hadas. Se interna por calles bordeadas de negocios; ante las puertas lo asedian mercaderes impacientes, le ofrecen sedas bordadas en plata y oro, joyas, reliquias, todo por una moneda, aun la más ínfima. Uno de ellos le explica que esa ciudad, la más rica de su tiempo, fue castigada por la codicia de sus habitantes, condenada a hundirse con sus tesoros y a resurgir del mar una vez cada cien años para ofrecer esos tesoros por una moneda. Sólo cuando alguien los compre podrán descansar en paz. El chico busca en su bolsillo la moneda, recuerda que la arrojó en la arena, que despreció su valor. Verá desaparecer en el mar esa metrópolis fabulosa y sabe que estará muerto cuando resurja.

“Me confunde con otro”, pensó él; también: “Si no la he visto todos estos años es porque debe haber estado encerrada en un loquero”. Subían las escaleras hacia la estación de tren en Retiro cuando halló una excusa que le pareció verosímil.

—Llamáme, estoy en la guía. Ahora tengo que alcanzar un tren. ¡Hasta pronto!

Echó a correr en medio de la multitud. Sin detenerse, se volvió para agitar una mano hacia ella: estaba mirándolo, siempre con esa sonrisa apenas esbozada, que iba a quedar en su memoria: una Polaroid de esta nueva separación, que lo acompañaría durante todo el viaje hasta llegar a su casa.

Es esa imagen la que lo distraerá horas más tarde, poco antes de medianoche, la que le hará interrumpir la lectura tardía de un diario

que dentro de minutos será de ayer, lleno de presuntas noticias que pronto serán de anteayer. Se asomará a la ventana y no verá la quieta calle y sus follajes silenciosos sino un rostro pálido, el pelo tan negro, la boca muy roja.

Saldrá a caminar, confiando en que la tibia noche de primavera disipe su inquietud. Se detendrá de pronto al recordar o comprender algo: “Yo nunca le conté esa historia, nunca le hablé de Nils Holgersson. Estoy seguro. Ella no podía saber cuánto me impresionó de chico”. Inmediatamente recordará haber leído, no sabe dónde, que en Santiago del Estero, o en el Chaco, creen que en el día de los muertos éstos pueden volver a la Tierra por veinticuatro horas para buscar a sus seres queridos e intentar llevárselos al otro mundo.

El reloj de la pequeña estación suburbana marcará las 23:56, pero todos saben que casi nunca funciona, y cuando lo hace es entre atrasos, apuros y síncopes. El verá del otro lado de las vías la luz de un bar abierto y se prometerá una ginebra, siempre eficaz en momentos difíciles. No oirá llegar el tren de las 23:58 y la sorpresa del impacto borrará toda sensación de dolor.

La imagen de un rostro de mujer, fiel, tenaz, tal vez enamorada, volverá durante… ¿un segundo? Pero ni los cronómetros más sutiles saben medir lo que ya está fuera del tiempo.

Love is lovelier
The second time around…

(Cahn & Van Heusen,
en la voz de Pearl Bailey)

HOTEL DE EMIGRANTES

1

Al anochecer del 3 de octubre de 1940, el *Nea Helias*, vapor de pabellón griego, zarpó del puerto de Lisboa para cruzar el Atlántico hacia Nueva York. Una vez extinguida la última luz del cielo parecieron aún más brillantes las de la ciudad que se alejaba y, al pasar frente a Belém, sobre cuya Praga do Império se había inaugurado pocas semanas antes una gran exposición, estalló en la oscuridad un último vivísimo resplandor, que pareció fantástico a quienes observaban ese espectáculo desde la cubierta.

Ese momento habría sido pintoresco o festivo un año antes. En octubre de 1940 se cargaba de duelos y presagios para los pasajeros del *Nea Helias*. Algunos de ellos han dejado escrito su sentimiento: “En la oscuridad el barco se puso en movimiento, lentamente empezó a navegar y dejó atrás el Tajo. Como surgida de un cuento de hadas brillaba la Exposición. Sus luces mágicas fueron las últimas que vimos de Europa, hundida en la desdicha”

(Alfred Dóblin). “Una notable exposición colonial había sido construida al borde el agua. (…) La última mirada hacia Lisboa me mostró el puerto. Iba a ser lo último que viera cuando Europa quedase atrás. Me pareció increíblemente hermoso. Una amada perdida no es más hermosa” (Heinrich Mann). “A medianoche vimos las últimas luces de Europa, color rojo sangre, hundiéndose en el mar” (Hertha Pauli).

El *Nea Helias* era uno de los pocos barcos que se animaban a esa travesía. Dos semanas antes, la nave holandesa *City of Benares* había sido torpedeada por un submarino alemán y en el naufragio desapareció, junto a su marido, Monika Mann, cuyo hermano Golo y su tío Heinrich estaban a bordo del barco griego. La idea de una embarcación que llevaba a los Estados Unidos no sólo a los escritores citados sino también a Franz Werfel y a León Feuchtwanger con sus esposas, a Alfred Polgar y a Frederike Zweig, en medio de un pasaje menos notorio pero igualmente ansioso por escapar de la Segunda Guerra Mundial, puede resultar en cierto modo cómica.

En su reclusión forzosa, en el vecinazgo no buscado, se rozaban vanidades y recelos que en tiempos de paz, aun relativa, no hubiesen necesitado convivir. La efímera, ambigua coincidencia del antifascismo con los fondos necesarios para pagar el precio extravagante de una litera en esa modesta embarcación, los había llevado, actores de repertorio en una gira improvisada, a representar

el papel de vástagos, o emisarios, o sobrevivientes de la cultura europea, bajo el reflector involuntariamente burlón de un nombre como *Nea Hellas*… ¿Un avatar tardío de la medieval nave de los locos? *Ein nenes narrenschiff*?

Las últimas luces de Europa que se extinguen en la noche es una de esas metáforas fuertes que la experiencia suele regalar: la noche de aquel 3 de octubre y la del nazismo triunfante, Europa como hogar, o madre, abandonada en la hora del peligro, por un tiempo imprevisible pero que todos, íntimamente, no deseaban definitivo… Incertidumbre, ansiedad, alivio, nostalgia, remordimientos: el catálogo de emociones se ofrece generoso al lector que pretenda evocar ese momento de una aventura colectiva.

La ironía de la situación surge del hecho de que esas “últimas luces”, que para los emigrantes se alejaban dolorosamente, adiós a un mundo que había sido suyo y que veían súbitamente convertido en pasado, irrecuperable, inaccesible, eran las de la Exposición del Mundo Portugués con que el Estado Novo de Salazar festejaba los ocho siglos de vida independiente de la nación portuguesa. Esta lujosa asamblea de artesanías y botánica, de indígenas y gastronomías de Angola, Mozambique, Goa y Macao tenía por divisa “Si más mundo hubiese, allí llegábamos”, inscripta en un frontón *art déco* no menos autoritario que el estadio olímpico de Berlín, la Place du Trocadéro en París o los monumentos prodigados por el estalinismo a las capitales de sus satélites. El derroche de electricidad, insignia de la neutralidad portuguesa, celebraba no sólo una efeméride patriótica sino la prudencia, aun la astucia de un gobernante de quien, en 1940, no era fácil reconocer los matices que sesenta años de distancia permiten apreciar: era entonces un fascista y del fascismo huían quienes, conmovidos ante lo enorme de la pérdida que en ese momento sellaba el abandono de Europa, no podían sino conmoverse ante los destellos de una exhibición triunfante de poder imperial.

2

Estoy sentado en la terraza de la pensión Ninho das Aguiais. Tengo abierto ante mí un plano de Lisboa, que para esta primera visita me había parecido indispensable. Así puedo comprobar que esta terraza permite dominar la ciudad: la colina de Nossa Senhora de Graga está casi frente a mí, a la derecha; más lejos distingo las alturas menores del parque Eduardo VII y de Sao Pedro de Alcántara; abajo reconozco el tablero de la ciudad pombalina y la elegante geometría del Terreiro

do Pago al borde del agua; a mis espaldas, sé que está el castillo Sao Jorge, sobre cuya colina se encarama esta pensión; a mis pies, por la ladera, desciende lo que la guía denomina el £flaberinto morisco” de Alfama.

La verdad es que no necesitaba el plano. También sé dónde está lo que no puedo ver: más allá del Bairro Alto, Lapa; más allá aún, el camino que lleva a Belém. Durante el mes que visité cotidianamente el Leo Baeck Institute en Nueva York aprendí a colocar todos esos nombres en la maqueta imaginaria que me permitieron construir otros planos, algunos de ellos vetustos, y sobre todo tantos relatos ajenos. Puedo señalar, en la Baixa, esa vía Aurea donde mi abuelo se cruzó una tarde de 1940 con Annette Kolb, que buscaba un joyero a quien venderle sus anillos para poder pagar el precio triplicado de un pasaje de avión (que se llamaba “Clipper”) a Nueva York; también esa rúa Duque de Pálmela en cuya librería alemana fue testigo involuntario de la irritación de Heinrich Mann al no encontrar un solo título suyo en estantes llenos de libros de su hermano.

Son los papeles de este abuelo lo que fui a estudiar en el Leo Baeck Institute. En cinco grandes cajas de cartón grueso dormían cuadernos de notas, cartas y muchos originales, fragmentos en su mayoría, copiados a máquina en casi evanescentes hojas de papel “piel de cebolla”. También hay sobres marcados “miscelánea” donde yacen tarjetas de visita, fotografías de gente que no sé identificar, pasajes y horarios de trenes con destinos que no me dicen mucho (el más frecuente: Lisboa-Estoril-Cascais), un programa del cine Politeama del 17 de mayo de 1945 correspondiente al estreno local de *Casablanca.*

Mi abuelo no fue un escritor reconocido y dudo que la fortuna póstuma le reserve una revaluación. Sus papeles no son frecuentados como los de, digamos, Joseph Roth, pero si el Instituto aceptó el depósito de esas cinco cajas debe ser porque mi abuelo conoció a muchos escritores menos olvidados que él. Con ellos compartió la huida del Tercer Reich hacia asilos que iban a revelarse precarios y como tantos otros llegó a Lisboa en 1940, de donde esperaba poder tomar un barco, más riesgoso pero menos oneroso que un avión, hacia América.

Sesenta años más tarde, en la penumbra silenciosa, acogedora del Instituto, puntuada por nítidos círculos de luz sobre las mesas, uno frente a cada asiento, he examinado esos papeles todavía enteros, la escritura en tintas no descoloridas. Tarde tras tarde, al emerger al ruido, a los transeúntes malhumorados y las altivas fachadas de la calle setenta y tres, no me parecía volver a mi mundo, a mi tiempo. Más allá de una historia familiar que hace dos años aún no me interesaba, que hace sólo meses entendí que podía procurarme una beca, Lisboa y 1940 se habían apoderado de mí casi inmediatamente.

Gracias a esa historia y a esta beca llegué ayer a la ciudad. Pienso quedarme un mes.

Esta mañana de principios de primavera, antes de tomar el desayuno, descubrí esta terraza y he decidido que será mi lugar de trabajo cotidiano. En el cuarto dejé mis cuadernos y las carpetas donde tengo ordenadas, sin duda precariamente, cientos de fotocopias. En Nueva York quedó la computadora; llevo en el bolsillo una libreta de notas y dos lapiceras, que se me antojan más apropiadas para mi trabajo. En esta primera mañana me despérté tempranísimo, lleno de impaciencia, ávido de los misterios y tesoros que para mí, y sólo para mí, guarda esta ciudad que miro desperezarse lentamente mientras se disipa la bruma dorada sobre las aguas del Tajo.

3

Mi abuela se llamaba Anne Hayden Rice y para espanto de su familia, gente de dinero viejo y jardines a orillas del Hudson, al norte del estado de Nueva York, a los veintiocho años de edad, tras haber manifestado un franco desinterés por casarse, se había enrolado en la brigada Lincoln, una de las varias divisiones internacionales que pelearon por la República en la guerra civil española. Al volante de una ambulancia recorrió el frente y la retaguardia. En Valencia y en Barcelona fue testigo de las intrigas con que los estalinistas procuraban expulsar del frente republicano a socialistas y anarquistas, sin vacilar ante delaciones y ejecuciones sumarias. Su conciencia puritana empezaba a descubrir el asco ante las maniobras de la *realpolitik* cuando conoció a una pareja de voluntarios alemanes con quienes debía anudar su vida: Theo Felder y Franz Mühle. Tenían pocos años menos que ella, habían sido estudiantes de arte en Berlín antes que el acceso al poder del nacionalsocialismo hubiese empujado a la familia de Theo a instalarse en Basilea. Franz no era judío y pudo permanecer en la “Atenas del Spree” sin más inconveniente que el disgusto ante la proliferación de cruces gamadas, de botas petulantes sobre aceras urbanas, de carteles en la puerta de cinematógrafos y cafés que los declaraban *judenverboten* y le hacían pensar, con simultáneos espasmos de vergüenza y alivio, en el amigo salvado, lejano y a la vez presente, infatigable corresponsal del lado suizo de la frontera del Rin. La guerra civil española, con su entusiasmo difuso de sentimientos más que de ideas antifascistas, iba a ofrecerles la posibilidad de un reencuentro en el marco de una aventura digna de sus sueños. Ineficaces, indisciplinados, se reunieron en Barcelona y allí

conocieron a Anne, tal vez la única mujer capaz de trazar un puente entre (lo que yo adivino como) sus deseos tácitos. ¿Eran tal vez (lo que yo adivino como) los deseos tácitos de ella los que le permitieron ser ese puente entre dos hombres que no hubiese podido amar individualmente? Tras la derrota de los leales, Anne no halló obstáculo para viajar y pudo volver a la residencia familiar de Albany; si antes le había resultado estrecha, ahora la asfixiaba como un sanatorio para convalecientes. Theo y Franz cruzaron los Pirineos sólo para ser prestamente internados por las autoridades francesas. La Segunda Guerra Mundial iba a durar poco para el ejército francés; para ellos, la derrota y la ocupación de Francia sólo podían significar un cambio de rótulos: de extranjeros indeseables a extranjeros enemigos a alemanes bolcheviques destinados a algún campo de prisioneros menos permeable que los organizados por franceses. A principios del verano de 1940 compraron la distracción de unos guardias; volvieron a cruzar a pie los Pirineos, semanas antes que esa misma travesía se hiciera negocio rentable de cuanto conocedor de sendas y desfiladeros iba a reclamar el título de *passeur*, por caminos secundarios, bajo cielos nocturnos, protectores, atravesaron Cataluña, Valencia y Andalucía hasta llegar un amanecer a Ayamonte y cruzar el Guadiana en transbordador hacia Vila Real de Santo Antonio: el piloto, halagado al recibir reiteradamente el grado de capitán en la conversación de esos extranjeros fatigados y sin embargo dispuestos al esfuerzo necesario para hablar castellano, los escondió, a espaldas de la Guardia Civil, en un automóvil donde pasaron acurrucados, abrazados, los interminables veinte minutos de la travesía. Un llamado telefónico les trajo, después de carraspeos, chirridos, susurros indistintos y truenos lejanos, la voz de Anne: les daba cita en Lisboa y les anunciaba una suma de dinero que llegaría “a la brevedad posible” al consulado de los Estados Unidos.

Todo esto lo sé. Son hechos documentados en cartas, en los cuadernos de notas de mi abuelo, en historias que oyó mi madre y años más tarde me transmitió. Sólo he imaginado algunas disposiciones afectivas, tal vez banales, como toda clave que pretenda explicar la conducta humana; sirven para acercarme a esos seres de un pasado que sólo puedo entender a través de la literatura. Un centro de misterio, sin embargo, subsiste. Un día de 1940, Anne y Theo se casaban en el consulado norteamericano y partían inmediatamente hacia Nueva York. Franz se quedaba en Portugal.

Mis preguntas se hacen innumerables, cada una suscita muchas otras. ¿Hubo una elección por parte de mi abuela? ¿Hubo una decisión por parte de sus amigos? ¿Fue un matrimonio de circunstancias? ¿Tal vez de amor? ¿Qué fue de Franz, de quien las cajas hospitalarias, mudas del Leo Baeck Institute sólo contienen dos cartas enviadas

desde Portugal durante la Segunda Guerra Mundial, y ninguna posterior? ¿Qué podía ser de él, sin papeles o con documentos de identidad inválidos, peligrosos, en ese país no elegido, cuya blanda neutralidad podía temer que no durase eternamente? ¿Cómo vivieron los amigos la separación? ¿Cómo habían llegado a ella? ¿Qué se rompió entre ellos? Habían intercambiado, día por medio, cartas exaltadas entre Basilea y Berlín; para tener la ocasión de reencontrarse se habían apropiado de una guerra ajena, con la ilusión de impugnar la idea misma de nacionalidad; habían compartido no sé qué intimidad, qué complicidad con esa norteamericana intrépida y desafiante que iba a ser mi abuela…

Algo se había roto entre ellos, de eso no tengo duda.

4

Albany, 3 de septiembre, 1940

Queridos:

No necesitan padecer la estrechez de la pensión que me describen en la carta. El hallazgo en el fondo de un placard de una chaqueta de cuero, raída y raspada, y en su bolsillo interior de un pasaporte húngaro cuya fotografía había sido despegada, es un excelente punto de partida para una novela, si algún día Franz se aburre de jugar a la política y decide dedicarse por entero a algo que sabe hacer mejor… Sin embargo, ese hallazgo, que supongo irrepetible, no justifica quedarse entre paredes impregnadas de olor a sardinas a la parrilla, cuando no del tanto más tenaz del bacalao.

El vicecónsul que lleva esta carta a Lisboa también lleva la carta de crédito que les permitirá vivir, y comer, sin problemas en el Palace Hotel de Estoril. Me aseguran que es el mejor y si no les parece demasiado frívolo hasta pueden animarse a la playa vecina. ¡Naden con prudencia, chicos!

Después de la buena noticia, la menos buena, aunque no es todo lo funesta que podíamos temer. En este momento las visas de inmigración a los Estados Unidos son muy difíciles de obtener, aun con todas las influencias que mi padre —en este asunto, excepcionalmente, del todo solidario conmigo— puede poner en juego. Aun un matrimonio, contraído en estas fechas y entre cónyuges como nosotros (esto significa yo y uno de ustedes: las autoridades

norteamericanas no tolerarían ninguna fantasía aritmética), resulta sospechoso y exigirían al marido extranjero, sobre todo si se le ha quitado la nacionalidad de su país de origen, un plazo de espera antes de autorizar su ingreso a este paraíso… En cambio muchas instituciones se movilizan para salvar a judíos en peligro…

Franz: sé que esto no será fácil de aceptar, pero en estas circunstancias Theo tiene una ventaja. (¡Quién habría dicho que ser judío pudiese resultar un privilegio!) Lo hablaremos más detenidamente apenas llegue. Por el momento quiero que sepan cuál es la situación aquí, que entiendan cómo se presentan las posibilidades de inmigrar.

Nunca olvido aquella noche en Valencia, el apagón, las alarmas antiaéreas, la media botella de chinchón que encontramos en un armario del comité socialista abandonado y mi promesa de no intentar separarlos: seríamos tres pero nunca dos más uno. Les pido que lo piensen. Si hay una decisión que tomar, que la elijan ustedes sin que yo intervenga.

Dentro de dos semanas, tres a lo sumo, estaré allí, con ustedes de nuevo. Hay momentos en que todo me parece un desastre, Europa, esta guerra, todo lo que quisimos… En fin, si el mundo tiene que acabar, pasemos juntos un momento antes del fin; si debe seguir girando, el futuro lo deciden ustedes.

Los quiero, chicos.

Arme

5

—Cualquier cosa… Fíjese qué ropa, qué modales… ¡Y los cuerpos! Ya es cualquier cosa… Hay días en que extraño el hotel, pero el de antes; no crea que me gustaría seguir trabajando en lo que hoy se ha convertido Estoril.

Don Antonio Carvalho hizo un gesto impreciso con la mano derecha, tal vez para abarcar al público plebeyo que cubría la arena del balneario, o para indicar a sus espaldas la mole, aún imponente, recientemente revocada, del hotel Palácio; tal vez quería sencillamente ahuyentar el humo del cigarrillo Craven A, el segundo o tercero que fumaba desde que nos encontramos media hora antes.

Eran las cinco de la tarde, pero en esta primera jornada calurosa de abril, que anticipaba el verano, una multitud entusiasta, ruidosa, se había lanzado a las playas cercanas a Lisboa con el propósito de

exponer al sol la mayor extensión autorizada de su cuerpo.

—En aquel entonces un balneario como el Tamariz era un recreo elegante, se estaba entre gente de buena compañía. Con decirle que a nosotros, el personal de los hoteles, se nos prohibía la entrada… Los señores no se codeaban con la gente de servicio. Amigos que todavía trabajan en el Palácio me dicen que una familia holandesa hace sentar a su mesa a la niñera que se ocupa de los chicos y que ésta elige lo que va a comer… Todo es así: el casino está lleno de máquinas tragamonedas y en la única sala de juegos de azar, donde puede entrar cualquiera, hay mujeres en pantalones…

Era difícil orientar la conversación, más bien el monólogo. Como otros ancianos, don Antonio estaba seguro de lo que interesa al interlocutor, y no se dejaba desviar si éste se atrevía a manifestar curiosidad por temas y personas que él no consideraba dignos de atención. Le pregunté si "en aquella época" se sabía hacia dónde se orientaban las simpatías políticas de los pasajeros.

—Qué quiere que le diga… Si una pareja de médicos vieneses, de apellido Becker, esperaba visas de entrada a los Estados Unidos dejando rara vez su cuarto, no había demasiadas dudas. Los que estaban desesperados por llegar a América ya se habían ido a principios del 41; los que quedaron, o los que vinieron más tarde, eran personajes menos claros. Me acuerdo de un comerciante, Tólnay, representante de una compañía de export-import, que a menudo iba por unos días tanto a Dublín como a Berlín… Otro, rumano con pasaporte argentino, que dormía toda la tarde y se despertabá a la hora de apertura del Casino; un buen día desapareció sin dejar más rastro que las deudas de juego y del hotel; las pagó más tarde la embajada del Reich. ¿Usted es norteamericano?

No quise contradecirlo. No tenía ganas de contarle a un desconocido la historia de mi familia, donde ni siquiera en la misma generación habían coincidido las nacionalidades y todos habían manejado más de un pasaporte. Por otra parte, le había explicado que hacía un trabajo para una fundación norteamericana. Pero antes que pudiese mentir, don Antonio siguió hablando.

—Conocí por aquel entonces a un escritor compatriota suyo que pasó meses en el hotel: el señor Prokosch. Ya sé que el nombre es alemán, pero él era norteamericano. Escritor: tomaba notas de todo. Muchos lo creían espía, yo pienso que un espía disimula ¿no le parece? A veces llegó a pagarme, nada especial, buenas propinas solamente, para que le contase algo sobre los pasajeros. Pienso que buscaba material para sus novelas. Un caballero, en realidad: siempre impecable, hablaba varios idiomas. Irónico, también. Me decía: "esta guerra la están ganando ustedes". Se refería a que todo el mundo en Portugal aprovechaba la presencia de tantos extranjeros. La

temporada de verano de 1939, con el estallido de la guerra, había sido un desastre, pero aún antes de empezar el otoño de 1940, que fue el momento más alto del negocio, en Estoril se pagaban fortunas por un sillón donde dormir. El hotel Atlántico habilitó cuartos en el altillo y puso camas en los baños. Hasta las pensiones más pobres lucían orgullosas el cartelito "completo" en la puerta…

De pronto el señor Carvalho me pareció cansado. Su voz se había hecho pastosa y vacilaba ante palabras que no exigían una busca especial. Observé el decoro intemporal de su vestimenta, el cuidado con que estaba recortado el bigote, discretamente asistido para borrar las canas que su cráneo, ya desprotegido, no podía exhibir. El calor no había cedido y ese cráneo brillaba. Lo invité a tomar un oporto, pero prefirió un whisky (dijo *scotch*); le propuse elegir entre el English Bar y el bar del Palácio y prefirió volver al escenario de sus recuerdos. Antes de entrar, con toques leves, se pasó un pañuelo color turquesa sobre la frente.

El bar del hotel me impresionó como un decorado suficientemente discreto como para quedar libre de toda sospecha de pretensión. El señor Carvalho, sin embargo, mientras sorbía lentamente su alcohol, recorría el lugar con mirada indiferente, donde yo sentía latir la reprobación. Me anticipé a sus reservas.

—¿No es como era entonces?

—Fíjese usted mismo: el terciopelo de las cortinas es sintético. Esta mesa es de madera, lo sé, pero la fórmica acecha.

6

Me resulta difícil no sonreír cuando leo que la insufrible Alma Mahler (en Lisboa, 1940, Alma Werfel, previamente Alma Gropius) arrastraba en su accidentado aunque nunca lastimoso exilio más de una docena de baúles de pertenencias que consideraba indispensables, buena parte de los cuales extravió en trenes franceses entre Burdeos, Saint-Jean-de-Luz y Marsella, víctima de visas y pasajes cuyas fechas no coincidían. Para ella Lisboa fue apenas un paréntesis. Si Dóblin o Mann prestaron alguna atención afectuosa a esa ciudad que estaban demasiado angustiados como para observar en su vida propia, ajena al paso de tantos refugiados, la temible musa conyugal sólo recordaría de ella el robo de unas libras inglesas por un estafador vienés y la ayuda providencial de un portero de hotel. Tal vez lamentara, tanto como la abominable comida en el *Nea Helias*, la ausencia de un escenario apropiado para lucir la personalidad del marido de turno. Había

aprendido con los previos que se trataba de la única luz que podía rescatar de la sombra, conceder la ilusión de existir a sus propios hipotéticos talentos.

7

Ningún diario portugués parece haber registrado la desaparición de Berthold Jacob el 25 de septiembre de 1941, en Lisboa. Descubrí este nombre, apenas una mención la mayoría de las veces, en esos registros (*Emigmtion, Exil* y tantos otros) frecuentes en la investigación académica de las difuntas repúblicas alemanas, en tiempos en que tanto la federal como la llamada democrática competían por hacer el balance de un pasado común.

Tal vez sea justo que en su momento la desaparición de Jacob no dejara rastros. Su vida de periodista estuvo dedicada a publicar lo que los diarios callaban, a proclamar "el otro lado" de las noticias. Había nacido en Berlín y tenía diecinueve años en 1917 cuando, como tantos judíos bien asimilados en el imperio prusiano como en el austro-húngaro, se enroló como voluntario en la Primera Guerra Mundial. Un año más tarde, volvió de ella como militante pacifista. Trabó amistad con Kurt Tucholsky y Cari von Ossietsky, hombres de letras volcados a la política. En 1929 fue condenado a ocho meses de prisión por "traición a la patria" en uno de los muchos procesos a los que lo expusieron sus artículos: su blanco preferido era el rearme clandestino de Alemania, financiado por la industria pesada, a espaldas del tratado de Versalles. En 1933, la llegada al poder del nacionalsocialismo lo obligó a emigrar. Eligió instalarse en Estrasburgo, lo más cerca de Alemania que podía estar en Francia, desde donde continuó escribiendo, dirigiendo periódicos bilingües, agitando las conciencias contra el régimen ya triunfante en su país, tal vez más tarde en toda Europa.

En 1935 le llegó un mensaje irresistible: dos compatriotas recién exiliados en Basilea querían entregarle documentos confidenciales sobre el rearme alemán. En la estación suiza de la frontera lo recibió un emisario, encargado de conducirlo al refugio de sus camaradas. Tal vez Jacob ignoraba que los suburbios de la ciudad, en un ángulo del Rin entre Francia y Alemania, desbordan sobre los países vecinos. El automóvil al que subió dio muchas vueltas, cruzó varios puentes sobre el río, finalmente dejó al desorientado pasajero del lado alemán de una frontera indetectable, donde lo esperaban agentes de la Gestapo para despacharlo rápidamente a Berlín.

Por única vez en la historia de esos años, el gobierno suizo hizo un reclamo formal por una violación de su territorio y por única vez en la historia de esos mismos años el Tercer Reich cedió. De vuelta en Francia, maltrecho pero no intimidado, Jacob continuó con la misión que se había elegido hasta que en septiembre de 1939, al estallar la nueva guerra tan temida, fue internado por el gobierno francés, como todo extranjero de origen “enemigo”. Huidas, refugios clandestinos, falsos documentos, peregrinaje de Marsella a Madrid y, en agosto de 1941, la llegada a Lisboa fueron, como para tantos otros, los capítulos de su aventura.

La Gestapo no podía tolerar que una presa se le hubiese escapado, menos aún por vía legal; un mes más tarde, sus agentes volvían a secuestrar a Jacob, esta vez en Lisboa, y lo llevaron a Berlín vía Madrid, donde los servicios aéreos eran monopolio de la Deutsche Lufthansa. Las celdas de la Alexanderplatz, un proceso-espectáculo, la internación por “razones de salud”: la historia de Jacob se pierde entre fuentes tangenciales. Las cierra una anotación en el libro de entradas del Hospital Judío de Berlín, que registra su muerte en febrero de 1944.

¿Por qué este personaje me cautiva? Ni la militancia política ni el periodismo “de denuncia” han sido mi vocación y a menudo, aun en la coincidencia de opiniones, me irrita la superioridad moral que exhiben quienes lo ejercen como un sacerdocio. ¿Será que tantos detalles entrelazan este destino patético con la historia casi frívola de mis abuelos? La ciudad de Basilea, opulenta y patricia, con sus misterios encubiertos y sus fronteras porosas, albergaba a la familia de Theo Felder cuando Jacob fue secuestrado. ¿Se habrán enterado de este episodio? Franz Míihle había conocido a Tucholsky en sus días de estudiante y había llegado a cantar letras del poeta… En ese corto mes que Jacob alcanzó a respirar en Lisboa ¿se habrá cruzado alguna vez con él?

Detrás de todas estas ficciones ociosas, reconozco una vez más mi afecto por los personajes oscuros. “Como en el cine, también en la vida hay estrellas y actores secundarios.” “Toda vida está hecha del entrecruzamiento de otras vidas.” Estas citas ajenas me ayudan a preferir a mis abuelos, y a Jacob, antes que a tantos famosos que coincidieron con ellos en Lisboa.

8

Algunas noches me asalta una sensación desconocida, que sólo puedo

definir como náusea cultural.

Me sorprendo deseando ignorar todo lo que se refiere a esta ciudad, sobre todo a quienes por ella pasaron en esos días de 1940, días que parecían no tener mañana. El nombre de una calle, aun el de una confitería o el de un hotel, llaman al escritor, a un personaje histórico o un episodio novelesco, siempre dispuestos a acudir a mi memoria.

Esta Lisboa que visito por primera vez en la primavera del año 2000 aparece ante mí como una ciudad comparativamente próspera, satisfecha de su pertenencia a la comunidad europea. Por otra parte, intuyo una ciudad atávica dentro de su indolencia, que aquella actualidad no logra banalizar: una antigua capital, orgullosa y ofendida, escondida en los repliegues de una topografía de cybercafés, droga accesible y *techno music* ubicua. La percibo como esas súbitas barrancas que surgen entre dos edificios, heridas largas, profundas, que a veces revelan el río a la distancia y a menudo están refrendadas por las vías de un vehículo llamado ascensor, que tiene tanto de tranvía como de funicular.

Como toda ciudad que a fines del siglo XX decidió rentabilizar su historia en decorado, Lisboa hace hitos turísticos de sus glorias difuntas. El visitante que se fotografía junto a la estatua de bronce de Pessoa, sentados ambos ante una mesa exterior de la Brasileira do Chiado, posiblemente no lo ha leído; aun si un artículo del suplemento literario de su periódico habitual algo le ha contado sobre los heterónimos, es probable que no sospeche hasta qué punto la extrema singularidad de esa obra es típica, por lo excepcional, del destino del país que vio nacer a su autor, de la ciudad donde vegetó oscuramente. Para mí Lisboa es un palimpsesto donde el itinerario de mi abuelo se entrelaza con los de tantos otros, sólo algunos de los cuales conoció… Pienso en todos esos refugiados centro-europeos, o alemanes, aun eslavos, que impacientaban las salas de espera de los consulados y acosaban los mostradores de las agencias de viajes. ¿Qué sabían de Portugal? ¿Qué era para ellos Lisboa? Apenas un punto de partida, tal vez pintoresco, por cierto no buscado, una ciudad sin racionamientos, donde se podía comer como en los buenos tiempos y admirar el despliegue nocturno de electricidad que ya no podían permitirse las capitales de las que habían huido… ¿Habrán conocido a algún portugués durante su estadía?

Son ellos, sin embargo, el tema de mi trabajo. Muchas noches, al salir del Antigo Restaurante Io de Maio: Cozinha Caseira, en la rúa de Atalaia, ansio desterrarlos de mi conciencia y poder entregarme sin pensar a la suavidad de la brisa; me trae, por ejemplo, un olor a sardinas frescas doradas sobre una parrilla de carbón, no menos encantador para mí que el de jazmines y madreselvas. Pero es una

ilusión pensar que me puedo entregar a puras sensaciones, que éstas puedan arrebatarme. Mi Lisboa es una ciudad fantasma y basta un letrero despintado (¿Pensáo Velha Praga?) para devolverme a mi conversación con las sombras.

9

Lisboa, 15 de octubre de 1941

Queridos amigos:

Más de un año ha pasado desde nuestra separación y a menudo me pregunto si la idea amorosamente sacrílega de Anne dio el fruto esperado. Nueve meses bastaban para saber si una doble paternidad es posible, si la criatura traiciona con sus rasgos a un factótum o a otro… Pero esto significaría iniciar una correspondencia y no deseo, por el momento al menos, revelar mi nombre y dirección a los servicios de censura postal. Pienso que en el fondo un nombre y un documento no es todo lo que puede regalarse por amor. Antes de hundirme en el sentimentalismo más irritante para la sensibilidad anglosajona de Anne —capaz por otra parte de iniciativas tan poco tradicionales como la que menciono— prefiero ignorar el resultado, si lo ha habido, del pacto de la habitación 215. ¿Por qué escribirles, entonces? Tal vez por el gusto de decir que estoy vivo. Creo que, a pesar de tantas dificultades e incertidumbres, me siento bien aquí. Espero no escandalizarlos, pero siempre confié más en la cultura que en la política. Me permito citarles al licenciado Wennerstróm, que conocimos en el hotel y sabía de qué hablaba: “Antes Portugal con fascismo que Suecia con democracia”.

Hasta pronto, tal vez.

L’ Anónimo Berlinese

10

Los Archivos Históricos Municipales de Cascáis conservan unas quince mil fichas de extranjeros, provenientes de hoteles de Estoril y Cascáis.

Por ellas me entero de que Franz Mühle y Theo Felder compartieron la habitación 213 del Palácio del 10 de septiembre al 2 de octubre de 1940; Anne Hayden Rice ocupó la 215, del 26 de septiembre al mismo 2 de octubre. Ella está inscripta como de nacionalidad norteamericana, Franz como alemán, Theo como *statenlos* (¿apátrida?).

El 3 de octubre zarpaba de Lisboa con destino a Nueva York el *Nea Hellas*…

La directora de los Archivos, que no imaginaba accesible, habla fluidamente inglés y castellano. Me escucha con tanta afabilidad como si fuera su única ocupación. En su despacho, las persianas filtran el sol casi estival de esta tarde de abril y en esa penumbra fresca podría quedarme horas escuchando sus relatos. A pesar de su edad, se refiere a esa época lejana con autoridad serena, como si la hubiese vivido.

—Así como no todos los alemanes registrados eran partidarios del Reich (piense que sólo a los judíos se les había quitado por decreto la nacionalidad), es comprensible que en el clima de neutralidad impuesto por el gobierno portugués, y que la dirección de los hoteles tenía el mayor interés en respetar, se produjeran contactos inimaginables en otro sitio.

—¿Podría hablarse de simpatías o antipatías políticas particulares de cada hotel?

—No exactamente. En el Palacio, aunque los directores eran portugueses, actuaba como supervisor un inglés: George Black. De ahí tal vez la fama de pro aliado que ganó el hotel. Esto no impidió, o tal vez inspiro, corno desafío, a Von Hiine, el embajador de Alemania, a organizar en el Palacio el banquete con que celebró las victorias de Rommel en el norte de Africa. La verdad es que el embajador cenaba allí a menudo.

La directora sonríe levemente antes de agregar:

—Prefería un espumante portugués, el Sao Miguel, de Mealhada, al champagne francés.

—¿Y los otros hoteles?

—El Atlántico tenía fama de germanofilo, tal vez porque en los años 30 paraban allí los oficiales de la marina alemana que hacían escala en Lisboa. En 1941, un alemán de quien se dijo que era secretario privado de Hitler estuvo tres días en el hotel; después se rumoreó que llevaba por misión encontrarse con emisarios de Roosevelt para concertar una paz bilateral. La verdad es que por el Atlántico también pasaron en esos años Ribbentrop, el conde Ciano, el almirante Canaris…

Una pizca de ironía matiza su imperturbable objetividad.

—Creo que para equilibrar las cuentas habría que recurrir a la

ficha de Stefan Zweig, que se hospedó allí en 1938…

—¿Podría decirme si, después del 2 de octubre de 1940, aparece registrado en otro hotel que el Palácio el nombre de Mühle o el de Felder?

Las fichas pueden ser de cartón ajado y estar manuscritas, pero su contenido ya ha sido confiado a la memoria inmaterial de las computadoras. La directora busca en la pantalla, púdicamente ubicada sobre una mesa baja, a un lado de su escritorio. Tras varias manipulaciones y un instante que me parece larguísimo me mira sin sonreír. Entiendo entonces que yo soy para ella un objeto de curiosidad no menos insólito que las fichas conservadas en sus archivos lo son para mí.

—El 2 de octubre de 1940 Felder y Mühle dejan el hotel Palácio. Es la última mención de esos apellidos que tenemos registrada.

11

"Al amanecer del 23 de marzo de 1941 tímidos haces de luz atravesaban la bruma suspendida sobre el Tajo mientras la policía de Lisboa rescataba el cuerpo de un hombre no identificado de las aguas monótonas, desganadas, que golpeaban el muelle vecino al Terreiro do Pago. Ese hombre (unos cuarenta años, alto, delgado, pelo castaño menguante, ojos rasgados, pómulos prominentes) podía resultar inidentificable; apenas si una etiqueta, cosida al forro de su traje, proponía una pista: J. Druskovic, *tailleur*, Zagreb. Sus bolsillos, sin embargo, guardaban un pequeño tesoro de identidades ajenas: dieciséis pasaportes, emitidos por la embajada de la República Argentina en Berna, con sellos y firmas verosímiles, y una sola, capital omisión: la fotografía de la persona cuya identidad se suponía que ese cuadernillo atestiguaba."

(Este fragmento, escrito a máquina en una página suelta, no corresponde a ninguna noticia periodística de la fecha, ni se relaciona con ninguna nota en los cuadernos de mi abuelo. Pienso que puede tratarse de la obertura de una novela no escrita, tal vez perdida. ¿La habría enviado Theo o éste la habría llevado consigo al emigrar? ¿Y si fuera Franz Mühle el hombre que llegó casado con Anne Hayden Rice a Estados Unidos, con un pasaporte a nombre de Theo Felder?)

12

Esta tarde decidí faltar a la Biblioteca Municipal, donde no creo que añoraran mi visita los enormes volúmenes encuadernados de los diarios de 1942. Ya he llegado al sitio de Stalingrado y sé que sus siete meses serán fatídicos para las tropas alemanas; ya siento —aunque tal vez sea sencillamente la luz que mi lectura, más de medio siglo después de los hechos, arroja sobre noticias anodinas— que el viento cambia. Tal vez los vendedores de *Signal*, semanario gráfico alemán publicado en distintos idiomas para difundir imágenes épicas, optimistas de una Europa rescatada de la corrupción parlamentaria, ya no voceen su periódico entre las mesas exteriores de la Pastelaria Suiga. Apoyados sobre sus pilas de rotograbados que exaltan la gesta de la Nueva Europa en construcción, tal vez ahora aguarden al cliente fiel a unos metros de distancia, en el centro de la plaza Rossio, entre lustrabotas estropeados y mendigos no profesionales, al pie de la estatua de ese Pedro IV que iba a ser Pedro I una vez exportado a Brasil como emperador…

Brasil… En febrero de 1942 Stefan Zweig se había suicidado en pleno carnaval carioca. Se me ocurre que pocas semanas más tarde, en Europa, se podía empezar a respirar; pero inmediatamente me corrijo: esa esperanza, si existió, fue falaz. Los reveses de fortuna sólo exacerbaron en el Tercer Reich la vocación teatral por poner en escena un apocalipsis en decorados reales. ¿La pasión de Oberammergau en negativo? (Me pregunto si se necesitaban generaciones de intérpretes rurales que encarnasen anualmente su propia historia sacra para hacer posible otra representación, venganza y exorcismo de aquélla, traspuesta de un Tirol idílico a un campo de pesadilla, revelación de un rostro inmemorial para la industria y el trabajo modernos: esclavitud de vidas descartables.) ¿Fueron Auschwitz, Maidanek y Treblinka el reverso de alguna reluciente medalla, recuerdo turístico de Oberammergau?

En 1940, entre Lisboa y Estoril, el más refinado prosista francés de su tiempo había observado el caos del éxodo con mirada a la que se adherían residuos de un racismo estético, mundano: ccLos judíos son los que hablan más fuerte, los que se interpelan en portugués, los que exclaman en portugués c¡Qué tiempo hermoso! ¡Qué buen vino verde!, sin duda para hacer creer que están en casa, que ocho días en Lisboa los han transformado en esos judíos lusitanos, la nobleza de los judíos, los que no votaron la muerte de Jesucristo. Pasan apurados ante el ómnibus que trae a los judíos de Suiza por un itinerario clandestino que evita, al precio de cincuenta leguas, un cruce de caminos donde jóvenes labriegos arrojan piedras contra las ventanillas; del que

descienden, mirada turbia, pelo sin vida, seres postrados que aún hablan francés, inglés, alemán. Ellos sí votaron…”

En julio de ese mismo 1942, en París, Heydrich ordenaba a René Bousquet organizar la razzia del velódromo de invierno. En 1944, en Hungría, el almirante Horthy, blando fascista, iba a ser reemplazado por un gobierno títere; su hijo había sido secuestrado e internado en Mauthausen como arma de chantaje si el anciano regente no autorizaba al ejército alemán a pasar por territorio húngaro, en una última, vana resistencia al avance del ejército soviético; de paso, ese régimen de última hora deportaría hacia campos de exterminio a los judíos hasta ese momento hacinados en guetos, excluidos del ejercicio de toda profesión, pero aún no entregados a la ccsolución final”; en enero de 1945, en Budapest, impacientes ante las demoras de la burocracia alemana, los militantes locales de la Cruz Gamada arrojaron a las aguas heladas del Danubio a cuanto judío identificaban por la calle.

No, la retirada de Stalingrado no anunciaba más que una derrota militar. Los últimos años del infierno serían los más crueles para quienes habían sido condenados a él.

En vez de la penumbra de la biblioteca esta tarde he elegido el destello enceguecedor del sol sobre el agua del estuario. Estoy en el mirador de Santa Lucia, sentado ante una mesa sobre cuya superficie se ha grabado un tablero de ajedrez. Los ancianos habituales no tardarán en llegar, unos arrastrando los pies en pantuflas bajo pantalones de piyama, otros en trajes oscuros tan impecablemente planchados como las blanquísimas camisas, sin que esta diferencia de estilo les impida compartir una partida que sólo el crepúsculo podrá interrumpir. Esta tarde de mayo el aire es tibio y la brisa difunde el perfume de las glicinas que cubren las pérgolas del mirador. A los lejos, los barcos se desplazan lentamente entre ambas orillas del Tajo o hacia el Atlántico. Esta primavera del año 2000 se me borronea con la de 1942, cuyo rastro amarillento debería estar revisando esta tarde en la biblioteca: la misma luz, sin duda los mismos jugadores de ajedrez y el mismo exceso de glicinas.

¿Sólo son diferentes algunos nombres propios, algunas precisiones geográficas, sobre todo la identidad de las víctimas?

13

Lisboa, 25 de noviembre, 1942

Querida Anne, querido… ¿Theo?:

Espero que estas líneas les lleguen antes de Navidad. Yo también la festejo, no crean que para cumplir con mi nueva identidad. Ya en Berlín la familia, no tan asimilada como para instalar un abeto decorado con guirnaldas de papel multicolor y estrellas de latón en el living de la Bleibtreustrasse, acataba distraídamente esa fecha, en todo caso menos exótica que una Hannuka de la que sólo me enteré por los libros. Curioso cómo un sello en el pasaporte, gruesas letras góticas que componen la palabra *jude* y te cancelan la nacionalidad alemana, pueden identificarte con una precisión que nunca me había interesado… En fin, este sobre parte por vía aérea pero nadie sabe con certeza cuándo se anima un avión a sobrevolar el Atlántico norte y si habrá en él lugar para una bolsa de correspondencia.

Prefiero no decirles mi nombre ni mi dirección —tengo ambos, no se inquieten— hasta que esta guerra termine, y sólo si tiene un *happy end*. Confío en que la sensatez de Salazar prevalezca sobre cualquier veleidad de Franco y que entre ambos convenzan a los alemanes de que a la Wehrmacht le conviene quedarse del otro lado de los Pirineos. Se trata de una mera postergación, desde luego: si el Tercer Reich ganase la guerra nadie podría impedirle dominar Europa desde el Atlántico hasta los Urales. Por el momento, la neutralidad parece asegurada en toda la Península.

Muchos refugiados se han quedado en Portugal. No pocos Wolff ahora se llaman Lobo y algún Mandelbaum circula como Almendros. Nada de esto desentona en un país donde los “marranos” sobrevivieron a la Inquisición con los candelabros de siete brazos envueltos en *thales* de seda, escondidos en arcones relegados a sótanos o altillos… Creo que nunca podrán implantarse en Portugal leyes raciales. Más aún que en España, la Inquisición, con sus conceptos de pureza de sangre, de cristianos nuevos y viejos, se encargó hace siglos de borronear hasta tal punto toda distancia posible que los sabuesos de la arianidad tendrían que cruzar el estrecho de Gibraltar para encontrar, en Tánger o en Tetuán, indiscutibles descendientes de Sem.

Todo esto para decirles que no lloro el exilio o el destierro o como quieran llamar a mi permanencia en este país que fue “de navegantes y poetas” y ahora vive, a pesar de las peroratas triunfalistas de ese estado llamado nuevo, un interminable crepúsculo, con orgullo, mirando siempre hacia el Atlántico y dándole la espalda a Europa. Mi portugués empieza a ser aceptable. Mis lecturas ya no se limitan a los diarios y he logrado terminar, con mínimas consultas al diccionario, una novela muy menor de Eca de Queiroz, *El misterio de la ruta de Sintra*. Seguiré con *El crimen del padre Amaro*.

Mi descubrimiento mayor es la cocina portuguesa. Recuerdo con

piedad y algún desprecio a todos esos *echte mitteleuropaere* que añoraban las toscas marmitas de Leipzig o Praga cuando tenían al alcance de sus platos y sus bolsillos tantas preparaciones diferentes del bacalao, o una modesta y sabrosísima *acorda* de mariscos. Se merecen lo que encuentren en los Estados Unidos.

No quiero hablar de dinero ni de trabajo, temas aburridos si los hay. No puedo pretender noticias de ustedes, ya que rehúso darle un remitente a esta carta. Tal vez sea mejor así: los imagino (¿tal vez con una criatura?) en esos idílicos paisajes a orillas del Hudson que Anne describía, a una hora prudente, si no más, de Manhattan, esa isla, me dicen, llena de judíos.

Hasta pronto, tal vez.

L' Anónimo Berlinese

14

Si es cierto que Theo Felder cedió su identidad a Franz Mühle para facilitarle la inmigración a los Estados Unidos, mi abuela se vio agraciada, sin buscarlo, por un apellido que muchos habrán considerado ingrato... ¿La habrá divertido irritar a sus parientes, tal vez aferrados a raíces en New England, convirtiéndose en Mrs. Felder? En todo caso, su hija Madeleine Felder, que iba a ser mi madre, pareció haber heredado junto con el apellido un destino: a los dieciocho años, en Woodstock, conoció al que iba a ser mi padre, un tal Aníbal Cahn, nacido en la Argentina. Lo siguió, atolondrada, a un kibbutz del que, disipado todo espejismo, emergieron para abrir en Tel Aviv la pizzería Calle Corrientes. (Parece que mi abuela se refería a su yerno como *the kosher pizzaiolo.*) No tardaron en emigrar: la tierra prometida rehusó cumplir las promesas que sólo ellos le habían escuchado.

Mis padres se separaron cuando yo tenía diez años. Los recuerdo en Buenos Aires, impregnados por ese sentimiento de fracaso sólo accesible a los hijos de gente acomodada, embarcados muy jóvenes en aventuras de las que regresan sin gloria y sin madurez. Mi padre, siempre proclive a la caricatura, se volvió a casar, esta vez con una psicoanalista que me he cuidado de frecuentar; mi madre, con quien viví hasta los dieciocho años, se dedicó a una serie de actividades relacionadas, creo, con la prensa o la publicidad, que la obligaban a frecuentar peluquerías y estrenos; si no colmaban sus aspiraciones, por lo menos ocupaban sus horas.

Llegué a los Estados Unidos demasiado tarde como para conocer a mis abuelos, muertos en un accidente de automóvil cuando aún no se me podía ocurrir interesarme en ellos. Mi abuela, poco crédula ante las esporádicas misivas afectuosas de su hija, me hizo el único heredero de sus bienes, con la condición de que me doctorase en una. universidad norteamericana. De esos bienes provienen las sumas que ocasionalmente envío a mis padres, víctimas recurrentes de devaluaciones, inflación y otras plagas argentinas, cuando no de su propio carácter.

Pronto he de cumplir treinta años. Mi vida, lo sé, es menos interesante que la de los personajes que estudio. Ni el activismo político ni la exploración sexual me prometieron emociones fuertes, como a los jóvenes de generaciones previas. A veces se me ocurre que mis abuelos, en clave seudo-heroica, y mis padres, en remedo casi grotesco, agotaron para mí toda curiosidad posible por vivir aventuras que he preferido leer.

En Lisboa, por primera vez, he conocido un sentimiento nuevo. Me ha ocurrido quedarme sentado ante una mesa de café contemplando la lenta extinción de la luz el día, el espectáculo urbano que cambia de actores, sin leer, sin tomar notas. He percibido mi respiración, mi mera presencia en ese anónimo lugar, entregado a una vaga sensualidad para mí desconocida, abandonándome a la conciencia feliz de estar vivo.

15

El *New York Times* del 14 de octubre de 1940 consigna que el día anterior atracó en el muelle de la calle cuatro de Hoboken, New Jersey, el vapor griego *Nea Hellas*. Según el prestigioso matutino, la nave rescataba a un destacado ramillete de la intelectualidad europea. Entre los nombres dignos de la adulación que los norteamericanos prodigan a la celebridad, accedió a la noticia periodística el de Golo Mann, “hijo del célebre escritor Thomas Mann”, a quien acompañaba su tío Heinrich, “también escritor”… tal vez una advertencia de que se puede cambiar de continente sin por ello escapar a una maldición.

Intactos de toda mención, se hallaban entre los pasajeros mis abuelos Anne Hayden Rice y Theo Felder. Pero ahora sé (¿creo? ¿espero?) que Theo Felder (¿bajo qué nombre?) se había quedado en Portugal y que el hombre que usaba su identidad era Franz Mühle.

El verdadero Theo Felder —escribo “verdadero” pero no sé muy bien qué significa el epíteto aplicado a alguien que había cedido su

identidad (y lo que en la Europa de 1940 era tal vez más valioso aún: su pasaporte) en un gesto de amor por el amigo que iba a usarla durante el resto de su vida, que iba a legar ese apellido ajeno a mi madre… Recomienzo: el Theo Felder que se perdió, quién sabe con qué nombre, en el confuso y para mí novelesco Portugal de la Segunda Guerra Mundial estaba seguramente en la platea del cine Politeama de Lisboa ese día de mayo de 1945, apenas una semana después de la caída de Berlín, fecha esperada con admirable cautela por la censura portuguesa para autorizar el estreno de *Casablanca*, film que pocos días antes habría atentado contra la neutralidad escrupulosamente respetada por el Estado Novo. Leo en el *Diario de Noticias* que el público lisboeta, sin duda compuesto en su mayoría por adversarios del Eje, había entonado *La Marsellaise* a coro con la exótica y olvidada Corina Mura.

Me cuenta un amigo argentino que en el cine Ópera de Buenos Aires había asistido a la misma reacción: audacia mayor, ya que el 6 de mayo de 1943, cuando se estrenó el film, el contexto de neutralidad simpatizante con el Tercer Reich, aunque menos arriesgado geográficamente, era más siniestro en términos del juego político local. Lo confirma el golpe de estado triunfante menos de un mes más tarde.)

¿Quién sino Theo pudo enviar ese programa a mis abuelos? Ninguna nota lo acompañaba… ¿Llegó sin una tarjeta, sin una línea de comentario? Tal vez esa omisión lo hiciera más elocuente, dijese a la vez la supervivencia del hombre que se había llamado Theo Felder y su recuerdo y ¿por qué no? la alusión irónica a la historia de los tres amigos sugerida por la anécdota del film. En una de las cajas del Leo Baeck Institute, entre borradores sucesivos de una biografía inconclusa de Rosa Valetti y un horario de trenes entre Estoril y Lisboa, ese programa del cine Politeama me parece cargado de sentido, extraviada nota a pie de página cinco años después de la separación, tres después de las dos únicas cartas que surcaron esa ausencia.

16

La librería alemana mencionada en las notas de mi abuelo aún existe. No sé si ha pasado a otras manos o si los jóvenes que hoy la atienden son nietos del propietario original; lo cierto es que acogieron mis preguntas con reticencia, aun con desconfianza. No, no conocen memorias de escritores portugueses que cubran los años de la guerra; cuando menciono *Schicksalsreise* de Dóblin o *Ein Zeitalter wird besichtigt*

de Heinrich Mann advierto que nunca habían oído esos títulos, cosa comprensible, pero también que el hecho de que yo los mencione me hace sospechoso. Me pareció inútil prolongar el diálogo y me despedí sin haber revisado hasta el fondo esos estantes donde parecían reinar los best-sellers de la semana.

En la calle me abordó una mujer que dejó la librería detrás de mí. La había entrevisto hojeando las novedades de la mesa central. Habló en inglés, con un acento más centroeuropeo que portugués.

—No pude evitar oír su conversación con esos hijos del vídeo… Le convendría dar una vuelta por Sintra y visitar la librería del viejo Campos. Creo que allí han ido a parar muchas bibliotecas de exiliados que se quedaron en Portugal, gente que él conoció.

Apenas había balbuceado mi agradecimiento y ya mi benefactora, sonriente, se perdía hacia la rúa Herculano.

¡Sintra! El escenario de Lord Byron y William Beckford… Mi guía hablaba del microclima, de especies botánicas inhallables fuera de sus bosques, de un castillo de moros… El tren de la estación del Rossio me dejaría allí en menos de una hora.

En Sintra me esperaba un cielo plomizo, amenazante, que no se decidía al chaparrón siempre inminente. Me sentí lejos, muy lejos del suave sol de Lisboa. En la distancia vi bosques de verdes cambiantes según el paso de las nubes en el viento. El perfume de los eucaliptus dominaba el aire. En las alturas, casi ocultos por la vegetación, creí reconocer algunos caprichos arquitectónicos.

Seguí las indicaciones de un vendedor de lotería y en una calle abrupta, sobre una ladera, entre una exposición de artesanías y una repostería (*"as autenticas queijadas de Sintra"*), encontré la minúscula librería. La vidriera me desanimó inmediatamente: Paulo Coelho e Isabel Allende compartían el lugar de honor, entre horóscopos y un álbum de fotografías de Lady Di. La penumbra interior no parecía esconder nada más invitante. Entré, a pesar de todo, con la impresión de estar solo en ese local largo y angosto. A medida que se alejaban de la calle los estantes adecentaban su carga; también se hacía más denso el polvo que los cubría. Ya casi en la oscuridad alcancé a descifrar nombres tranquilizadores: Auden e Isherwood, *Journey to a War*.

Una bombilla eléctrica, sin pantalla, se encendió sobre mi cabeza, enceguecedora por el súbito contraste.

—Mire cuanto quiera. Si necesita ayuda, pídala.

La voz era la de un anciano instalado, más bien hundido en un sillón profundo donde bien podía haber estado durmiendo. Sus ojos, muy claros, alertas, parecían mucho más jóvenes que la cara y se imponían a manchas y arrugas.

—¿El señor Campos? —pregunté, sin que necesitase revelar los

límites de mi portugués básico—. ¿Habla inglés?

—Inevitablemente —suspiró.

Le expliqué que buscaba testimonios sobre los refugiados de la Segunda Guerra Mundial en Portugal. No mencioné mis lazos familiares con el tema de la investigación.

—Ya no queda nadie —replicó apresuradamente—. En Torres Vedras vivían hasta hace dos años unos profesores que habían frecuentado a Hannah Arendt durante su paso por Lisboa. Eran los últimos. Ya no queda nadie.

Era difícil insistir ante esta reiteración. Me pareció más útil abordar el tema por otro flanco: cómo había llegado a conocerlos.

—Hablo alemán: estudié en Alemania. Años más tarde, durante la guerra, conocí en Lisboa a unos refugiados que me presentaron a otros y así, poco a poco, me fui vinculando con distintos grupos. Mucha gente no logró llegar a los Estados Unidos ni a México ni a la Argentina. Se quedaron en Portugal y al poco tiempo dejaron de lamentarse: el país les gustó. Años más tarde, cuando uno de ellos murió, compré sus libros: memorias, historia, literatura, nada que pudiese interesar a sus hijos. Fue el principio de esta librería.

Me pareció, al escucharlo hablar con rapidez y seguridad, que había repetido a menudo este resumen un poco simple y francamente parcial de su vida. ¿Ocultaría otra versión, tal vez menos límpida? Sentí que me ofrecía la posibilidad de convertirlo en personaje de ficción… Al mismo tiempo, se me ocurrió que en algún momento terminaría revelándole la historia de mis abuelos. No se la había contado a nadie y tuve miedo de la simpatía que este ambiguo desconocido podía suscitar en mí. Para eludir el riesgo me apresuré a preguntarle si había visitado el hotel Palacio entre 1940 y 1945.

—Por supuesto. No se le ocurra creer todas esas historias de espionaje que se han tejido a posteriori. Malos guiones de cine, nada más. Claro que había espías, pero eran todos conocidos. Muchos eran agentes dobles. No había misterio, créame, apenas gente pagada por diferentes gobiernos, que sólo querían prolongar todo lo posible su estadía en un país neutral, con alimentos no racionados y sin peligro de bombardeos.

De nuevo, mientras lo escuchaba, me dejé llevar a urdir intrigas alrededor de su persona. ¿Un espía retirado, que por esta razón insiste en minimizar la importancia del espionaje? ¿Su librería un centro de contactos para espías pretéritos, aún vinculados por quién sabe qué antiguas lealtades o traiciones?

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo es que un joven como usted se interesa en esas antigüedades…? Lisboa en 1940… No tenía nada romántico, nada novelesco para quienes vivían allí, entonces…

Hubiese querido explicarle que sí lo tenía, y mucho, que tal vez fuera necesario no haber vivido "allí, entonces", haber nacido mucho más tarde para poder reconocer, desde un mundo radicalmente cambiado, todo lo romántico y novelesco que un mero nombre y una fecha, Lisboa y 1940, podían suscitar en la imaginación de alguien como yo. Pero sólo atiné a preguntarle si conoció, u oyó hablar, de Franz Mühle y de Theo Felder. Tardó un momento en responder. Su mirada, impenetrable, escrutaba la mía.

—No. ¿Quiénes eran?

Le hable sumariamente de dos voluntarios alemanes en las brigadas internacionales de la guerra civil española, de sus éxodos sucesivos hasta que uno, uno solo de ellos, partió hacia los Estados Unidos casado con una rica heredera.

—¿Y por qué le interesan?

Estuve a punto de seguir confiándome a él, pero recuperé a tiempo mi reserva. Dije, sin mentir, que en una biblioteca de Nueva York había encontrado documentos que los mencionaban.

—Estoy muy cansado —susurró después de otro silencio. Su voz parecía haberse apagado—. Suelo abrir la librería dos horas por día, no más, lo necesario como para no sentirme retirado. De vez en cuando pasa un amigo a visitarme, pero perdí la costumbre de conversar.

Con una sonrisa que evitaba cuidadosamente separar los labios y revelar quién sabe qué desastre dental, agregó:

—Soy viejo.

Pensé una última vez que mentía, como si fuese posible que fingiera su vejez. Pero era difícil no obedecer a la tácita orden de retirarse. Le agradecí su buena voluntad. Ya estaba camino de la puerta, y del presente resumido en la deprimente vidriera, cuando me alcanzó su voz.

—Llévese un libro, cualquier libro, un recuerdo de su visita.

Estas palabras me conmovieron más allá de lo que hubiese creído posible. Sentí que el señor Campos había reconocido en mí a un miembro de la antigua tribu de gente de libros, no un bibliófilo avaro de costosas primeras ediciones sino sencillamente un individuo para quien las palabras impresas y guardadas entre dos tapas pueden valer mucho mundo y más vida.

Miré a mi alrededor, desorientado, inerme. Tal vez para no prolongar la visita volví al ejemplar de *Journey to a War* que había reconocido al entrar. Apenas lo tuve en mis manos se apagó la luz eléctrica y desde la oscuridad me llegó la voz, casi al borde de la risa, del viejo librero.

—Esos también se buscaron una guerra.

Más tarde, en el tren que me llevaba de vuelta a Lisboa, y esta mañana en la terraza de la pensión, he vuelto a escuchar en mi memoria la última frase del señor Campos. No sé si dice todo lo que en ella yo creo entender. Si lo dijera, me vería obligado a aceptar conclusiones a las que temo llegar.

Esta incertidumbre, lejos de inquietarme, empieza a formar parte de un proyecto literario. ¿Me atreveré a intentarlo?

No tengo apuro en volver a Nueva York. La validez de mi pasaje expiró anteayer. En los próximos días iré a la sede local de la compañía aérea para averiguar si es posible una prórroga. Pero no es algo que me quite el sueño.

Esta tarde volví a detenerme en el mirador de Santa Lucia y uno de los ancianos jugadores de ajedrez me saludó con una muda inclinación de cabeza.

Nota

Para "Hotel de emigrantes" me fueron muy valiosos los aportes de Lucrecia de Oliveira Cézar, Antonio Rodrigues y Karsten Witte. El párrafo transcripto en la página 178 es de Jean Giraudoux: *Portugal*, Grasset, 1958.

E. C., París, agosto de 2000.